

Noy, Fernando

Te lo juro por Batato / Fernando Noy. - 2a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :
Libros del Rojas, 2020.

Libro digital, PDF - (Libros del Rojas. vidas)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-1862-30-6

1. Biografías. 2. Arte Argentino. I. Título.

CDD 790.09



UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
CENTRO CULTURAL RECTOR RICARDO ROJAS

Rector: Dr. Alberto Edgardo Barbieri

Secretaría de Relaciones Institucionales, Cultura y Comunicación: Lic. Paula Quattrocchi

Coordinadora General de Cultura: Lic. Cecilia Vázquez

Coordinadora Adjunta Administrativa: Mariana Ron



Libros del Rojas
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

© Libros del Rojas

© Fernando Noy

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, mecánico, fotocopia u otros medios sin el permiso previo del editor.

TE LO JURO
POR
BATATO

BIOGRAFÍA ORAL DE BATATO BAREA

por Fernando Noy

*Nada sabré de mi propia muerte, en efecto.
Pero sabré todo lo que pueda saberse de la muerte de los demás,
prójimos o extraños.
La muerte del otro puede ser una experiencia de mi vida,
una vivencia decisiva.*

Jorge Semprún

*Mi ángel, ángel mío
Ángel de los dulces
Y la yerba,
Ángel de los aparadores
¿qué decirte que tu ya no sepas?*

Marosa Di Giorgio

CON LAS VOCES DE

*Divina Gloria – Silvia Venneciale – Fernando Pugliese –
María Elena Walsh – Hugo Amichetti – Carmelo Scaramuzzino
– Olkar Ramírez – Hernán Gené – Gabriel Chame – Vivian Loew –
Josefa – María Elvira Amichetti (Nené) – Martha – Edith – Gastón
Troiano – Roberto Jáuregui – Helena Trittek – Antonio Gasalla – Vivi
Tellas – Daniel Melero – Omar Schirilo – Silvia Armoza – Diana
Baxter – Omar Chabán – Katja Alemann – Marilouise Aleman –
Alejandro Ros – La Pochocha – Gastón Ezcurra – Klaudia con K –
Marcia Schwartz – Omar Viola – Gumier Maier – Eduardo Cutuli –
Conchita Canciller – Rita Cortese – Damián Dreizik – Carlos Belloso
– Guillermo Kuitca – Graciela Cosceri – Enrique Canellas – Beby
Pereyra Gez – Humberto Tortonese – Rodrigo Fresán – Hugo Barea
– Alejandro Urdapilleta – Sergio De Loof – Seedy González Paz –
Alberto Segado – Carlos Polimeni – Alejandra Flechner – Cristina
Banegas – Fito Páez – Cecilia Roth – Hebe De Bonafini – B. Ode
– La Gran Marcova – Julio Suárez – Moria Casán – Ana Torrejón
– Sandra Mihanovich – Luciérnaga – Celeste Carballo – Horacio
Dabbah – Cristina Martí – Grima De Angelelli – Laura Market –
Verónica Llinás – María José Gabín – Tino Tinto.*

PALABRAS A LA NUEVA EDICIÓN DE **TE LO JURO POR BATATO**

Un nuevo formato alberga esta entrega en la cual un canon de voces entre colegas y amigos que lo conocieron, narra la singular historia de Batato Barea quien, emblemático ícono de los años ochenta, continúa suscitando curiosidad en los que de algún modo lograron heredar destellos del “primer / clown / literario / travesti”, como él mismo le gustaba definirse.

Sin el peso del tiempo, al contrario, aquí reencontraremos una especie de cartografía verbal o intenso panorama que logra recuperar al revolucionario e inolvidable creador, siempre al margen de lo convencional, originando una fuerza por la cual las nuevas generaciones tratan de recuperarlo y lo logran, esta vez, por medio del lenguaje.

Esta edición está dedicada a todos los que colaboraron con sus testimonios, y especialmente a su padre Hugo Barea, como también a la memoria de María Elvira Amichetti, la fabulosa “Nené”, madre, colega y compinche incomparable.

Fernando Noy

PRIMER ENCUENTRO

Marcelo Villa tenía su casa en el barrio de Barracas. Casi cincuenta metros cuadrados para taller y vivienda. En el patio del fondo me alquiló para vivir dos cuartos de madera y ladrillos. Batato apareció allí junto a un grupo de artistas muy pintorescos que recién empezaban: “Los Peinados Yoli”, del que formaba parte. En el enorme garage cubierto de aserrín ellos también habían recibido el apoyo del incondicional Villa, muy amigo de Patricia Gatti, otra de las integrantes del grupo, rebautizada “Doris Night”. Fue a ella a quien le pregunté por el pelirrojo vestido todo de blanco al que ya había descubierto, sin querer, espíandome. O buscando, según él, una canilla para refrescarse. Doris me dijo su primer seudónimo: Billy Boedo. Pronto supe de su doble vida. Era un conocido “taxi boy” que trotaba por Lavalle y Santa Fe llegando a posar para una propaganda de pantalones Oxford hechos en corderoy y al mismo tiempo integrante de este grupo “Los Yoli”, donde se mezclaban varieté, desparpajo y *music-hall* con seudónimos desopilantes como Tino Tinto, Divina Gloria, Peter Pirello, Ronnie Arias y La China Panulo.

Cuando Katja Alemann y el Emir Omar Chabán inauguraron Cemento, la fiesta nos tuvo como invitados.

Sin querer monté mi propio espectáculo junto al grupo *Speed* del Bode Lescano, que me llevaron hasta la reunión en un jeep con gran cortejo de *punks*.

Jorgelina había diseñado un peto de cuero que me dejaba semidesnudo y provocó lógico escándalo.

Al terminar la inauguración alguien se acercó hipnotizado a abrazarme. Era Billy, a quien ya había conocido la semana anterior, esta vez vestido todo de rojo. Me dejaba un panfleto con dibujos, poemas y su número de teléfono. Desde ese día no pasaba uno sin que nos conectáramos. Todavía seguimos haciéndolo. Ahora, de este

modo. Evocándolo. Descubriendo otra vez que la melancolía no existe si alguien sigue vivo dentro tuyo. Como él...

TINO TINTO

... una payasa lírica en celo...

La primera vez que lo vi fue en 1983 durante uno de los interminables ensayos de *Calígula*. Empezaban a las seis de la tarde y terminaban a las dos de la mañana. En un descanso de media hora, Walter entró, con un *jogging* amarillo y el pelo rubio, para hablar con Cibrián. Lo convenció de ser su asistente y se quedó con nosotros. Después, paralelamente a *Calígula*, nacieron Los Peinados Yoli. Nos citamos en su casa. Cuando llegué estaban Ana del Barrio y Patricia Gatti. El nombre del grupo fue por sorteo. Después entraron Divina Gloria y Mario Filgueira, que se hacía llamar Peter Pirello. Walter fue Billy Boedo.

Con Los Peinados Yoli actuamos en El Depósito, Taxi Concert, Área, Cemento y no sé cuantos boliches más. Enseguida me di cuenta de que le gustaba coquetear. Le encantaba terminar la función y salir a plena Corrientes buscando chongos que estuvieran tomando cerveza o jugando al *bowling*. Yo me reía tanto, era una payasa lírica en celo. Creo que algunos se daban vuelta por esa imagen tan poco terrenal.

Él no era un travesti, ni siquiera cuando se puso las tetas. Por aquella época hacía una vida muy ordenada, comía zanahoria rallada, jugos, néctar, polen. Iba al gimnasio, a los saunas. Tenía sus aguas coloridas, de rosa, de violeta, de jazmín, con o sin etiqueta.

Colorado, pecoso, con pecho de chongo y su altivez untándose el cuerpo.

La palabra “deua” era una deformación de “diva”. El término estaba de moda y había sido inventado por La Gran Marcova, que

nos enseñaba todo. Mamábamos de ella. Con Los Peinados Yoli teníamos que andar en ómnibus. B. preguntaba siempre: “¿Cuánto tiempo vamos a andar cargando bolsas?”.

Eso me lo repitió aquella noche en 1988, cinco años después de conocernos. Fuimos a hacer una función allá por el oeste, llegamos con todo el vestuario y los dueños nos advirtieron que nadie nos había contratado.

Hicimos tanto juntos. En un estudio de danza incluso hasta pusimos un bar. Me acuerdo cuando me llamó Tom Lupo. B., un ex-barman y yo viajamos por todo el interior haciendo de modelos en clubes y esas instituciones formales...

DIVINA GLORIA

...mucho ensayo, frío y humedad...

En una foto carnet B. me escribió tres veces *Divina-Divina-Divina*, apenas le entró el Gloria.

Guardo muchas más: B. y Tino Tinto transformado en negra, otra con La Gran Marcova junto a B.

El Día de los inocentes se creó para él. Inocentemente, incluso fue mujer. Nadie más santo que B. Nunca me dijo nada malo contra ninguna persona.

Transformaba todo en un divertimento donde el escenario era como una especie de maldita palabra. Walt Disney y B. son de algún modo una misma presencia. Pero B. a la vez tiene algo en sí mismo de *Blancanieves, Los Siete Enanitos, Cenicienta, Caperucita y el Lobo*.

Disney está congelado, a B. lo guardamos en un lugar más cálido: nuestra propia sangre.

En el 1984 alguien me invitó a participar en el grupo Los Peinados Yoli. Dos de sus integrantes se alejaban, eran Mario Filgueiras y Batato Barea. Uno iba al grupo Caviar y el otro a El Clú

del Claun. Pero esta despedida se potenció al revés porque al final los dos terminaron quedándose.

También estaban Doris Nighth o Dora Noche y Tino Tinto. Elaborábamos todo como en la familia que uno debería tener pero nunca tuvo. Durante un año trabajamos sin parar. Mucho ensayo, frío y humedad. En una casa semiabandonada de la calle Santos Dumont o en el taller de Marcelo Villa, en Barracas.

Al principio, B. ligaba los típicos roles acordes a su figura: ciclista, cartero, botones, bañista. Todo con el *look* de antihéroe. En los programas se llamaba Billy Boedo y decía ser hijo de una ardilla Mary Pickford y de una réplica de Danny Kaye. Pero en él, en verdad, había algo de Elvis Costello mezclado con Woody Allen. Era el feo sexy o, si la situación lo marcaba, el lindo inteligente.

Una noche, ya brotado de travesti, vino a verme a Michelángelo. No lo dejaron entrar. Odié ese momento, esa gente. Estaba curiosísima por ver qué había hecho. Como tantas otras, a pesar de su 'adquirida femineidad', yo seguía enamorada de B. Sobretudo de esos tonos monocordes para hablar, que eran sólo de él y nunca alteraba. Después vino su arte final, el grito de liberación que significó ponerse tetas. No se trataba tan sólo de volverse mujer, sino otra vez de que la inocencia te valga. Inocentemente hacía algo nuevo. '¿Para qué?', le preguntaba yo, 'si ya lo tenés todo'.

Era como la Divina Providencia, inesperado, atemporal, atípico. Me escribía: '¿Para qué querés que te ame si ya te amo desde antes de nacer?'. B. todavía no se ha puesto de moda, pero sé que voy a ver en el futuro una repercusión masiva de su credo, aunque haya muerto. Si yo hubiera entendido que su muerte era un punto final ahora no estaría pensando tanto en él, mi hermana gemela. Un orgullo genético, igual que Federico Moura. Después de Berta Singerman, el mejor declamador que conocí hasta hoy es sin dudas B. Incluso hay un estilo 'batatesco'. Si digo hada, violeta, brebajes, perfumes, botones, pecas, *palazzos* amarillos, fucsias, turquesa, vestidos de

novia abandonados que vuelven a bailar un vals, modelos exclusivos descubiertos por él en la basura, de algún modo también lo digo nombrando.

SILVIA VENNECIALE

...por culpa de esa montaña...

Walter no era como nosotros, un montón de chicos de la escuela. A los diecisiete años ya detestaba toda la estupidez de pueblo que hay aquí, en San Miguel, eso de salir a dar una vuelta, tomarse un helado y punto. Él adoraba el centro. Leía textos difíciles, por ejemplo, *La Naranja Mecánica*. Era un libro complicado, nada sencillo y Walter andaba por ahí, leyéndolo con carpetas donde escondía otros títulos. Era goloso aún de la lectura. Al principio quería ser prolijo, pero no le salía. Después con los años lo fue logrando, al extremo de ser casi perfecto. No recuerdo amoríos. El colegio al que íbamos era muy especial, no propone la libertad que quiero para mis hijos, nunca los mandarían a estudiar ahí. En él nos enseñaban a disfrazar y tapar nuestra personalidad. Nos uniformaban por dentro y por fuera. B. no era un chico de estar a la moda sólo los sábados. Se vestía todo de bordó o de blanco y eso aquí era un choque, una revolución. Estaba de blanco el día en que me confesó que no iría a recibir el diploma y a pesar de mis ruegos desapareció de la entrega. Furioso, indignado contra las autoridades. A mí me habían prohibido hacer el viaje de egresados por mala conducta, decían que si se me ocurría ir a la montaña, todo el mundo iba a querer subirse conmigo. Por culpa de esa montaña me prohibieron el viaje. Eso influyó para que Walter no quisiera el diploma. El colegio es el más importante de San Miguel. Lo único que tiene es pura fama. Los padres de esa época vivían en un nivel increíble de desconocimiento y a la vez querían rigor, cuanto más, mejor. “Conducta”, lo llamaban. Así salió cada caso...

Probablemente Walter en una escuela más libre y abierta de pensamiento hubiera sido tomado en cuenta, se hubiese detectado que su inclinación era puramente artística. Un día me contó en secreto que quería ser actor.

Pasado largo tiempo, lo reencontré por casualidad. Venía con su primo Gastón Troiano de una clase con su primer maestro, Lito Cruz. Fue tanta la alegría al vernos que nos pusimos a llorar en medio de la calle.

También se escapó a Brasil y guardo todavía una postal con aquella letra como de telaraña que sólo yo sabía descifrar. Para mí él siempre será Walter. Nada de Billy Boedo, Sandra Opaco, ni siquiera Batato Barea. Walter.

El padre, la escuela, el barrio, todo tenía un carácter violento, demasiado fuerte, en cambio Walter era tan manso. Al padre le tenía pánico. Una vez don Hugo nos prestó su casa para hacer una fiesta, pero súper controlaba cómo dejábamos el lugar. Entonces algunos barrían y los que éramos más pillos hacíamos como que guardábamos botellas y otras cosas. Íbamos y veníamos a veces sin llevar nada o llevando y trayendo una misma fuente cuatro o cinco veces. El padre era como todos los terribles padres de aquella época y había que hacerles caso. Cuando a veces iba al centro, por ejemplo, al Teatro San Martín, Walter tenía que volver corriendo por que si llegaba tarde se armaba. Venía transformado, contento por una semana. Hablaba de Lorca, de Tennessee Williams, anotaba los nombres de los actores, de los autores en sus inseparables cuadernos. Cuando murió, comprendí que su vida había sido una hazaña. Nunca pensé que se volvería tan famoso. Podía haberse quedado en San Miguel reprimido, poner un negocito, pero al fin había logrado hacer lo que quería, ni más ni menos. Y ahora estamos casi todos con nuestros diplomas bastante insatisfechos. Algunos somos médicos, abogados, pero no sé si logramos realizarnos.

En esos tiempos no se decía “gay” ni se hablaba del tema, pero

esos chicos “delicados” de la escuela que eran dos o tres no se podían defender por el coro de tarados que no paraban de cargarlos con una crueldad incluso superior a la de sus propios padres. Walter me calmaba: “No te preocupes, yo no les doy bolilla”. Esas bromas, repito, herían más que puñaladas. No lograba comprender tanta discriminación. Si mi primo era mujeriego lo aplaudían pero si cualquier mujer salía con un hombre, entonces, era una pérdida.

En diciembre, hace diez años, llegó mi prima y me dijo, así como alguien puede comentar que ayer llovió: “¿Sabés que murió Batato Barea?”. Sin poder creerlo corrí a buscar la revista *La Maga* y era verdad, no cabía la menor duda, incluso *Crónica* mostraba su fotografía en la tapa. Cuando escuché la radio y vi el noticiero sentí horror. Lloré un día seguido. Las lágrimas habían hinchado mi nariz y volví a sentirla como antes de la operación. Recordé que B. era el único que no me cargaba por tenerla tan grande.

FERNANDO PUGLIESE

...Archie, durante un tiempo...

Juntos éramos asistentes generales de *Calígula*, dirigida por Pepito Cibrián. Walter recién llegaba de Rojas. Típico chico de campo, la cara siempre como recién lavada, el pelo cobrizo. César Pierry se reía de él y le decía Archie. Había otro gordo vestido con un traje romano que también le decía Archie, hasta que al final todos acabaron por llamarlo Archie durante un tiempo. La broma se les volvía en contra porque a Walter no parecía disgustarle el apodo.

Inquieto, movedizo, caótico, lleno de intrigas, precursor de los *joggins*, muy ágil, bastante introvertido. Si algo le llamaba la atención, enseguida lo anotaba en su cuaderno. En los teatros de San Telmo, sobre las plateas de arriba, casi a oscuras, andaba Archie. Nunca perdía tiempo, si no había nada que hacer, él se ponía a escribir.

Un día me acerqué, le pregunté qué hacía con esos cuadernos y se apresuró a esconderlos y decirme que eran apuntes sin importancia. En los pasillos de los teatros había gradas enormes de madera, diariamente Archie las colocaba en un segundo en escena, antes que yo, como si fueran plumas. También cargábamos un enorme vestuario. Viajes interminables desde San Telmo a Palermo. Eran seis baúles, valijas de todos los tamaños. El productor daba plata para taxis y nosotros nos íbamos en colectivo.

Vivía en un ambiente de la calle Jean Jaurés. Cierta noche, conocí a su madre.

La primera vez que la vi estaba sentada en el sofá del living con sus piernas cortas colgando y fumando sin parar. Decía haber comprado varias parcelas, pensaba hacer en el futuro un cementerio para toda la familia en Rojas. B. se reía tanto que le decía: 'Repetí. Contá, contá'.

Después, en la casa de la calle Tucumán, immaculado, rodeado de papeles, usaba productos integrales para alimentarse: cereales, miel, yogur, tazones de té y su adorada máquina de escribir.

Quería mucho al profesor de danza, Carmelo Scaramuzzino. De ahí salieron sus primeras *performances*. Cargando bolsos llenos de fruta, tomábamos el 29 hasta una disco en Avenida Libertador. Paró un colectivo que en realidad era una lata de sardinas, decía que no íbamos a entrar y él, sabiendo que tenía que hacer su show, no sé cómo, se volvió invisible, pero pasó y nadie nos cobró un peso.

Otra noche iba a Cemento y su número simplemente consistía en cortar frutas sobre una tabla que convidaba al público. Cualquier cosa te la retribuía con esquelas que eran poemas tal vez propios o transcritos de otros que seleccionaba y pasaba prolijamente a máquina, incluso los dedicaba. B. se reía de sí mismo sobre el escenario, sin rencor. Esto era lo extraño.

MARÍA ELENA WALSH

...para que sigan hablando...

Me llamó por teléfono para invitarme a ver su espectáculo. Mucha gente ya me había hablado de él y a mí, en lo que había visto por los medios, realmente me causaba gracia su humor tan original. Nos conocimos durante una fiesta en lo de Ruth Benzacar. Estaba mirando a los invitados que entraban, de pronto veo aparecer una espalda rosada enorme y digo en voz alta: “Ay, esa chica, qué calor inmenso debe tener para andar así escotada”.

Era B., que llevaba un vestido color naranja muy ajustado, chico para él. En solfa, le comenté al acercarse: “No hay que descubrirse tanto”.

Su mirada, al volverse, en verdad me traspasó por completo. Era exactamente como yo lo imaginaba. Hilarante pero además tierno.

A lo largo de mi vida conocí algunos muy pocos personajes así. Incluso dos eran curas: el Padre Elizalde de Ciudadela y un párroco de San Nicolás, muy flaco y alto con quien una vez, sólo una vez y ya no sé por qué causa, tuve una charla. Al volver a mi casa me dije: “Este es un santo”, como una impresión que surge naturalmente, tal vez del conocimiento por lo que te dice. Algo transmitido más allá de las palabras. A estos seres además les di el rango de ángeles. Es como poder conservar a través de alguien tu propia inocencia.

Al mismo tiempo, de B. me sorprendía ese modo valiente de plantarse ante todo, su desparpajo, la chispa insolente.

También intuía otras cosas. Él no era así, sino más natural, de verdad muy humilde. Parecía alguien que al final jamás te iría a arrollar, ni a tratar de imponerse ni querer enseñarte alguna cosa. Él ni sabía quién era.

De algún modo u otro, la desmemoria en general nos inunda, esto pasa aquí y es terrible. Al final no se va a saber más nada de nadie, no sólo de B.

Descubrí que una de las causas de nuestro trabajo (no me gusta utilizar la militar palabra lucha), es recuperar la memoria de esos artistas tan queridos.

Muchos creadores generalmente tienen una elaboración previa muy grande, o si no desde los propios personajes. Pero B. estaba como encarnado y nacido en su “rol” y además no aparecía la típica sobreactuación del travesti. Para nada. Era otra historia.

Siempre lo vi despertando la sonrisa de un modo casi involuntario. Quizás tenía todo un trabajo anterior pero, si había escuela o conservatorio, eso no se notaba.

Poseía el toque secreto que tienen sólo algunas marcadas figuras con los misterios de la representación.

Yo también pienso escribir sobre este asunto de la desmemoria. Por otro lado, nunca nos van a permitir que olvidemos a Marilyn Monroe o a Kennedy. Nadie duda que se lo merezcan, pero es una serie de memorias, diríamos, previsibles.

Ahora, ¿quién se acuerda de tantos aniversarios de nuestra propia gente?

No se trata de sobrevalorar, sino de recordar con vehemencia que existieron seres como Batato Barea. Y cómo fueron.

Y qué hicieron para que se siga hablando tanto de ellos.

HUGO AMICHETTI

...a caballo sin montura...

Al principio, mi primo, no tenía nada de diferente. Le encantaba ver películas, aunque estuviéramos en medio del campo él me hablaba de cine todo el tiempo. Celebramos juntos los dieciocho años con una misma fiesta. Una vez fuimos juntos a conocer Mar del Plata, de ahí a Tandil con un frío tremendo. Hizo dedo y enseguida paró una camioneta. Subimos, pero atrás. Adelante iba un hombre con

su perro. Era tanto el frío que cuando llegamos a Rawson estábamos casi morados y tuvimos que bajar. Walter saltó sobre la nieve, corrió casi quinientos metros. La intensidad de la corrida le hizo un efecto milagroso, él mismo me rescató a mí y comencé a correr al lado suyo.

Yo recién venía del campo a la gran ciudad y nos metíamos en el Sheraton. Si preguntaban en la entrada hacia dónde íbamos, él inventaba algo y nos permitían pasar. Subíamos hasta la confitería. Tomábamos una Crush entre los dos. Me hizo conocer muchos lugares: La Perla, Las Violetas, La Ideal, La Paz. Ibamos hasta el Edificio Cóndor y le gustaba pasear por esos largos patios.

Al Ariel, su hermano, desde chiquito empezó a notársele que era muy femenino. En cambio al B. no. Si íbamos a Flores él mismo me llevaba a las discotecas.

A los diecinueve empezó a cambiar. Tenía unos amigos que yo, recién llegado del campo, no estaba acostumbrado a ver. Se vestían y perfumaban mucho. Igual nunca hablamos del asunto. Sólo en cartas me lo dio a entender. Me mandaba siempre, a su manera, postales desde todo el mundo. Cuando lo vi con tetas me causó mucha gracia. Aunque en el fondo no sé si me gustaron, me hicieron reír y todavía me pasa lo mismo al recordarlo.

El Ariel también se vestía de mujer, se pintaba, era gracioso, con una figura de mina bárbara y una piel... Parecía que B. se negaba a que Ariel anduviera así. Pero no le quedaba mal. El Ariel se vestía en su propia casa, salía a la calle, pasaba por mujer. El Walter no. El Ariel era una maravilla. Cariñoso. Walter era más hosco, tranquilo, reconcentrado. Quedaba boquiabierto cuando veía a su hermano vestido de mina. En el fondo sentía miedo de que le pasara algo malo.

B. andaba a caballo sin montura, con un pantalón de seda a rayas. Después comenzó a alejarse de mí y de algunos de por acá, pero siempre pienso en Walter, lo imagino entre el barro que le gustaba pisar a propósito, manchando sus mocasines recién comprados o descalzo en la arena de Mar del Plata, tan caliente que sólo él podía

soportar.

SALONES DE FIESTA (1970)

*... No esperes a que magnánimo el abismo
consienta en devolverlo al aire respirable
porque la muerte se sacia en su silencio
y ríe del dolor que a todos mueve.*

Yeats

Los Salones Versalles de San Miguel, especie de palacio *kitsch* construido por Nené, sus rosas rojas de acrílico y bolas luminosas enormes, enredadas entre las hiedras que sí eran legítimas, estaban en su apogeo. Con la agenda cubierta por varios meses y los enormes macetones de terracota escupiendo cascadas de flores artificiales, además de la gran escalera caracol turquesa donde los novios se fotografiaban para el álbum, rumbo a la inmensa terraza con más mesas cubiertas de delicias y postres. Ahí las estrellas parecían recortadas sobre los banderines de papel y las parejas bailaban hasta el amanecer en que comenzaban a servir las medialunas tibias, recién hechas. Y el café, imprescindible para poder regresar a sus hogares, tambaleantes de felicidad, mientras los mozos seguían impasibles como si nada pudiera derrumbarlos y sus *smokings* con moñito siempre impecables; algo que los hacía confundirse, algunas veces, con los cientos de novios que elegían el exquisito servicio del lugar. Por el piso, seguro encontrarían serpentinatas, joyas, chales de seda o *lamé* olvidados y a veces el propio ramo de la novia dejado así, a propósito, como un desprecio a las leyes del azar, ensuciado entre cenizas, migas, tantas cosas perdidas después del traqueteo celebratorio.

Los hermanos vivían al final de la casa chorizo, en dos cuartos comunicados por un pasillo desde el que salían, primero que todos, a revisar mientras los empleados de limpieza plegaban las mesas y las

sillas. Ellos estaban allí, tenían permiso de la señora patrona también despierta pero en otras actividades, incansable como siempre.

Walter adoraba los globos amarillos. A Ariel, en cambio, todos le daban igual y siempre eran los mismos provisoriamente guardados en cajas enormes de mimbre y con candados, fuera del alcance de sus manos pequeñas, dulces, insaciables.

En verano, allí mismo, Ariel tomaba sol casi todo el día y se ponía marrón, la piel como de dátil gracias, tal vez, al inseparable Rayito de Sol. Walter, pelirrojo como la madre Nené, fabricaba sus propios ungüentos mezclados con Coca Cola, para lograr tostarse, pero sólo conseguía ponerse más rojo todavía.

Los dos tampoco trataban de perderle el paso a Nené, que apenas podía atenderlos, ocupada todo el día con los treinta puestos del Mercado Stella Maris también ideado por ella, y donde Hugo Barea, el padre, controlaba todo y recibía a los proveedores. Nené atendía la caja, se las arreglaba también con la contabilidad, manejaba hasta el centro su combi para hacer trámites bancarios. No le quedaba libre ni un segundo para sus hijos, cuidados por Leticia, la abuelita tan amada.

Sólo los domingos podían pasarse colgados o alrededor de ella para recuperarla, junto al papá Hugo que percibía algo raro.

Sus hijos en nada se parecían a los típicos muchachos vecinos del barrio. Siempre refugiados en la atalaya de los salones de fiesta, no se mezclaban jamás con los que jugaban al fútbol en el potrero de la vuelta. Ariel, se veía, era el más marcado por esa condición en el mundo de los hombres de entonces. Para colmo, cuando veía acercarse a su padre, Ariel hacía bromas aflautando la voz al saludarlo o movía las caderas mariconeando de lo lindo. Walter lo miraba en silencio. Su hermano justificaba esa valiente exhibición como un juego que poco a poco iría acostumbrándolo.

Incluso salía por la calle con los zapatos negros tipo aguja robados a Nené y el vestido verde billar que le quedaba muy estrecho, corto

y demasiado ajustado. No necesitaba pelucas, con su larga y lacia cabellera negra que Leticia le peinaba todas las mañanas. A ella le usaba a escondidas el lápiz de labio y un viejo frasco de esmalte casi azul para las uñas, sin que se diera cuenta. Pero nada escapaba a la mirada de su hermano Walter, al que nadie llamaba B., todavía.

CARMELO SCARAMUZZINO

...él se había dado cuenta...

He dado clase a gente muy reconocida en la actualidad como Caamaño, Belfiore, pero B. en realidad era otra cosa. Cuando lo vi llegar, con ese físico, esa belleza y a la vez un factor psíquico de superdotado, yo hubiera hecho de él un gran bailarín. Tenía enormes condiciones, era grande, un verdadero Grande. Él, a su vez, incentivaba a sus compañeros a tomar clase conmigo. Guillermo Angelelli, entre tantos, su amigo entrañable, era otro genio. B. quería que todos tuvieran realmente una base en común para después poder trabajar juntos. Vino al Estudio Kirowa casi dos años, con mucha intensidad. Recuerdo la primera vez que le marqué un paso de varón para fortalecer las piernas, lo hizo como si ya lo conociera de memoria. De entrada, nomás. Y perfecto. Cuando terminó se dio cuenta que todos los demás habían quedado embobados por su destreza. Él, al mismo tiempo, descubrió asombradísimo que había gustado, que podía ser el centro de los halagos. Tuvo una actitud típica de *clown*: colocó las manos en las ingles, trató de achicarse y esconderse para desaparecer. También hizo el Método Lecoq y acrobacia.

Walter trabajaba durante horas. Le sacaba el jugo a la barra hasta quedar exhausto. Es demasiada la gente que tiene un solo ritmo, pero él conocía todas las gamas del movimiento. Sabía hacer cosas lentas y brillantes. Cuando lo vi vestido de mujer en la boda de Vanessa Miller, lo pude comprender porque capté que él se había dado cuenta de que le quedaba poco tiempo de vida. Yo me sentía parecido a él. Fui uno de los primeros en usar corbata roja y camisa rosada, uno de los primeros en ponerme mocasines, *slips*. B. me preguntaba sobre todo eso. Él usaba unos pantalones tipo pijamas, poco jean, cándido pero seductor. Una vez un compañero le dijo: “Ahora voy a contarle al profesor que te escapás antes, para no hacer nada”. Conociéndolo como lo conocía a Walter, no le iba a creer al otro pero él estaba

preocupadísimo: “Maestro, no le haga caso, es un mentiroso...”. y seguía palpitando agitado. Ah... B.

No lo vi muerto porque estaba cortando el pasto y si el teléfono sonó ni lo escuché. Nos habíamos encontrado antes, avisado por Vanessa Miller, fuimos los tres a comer unas tortas que le encantaban y yo le había hecho bizcochos con huevos de gallinas caseras. También le envolví muchos huevitos frescos para que tomara, pero no tuvo tiempo. Me decía por teléfono: “Es que estoy muy mal”. Yo no sé de dónde sacaba fuerzas para responderle como si nada y le decía: “Bueno, per..”. Entonces me interrumpía: “No, no sabe Carmelo, pero ahora sí estoy muy mal”. En el caso de los muertos entre los que incluyo a mi propia madre, digo, si van al cielo, ¿no pueden seducirlo al propio Dios? Y ese Señor, ¿por qué no los deja bajar aunque sea un ratito para saludarnos? Si Dios existe, debe estar cediendo a la seducción de B. Quién sabe, ¿no?

A B. le estaba por surgir una gran oportunidad en televisión sobre un cuento adaptado de María Elena Walsh por Stella de la Rosa. Eso fue lo último que no pudo hacer.

Su frescura en el teatro era incomparable. Recuerdo que decía ser una poeta de provincia, uruguaya y que se llamaba Marosa e iba a leernos uno de sus poemas. Y era real, ahora me entero. Marosa existía. Él entraba muy despacito en el escenario... se hacía esperar, hasta llegar al centro. Ahí estallaba recitando un poema. Y le salían cosas que incluso el que quiere premeditar no las logra. Siento que tendría mucho que ver con sus padres. De algún modo ellos le enseñaron a prepararse en todo para sobrevivir. Pero esto de estar como presente, perpetuado, junto a uno, es cosa sólo de B.

Yo crié a mis tres sobrinos que tienen entre 20 y 25 años. Ellos saben mucho de B. y hasta algunos amigos de ellos son *fans*, guardan como un mito privado sobre B. Barea y buscan verlo en algunos videos.

Es que B. quedó en el propio líquido de nuestra memoria colectiva.

Yo viajé a Europa, ya me estoy olvidando de tantas cosas pero nunca dejaré de recordar Venecia. Tampoco a B.

OLKAR RAMÍREZ

...me dijeron que incendió su nariz...

Empezamos en una clase de Cristina Moreira, de ahí salieron Las Gambas al Ajillo, El Clú del Claun, B. Las clases eran reírse y pensar cómo hacer reír a los demás. Había pocos ejercicios. Cristina traía la fórmula y decía lacónica: “Ahora salís y hacés reír, te doy tres tiempos, si en ese lapso no lo lográis, podés retirarte”. Tocaba un tambor, daba tres golpes y al principio uno se desesperaba. ¿Qué hago, doy vuelta carnero, me río de mí? ¡Terminó el tiempo!

Walter tenía problemas, aunque al final encontraba su fórmula. Decía: “Noooo, no puedo salir, no me sale”. Y ahí se producía el estallido, la carcajada general. Casi nunca hacía lo que le decían, se cortaba sólo, no quería entregarse. El método Moreira era así: cuatro días a la semana, tres horas seguidas, durante un mes intensivo. Todos tenían que aprender. Cristina decía: “Para la semana que viene se buscan un traje, vos de albañil, vos de bombero, vos de Superman”. Al final de las clases todos nos íbamos al bar. Cuando Raquel Sokolowicz volvió de Europa, continuamos con ella. Hicimos un curso de melodrama, después tragedia, luego *music-hall*. Ella venía de la escuela de Lecoq, donde había aprendido cada disciplina y sus cursos podían durar toda la vida. En la primera semana, con gesto ceremonial, ya te daba la nariz de clown. No sabías dónde guardarla, como a un tesoro. A partir de ese momento nadie podía trabajar sin nariz, la nariz ya era parte tuya, si no la traías no podías entrar. Fue cuando hicimos la muestra “Blanco, Rojo y Negro”. Me acuerdo que fue B. quien creó el Clú, dijo a todo el mundo: “Me gustaría que ahí, en el Teatro Contemporáneo, los domingos, vayan todos y hagan algo que les guste y le podíamos llamar El Clú del Claun”. Los domingos no

llegaron, pero enseguida se hizo “Arturo”, en el Rojas.

Ahora lo recuerdo en una muestra en Neuquén, mucho antes, al comienzo de los viajes del Clú. Ya comenzaba a separarse, a hacer como dicen rancho aparte. Ibamos al río, tomábamos vino, algunas pastillas, pero él se quedaba en la costa de enfrente. Nadie sabía cómo cruzaba esas aguas heladas, creo que lo llevaban temprano unos buceadores y después permanecía solo, allá arriba, entre las rocas. Nosotros le gritábamos y él nada. Había algo extraño que lo obligaba a separarse de los demás. Siempre lograba que estuviéramos pendientes de él.

En una publicidad juntos, hicimos de miembros de una orquesta filmada en cámara rápida. El tocaba la batería, Gerardo Baamonde el bajo y yo, el piano. Todo se cortaba porque de pronto aparecía el turrón Namur y había que comerlo. Era una publicidad para ganar plata. La última que le vi fue la de Echo en el Balde, vestido de marinero.

No lograba estudiar o meterse con una obra escrita por otro, quería hacer sus propios trabajos. Tenía una forma de realizar que odiaba llamar “teatro”. Usaba la poesía en lugar de las típicas morcillas payasescas. Y mezclaba, mezclaba todo vertiginosa y acertadamente.

Me sorprendí con *La Carancho*. Salí maravillado.

Ya en el Parakultural había mostrado lo mejor, en medio de las goteras, los pisos inundados, la humedad. Por suerte no había ratas, gracias a que trajimos tres gatos. Y esos gatos cuando él entraba en escena lo seguían obedeciendo a una fuerza que les permitía quedarse como privilegiados espectadores. Me dijeron que quemó su nariz. Creo que esa nariz al fin lo limitaba a ser sólo payaso y él ya estaba más allá.

HERNÁN GENÉ

...levitar convertido en camello...

El nos juntó. Ya estaba organizándolo desde los primeros cursos de *clown*, cuando íbamos a las plazas a trabajar y decía “Vení, vení, vení”. Porque si no le interesaba alguien sólo susurraba “Vos, si querés, vení...”. A veces íbamos a San Isidro, otras a San Telmo. Nos maquillábamos en las plazas, teníamos que cambiarnos en el baño de algún bar, en medio del olor a meo. Después, no sé cómo, B. armaba un número en el que lograba levitar convertido en camello.

Era 1984 y B. asistía a todos los talleres de Cristina Moreira, la única maestra que revelaba un medio de expresión distinto. Ella volvía de Francia y a muchos nos cambió la vida. Yo andaba metido en hacer cine, fotonovelas, esas cosas; se me venía una carrera convencional, pero todo cambió después de El Clú del Claun. A B. lo conocí en las clases de acrobacia, era 1982, y no quería por nada ir a las Malvinas. Igual estuvo acuartelado un corto tiempo, lo suficiente como para verlo vestido de soldado.

En 1985 nos reencontramos en otro curso de la Moreira.

Ya desde entonces, cuando las cosas estaban listas, él desaparecía, con su natural rechazo contra el poder. Si se aburría, entonces ya no podías contar con él.

Una noche de estreno en el San Martín, vio a Monseñor Laguna entre los invitados, se acercó furioso y le dijo: “Escúcheme, ¿usted es Monseñor Plaza?”. Directamente iba a putearlo pero por suerte se dio cuenta de que lo había confundido.

B. hacía un número en el que terminaba diciendo: “Enemigos de la patria: Monseñor Plaza, Zaffaroni, Primatesta...”, mientras desataba una caja de pizza lentamente y repetía Enemigos de la patria, enemigos de la patria.

Además B. veía lo malo, como detectándolo. Daba miedo. De pronto decía: “Hay que tener cuidado con aquel, cuidadito”. Ese, seguro quedaba marcado hasta que demostrara lo contrario.

GABRIEL CHAME BUENDÍA

...terminaba sus funciones como diciendo etcétera...

Teníamos una ‘hermandad por talento’, como a veces decía B. Lo conocí en una fiesta organizada por Katja Alemann. Me contó que había hecho de todo, limpieza, qué sé yo cuántos oficios e incluso taxi boy. Después lo perdí, pero ese tipo me quedó marcado. Una noche en el colectivo 29 nos reencontramos. Me propuso ser *clown*. Me invitó a verlo en Taxi-Concert con Los Peinados Yoli, donde también cantaba Diana Nylon. Lo que hacía B. era para tener en cuenta. Nada de playbacks. Especie de ‘números’ con poemas.

Gustavo Fouiller inauguró El Depósito, en Cochabamba casi Defensa. Walter estaba separándose de los Yoli y armaba números como solista. De entrada ya era divertido oír esa voz gruesa: ‘Yo soy B.’.

Paralelamente a El Depósito seguíamos tomando clases con Cristina Moreira y preparábamos un trabajo sobre el Minotauro.

Walter tenía otro número con las hormigas, las trataba como a niñitas, diciéndoles: ‘Saltá para aquí... saltá para allá. De pronto pisaba una y exclamaba: ¡Ay! ¡Oh! Me parece que la pisé, maté a la hormiguita, ¡la matéeeee!’. Ese espectáculo no funcionó, pero gracias a eso Walter se juntó con otros y formó El Clú del Claun.

También montó algo con el ritual católico: una hostia gigante hecha con tapas de pizza, quería comerla pero no le entraba. La gente aplaudía o se iba furiosa. Con este número logró conocer a Hebe de Bonafini, ya que el entonces director del Centro Cultural General San Martín trató de censurarlo el mismo día de su presentación. Ahí comenzaron las prohibiciones y las amenazas. Ahí nació, después, el vínculo entre Walter y las Madres de Plaza de Mayo, que presionaron y consiguieron verlo en el escenario. Él mismo fue a buscarlas, pidiendo socorro.

En seguida comenzó la puesta de *Escuela de Payasos*, dirigida por Juan Carlos Gené. Al segundo día Walter se convirtió en enemigo público del director. Dos formas muy diferentes de encarar lo teatral. B. era el único que lo enfrentaba.

Empezaron las traspuestas del Parakultural y Walter, transformado en una gorda elefantiásica, ^{Te lo tuvo por Bata} ~~Dona~~ Suspiro del Congo Belga, recitaba

poemas. También el programa anunciaba a Dolores Pratini y la señora no sé qué, otras dos que nunca llegaban. Doña Súspiro igual declamaba, ella no podía esperar.

Después metió a la gorda en su equipaje rumbo a Cuba. Se había teñido el pelo de blanco y salía con los labios de rojo por La Habana. Un verdadero escándalo. Estaba completamente fuera del sistema. Se metía en quilombos con la policía, iba a hacer su propia revolución en Cuba. Incluso se enamoró del hijo de un jerarca castrista. Su amante cubano planeaba escaparse con él hacia la Argentina. Tal vez pensara traerlo escondido en la gran bolsa de la gorda, pero no fue posible. Los descubrieron.

Siempre terminaba sus funciones como diciendo etcétera, él sólo quería ver, tocar, sentir, repartir su número de teléfono entre el público.

A pesar de tanta duplicidad nunca se separó del Clú. Repetía: ‘No mostremos nuestros problemas a los demás’.

Cuando fuimos a Colombia, por supuesto viajó vestido de mujer, con aros, pantalones, todo pintado. Eso entonces era muy raro. Su travestismo en esa época resultaba completamente inusitado. Trabajaba como loco, a eso de las ocho de la mañana confeccionaba una lista con casi cuarenta cosas que iba tachando. De noche decía que se iba a la cama, al hotel, pero quién sabe... Hasta lo tuve que censurar por causa de un cóctel en la Embajada Argentina, que nos había auspiciado, porque con esa facha seguro iba sólo para provocar escándalo. Pero Walter estaba decidido a llegar vestido de mujer. Tuve que decirle ‘No, Walter, no pienses sólo en vos, nosotros te entendemos, pero pensá en el grupo, podemos perderlo todo’. Enseguida recriminó: ‘¿Pero, me estás reprimiendo?’. ‘Sí, Walter, te reprimo’. Terminó por enojarse y desaparecer. En el fondo yo le daba la razón. Vino después otra fiesta del festival en un hotel cinco estrellas de Bogotá, organizada por Fanny Mikel, una ex-vedette argentina que reinaba en el lugar, rodeada de asistentes, con

minifalda de cuero. Nosotros estábamos diciendo que nos había ido muy bien de público y crítica. La poderosa y todavía apetecible rubia Fanny se acercó a B., que la tuteó de entrada: ‘Sos divina, siempre quise ser como alguien y ahora me doy cuenta que hubiera querido ser como vos’. Fanny comenzó a hablar con B. A la media hora llamó: ‘Miguelito, ven para acá, véndele todas las funciones que puedas a esta gente’. Al rato teníamos confirmadas ocho funciones a dos mil dólares cada una o sea que íbamos a ganar el doble de la pequeña fortuna que pensábamos traer. Nos llevaron a todas partes en hoteles paradisíacos, en medio de la mafia. Año 1988, pleno cartel. Al fin y al cabo era mejor dejar que B. hiciera sus escándalos, porque en definitiva nos daba muy buenos frutos.

Después de *El Burlador de Sevilla*, donde hacía de Tisbea (‘Fuego, fuego, agua, agua, amor, clemencia que se expande’), su relación en el Parakultural junto a Humberto Tortonese y Alejandro Urdapilleta se intensificó. Entonces nos dijo que en el futuro espectáculo del Clú ya no trabajaría. Para colmo, también Angelelli, con su *Madame Butterfly*, tenía que irse.

En ese momento comenzaba la enfermedad de Walter. Caminando hacia una clase de acrobacia le pedí que me contara algo sobre el tema, lo único que me dijo fue: ‘Al fin todos nos tendremos que morir alguna vez’.

Vivian Loew, nuestra terapeuta, de nuevo nos salvó. Organizó una reunión especial para todo el grupo y ahí hablamos del asunto.

Nunca vi, ni en Europa donde ahora resido, alguien o algo como B. Cada vez que vuelvo a esta ciudad me conecto con él. Doy una vuelta por su casa, acercándome casi sin darme cuenta y me digo: B. debe estar muy ocupado. Ni me animo a llamarlo por teléfono.

HEBE DE BONAFINI

...lo considero como un hijo más...

La relación con B. es de esas que se ahondan por las convicciones. Él, mucha gente lo dice, estaba marginado o lo marginaban pero logró pasar por arriba de todo, como nosotras las Madres, siempre saltando el cerco. B. y nosotras lo derrumbábamos con el mismo coraje.

No interesa cuántos años vivas, importa sí, a pesar de todo, lograr vivirlos con alegría. Rompiendo esquemas hasta decir: “Nosotras podemos esto y mucho más”. Detesto hacerle alabanzas sólo porque ya no esté y además sería inútil. Me queda esa suerte de haber sido su amiga, de apretarnos las manos, de compartir la rebeldía. Yo no acostumbro decir “tengo un amigo homosexual o negro o judío”. B. era. Era grande, grande como persona. Hizo de su vida lo que quiso después de escuchar su corazón. Decir que era o travesti u homosexual nada más, me parece algo tremendo. Enfrentó el sistema desde su propio punto de vista que después muchos reconocieron porque él, de algún modo, los inició. B. era legítimamente un ser humano que un día nos llamó para pedir auxilio, quiso que nosotras denunciáramos toda la injusticia de prohibirlo en un teatro oficial y como nosotras somos denunciadoras, allá fuimos. Nos pedía auxilio porque era valiente. Dijo: “Por favor, como vos denunciás siempre toda injusticia, denunciá esto también”.

Nosotras nos quejamos por todas las cosas en contra de él, como persona. Me parece imprescindible valorarlo desde ahí, desde todo su esfuerzo y valentía. Denunciar hiere a la gente opresora, no toleran que alguien se atreva a enfrentárseles. Solo pienso valorarlo como a un revolucionario. Todo lo que fuera injusticia nos hería por igual. Y cuando tenés un ser humano cerca al que sabés que también trastorna la injusticia, de algún modo te sentís menos sola. Mi imagen de él es la de un tipo que vivió con alegría y hasta fue capaz de reírse de su propia muerte. Cuando alguien logra eso es porque vivió muy plenamente. La propia muerte entonces no importa. Su alegría en mí todavía sobrevive. Lo considero como un hijo más.

VIVIAN LOEW

...festejar sin vergüenza...

De él aprendí puntalmente las siguientes cosas:

1. El placer de ser segundo. Ni primero, ni protagonista, ni último. Fomentando y sosteniendo al primero con alegría. Porque se necesita el lugar de segundo.

2. Festejar sin vergüenza y sin cuidar la propia identidad. Nadie te roba lo que le regales. Todo lo bueno que sentís tiene destinatario.

3. Enojarme tranquila, sin típicas broncas. Él se enojaba sin rabia. Se enojaba y punto.

4. Aceptar mis ganas personales de lucirme en algunos momentos y reconocer también mi timidez o mi necesidad de ocultarme.

5. A despertarme riendo.

6. A saber que a veces uno quiere y no puede ayudar.

7. A decir simplemente que no.

UN GLOBO INMENSO O SU HISTORIETA OBVIA

*Nadie puede amar la verdad y el bien sinceramente,
si no abjura de la multitud y el artista,
aunque puede utilizarla y estudiarla,
debe aislarse de ella para evitar el contagio.*

Giordano Bruno
(escrito en su agenda 1978)

Si te llamaba B. para acompañarlo en sus andanzas por los escenarios casi siempre improvisados, seguro no serías capaz de sustraerte y te entregarías por completo a su séquito. Pero incluso si no te invitaba igual ibas a verlo, a palparlo, en camarines abiertos como calles, querido al extremo.

Sólo bebía jugos de frutas y las pocas veces que probó la merca nunca dijo nada. Yo me drogaba de él y de su amistad incomparable, incluso con odio y amor entrecruzándose como destellos para espantar el habitual hastío, como una mosca con la máscara de su desprecio que bien disimulaba en su propia sonrisa.

Si te llamaba, era como acceder a un privilegio cercano al don poético, el más alto de todos los dones. Pero igual serías al fin uno más, no tendrías que preocuparte ni por los detalles de cartel, él siempre te pondría primero, incluso haría la prensa para todos y nada de taxis o remises. En colectivos y caminando desde la redacción de *Crónica* a Editorial Atlántida, por las calles llenas de camiones con choferes silbando. Todavía no estaba la autopista y podían, recién llegados de todas las provincias, estacionar bajo los árboles.

Si te llamaba, siempre estarían su caja con pastas, pintura y maquillaje prontos para ser usados. Un mismo *rouge* para casi diez, un lapicito marrón o azul, el mundo paupérrimo de aquellos

días que en realidad fueron noches exhaustas de tanto taconeo y serenata: “Aquí me pongo a cantar / debajo de este membrillo / y quien no quiera escuchar / que apriete el gatillo. / Aquí me pongo a chupar / detrás de este estribillo / y quien no quiera gozar / que se cosa el calzoncillo”.

JOSEFA (104 AÑOS) Geriatrico de San Miguel

...hablaba mucho con ellos...

Como trabajaban día y noche en el Mercado, sus padres no podían cuidarlos. Nos turnábamos con Leticia, que se había puesto de novia con el papá de Nené y era una abuela alta, grandota, parecidísima a ellos.

Cuando llegaron a San Miguel, Walter tenía siete años. En el Mercado había muchísimo espacio para jugar. Me decían abuela. Yo estaba sola. A Walter le encantaba hacer los deberes. Todos me dicen que estoy bárbara, pero en verdad no los escucho. Me parece que me quedé en los cincuenta años, tal vez los cuarenta pero, ¿casi cien? No. Acá, si uno se cae, 'tal vez' el otro lo levanta. Yo no me puedo quejar. Me coronaron la Reina de los Jubilados de General Sarmiento. Somos pocas, ésas dos que están ahí sentadas, una tiene noventa y seis y la otra noventa y ocho. La más alta es ciega. B. hablaba mucho con ellas. Esa otra que va ahí es una chica joven, tendrá ochenta años, es lesbiana, no parece. En realidad aquí hay una mezcla de geriátrico, cabaret, café concert y manicomio. Por eso B. venía tanto a visitarnos.

CHARLA ENTRE COMADRES (MARTA PAZ, NENÉ Y EDITH)

...que tenés otro hijo...

Martha Paz: fui como una hermana de B. y Ariel. Somos de Junín. Mi papá tenía un bar. Por eso conocí a los Barea. Vivían en una casa que estaban construyendo con dos pisos. Faltaba terminar la planta alta. En la baja habían instalado una tienda donde revendían ropa y diversas cosas. Había lo que pidieras. Hace treinta y un años y es como

si fuera ahora. Yo me la pasaba jugando con ellos todo el tiempo. La primera herencia: ahora que soy madre también juego con mis hijos. Walter tenía dos años. Nació en lo de Doña Anita. Una casa enorme, con la galería interminable, el patio gigante, íntegramente pintada de amarillo. Ahí todo nos parecía sólo para nosotros. Era un pelirrojo, colorado a más no poder, tan buen amigo. Por algo tuvieron que mudarse justo al lado de mi casa y ya no me despegué nunca de ellos. Cuando Walter tenía tres años nació Ariel, el hermano menor. Los tres jugábamos en la Tienda, íbamos al campo y nos perdíamos en los lugares más extraños. Veíamos verde y nos metíamos. Nos llevaba en la camioneta el abuelo Salvador y la abuela Elvira, a quien le gustaba el juego. Nos divertíamos tanto. Eran tan alegres. Siempre estaban contentos. A veces Walter tenía ser demasiado feliz. Compartimos el barrio hasta 1968. Después me fui con ellos a San Miguel. Estuve infancia y adolescencia junto a ellos. Me acuerdo de Graciela Pitta, una amiga de la plaza, a la que le gustaba decir ser novia de Walter y con ella se iba a las hamacas. Nos poníamos delantales y jugábamos a limpiar toda la casa, la cocina y esas cosas, pero sin tocar nada. Yo noté que Walter, al nacer Ariel, se enfermó de celos. O sea, comentaban los mayores: “Este chico está enfermo de celos”.

Nené: Yo estaba contruyendo arriba y en un ataque de celos se puso a caminar por las cornisas de los altos que todavía no tenía techo. Y los vecinos gritaban: “¡Señora, señora! ¡Su nene está caminando sobre el viento, en el aire, en el vacío!”. Subí a las escaleras de un tiro pero cuando llegué al lugar le dije: “Te voy a dar un flan, vení, Walter, te tenés que bajar de ahí”. Así eran los dos de exagerados y para colmo traviosos.

Martha: A Walter lo que más le gustaba era la lectura. Siempre andaba con sus libros y hasta me decía que le interesaba la literatura. Antes Nené había tenido un kiosco. Cómo manoteábamos chicles sin que ella nos viera, golosinas, mil cosas. Salíamos con bolsas y las vendíamos por ahí a cualquier precio. Pensar que Walter era tremendo.

Los dos. Jugábamos también como cualquier chico al doctor, a la enfermera, cosas como esas, pero que uno olvida más fácil. Ellos fueron los hermanos que la vida no me había dado. Organizamos un asalto, necesitábamos dinero para comprar helados o pizzas. Salíamos con unas bolsas donde metíamos de todo y la escabullíamos por debajo de la ventana. Walter la levantaba. Ariel y yo pasábamos por debajo de un salto, después Walter. La persiana quedaba semiabierta pero como Nené siempre estaba revisando, bajaba la persiana sin saber qué había pasado. Un día nos sorprendió Hugo, el papá, y casi nos mata. Nos decía: “Si quieren plata tienen que trabajar”. Y trabajábamos pero al final no nos pagaba. En el Mercado cargábamos carne y la llevábamos al hipódromo con Hugo o Nené, se turnaban. Las fiestas nunca se programaban. Todos los días eran una fiesta. Siempre lleno de gente, parientes, amigos. En ese tiempo estábamos en el mercado. Una casa muy grande, había habitaciones, camas para todos los que necesitaban quedarse. Era como un gran hotel, y encima gratis. El salón, donde Hugo despachaba la carne, era inmenso. Había seis o siete cortadores continuamente sin contar los empleados para la limpieza y otras actividades. Las órdenes las daba siempre la Jefa Nené. Ella estaba en el eje de todo, muy trabajadora. Terminaba a la una de la mañana y a las seis ya estaba de pie. La llamaban “Lapicito” por la gran agilidad que tenía para hacer números, la contabilidad del mercado y también con casi quinientos clientes. Nené iba al frigorífico junto a Hugo, se sentaba a ver la matanza de las vacas. En los ganchos se vendían las medias reses, una tras otra, sin detenerse.

Nené: A pesar de las horas que no alcanzaban igual nos divertíamos. Matábamos muchos animales, eran jaulas y jaulas. Teníamos un socio, Martín García, que terminó casado con mi prima hermana, Cholita.

Martha: Hugo siempre estuvo con Nené en las buenas o malas, fue algo *dandy*, tipo *playboy*. Creo que en verdad recién empezó a trabajar a los treita y pico de años.

Nené: Para él, que venía de ser tan bohemio, de salir con los

amigos y tomar su whisky, era difícil volverse de verdad responsable.

Martha: Nené lo transformó en un hombre hecho y derecho. Cada minuto que pasaba fue mejorando a tal punto que hoy estoy segura de que sin ella Hugo no sabría vivir. Cuando Walter comenzó a hacerse más grande, a crecer, de pronto se volvió muy reservado. Claro que salió en varias oportunidades con distintas chicas y repetía: “Casi todas las mujeres están locas”. Parecía asombrado, le encantaba armar parejas. Era casamentero. Ariel quiso ser siempre como el hermano. Se copiaba. Se veía reflejado y a veces, charlando con Nené, oía decirle: “Para mí Walter no es mi hermano, es otro padre”. Era tanta la adoración que sentía por él. Pero Walter no le respondía. Estoy segura de que él no quería suicidarse. Le habían metido en la mente eso de que su madre no era su madre. Que era adoptado. Pero además tenía algunas amigas que lo inducían al suicidio por que ellas estaban todo el tiempo hablando de suicidio, estaban mal y querían cortar con todo y se lo decían a Ariel. Eso provocó más ánimo para morir y menos ganas de seguir molestando. Tenía casi 17 años, ya estaba bastante crecido para seguir pensando en que el hermano alguna vez le hubiera dicho que era adoptivo. Al fin, no pudo sacarse esto de la cabeza. Mientras agonizaba, Nené lo miró absurdamente, creyendo que era un chiste. Fue ahí que le dijo que algún día también se llevaría a Walter. En ese momento tan terrible, le alcanzó a pedir perdón porque se equivocó. “Perdón mamá, cómo dudé que fueras mi madre. En doce años, volveré por B.”. Y eso pasó.

Martha: El más celoso era Walter, por supuesto. Pero, al fin de cuentas, en verdad nos reímos como pocos chicos lo habrán hecho en este mundo. Vivimos con todo. A veces los propios vecinos venían atraídos por nuestras carcajadas y ellos también volvían riendo a sus casas. Una vez Nené y Hugo se iban a Mar del Plata y Ariel, como siempre, dale con que no quería ir. Walter estaba en la Capital. No podía ir debido a su trabajo. Ariel se quedaba con Leticia, la última pareja del abuelo. Antes de que ellos salieran volví yo de Mar del Plata

por que tenía mi novio, hoy mi esposo. Nos quedamos los tres sin un mango. Pero queríamos, como un antojo, ir a comer a La Boca, en las cantinas. Ariel, Walter y yo revisamos todo lo que pudimos, no hubo bolsillo ni rincón que se salvaran y juntamos algo de dinero. Nos duchamos, tomamos el ómnibus, el subte. Recuerdo que en la salida de la escalera mecánica a Ariel se le trabó un zapato. Se asustó tanto. Y después nos reímos por la calle como locos de aquel zapato roto. Porque al fin todo era tragedia, pero en el fondo muy divertida. Llegamos a La Boca, nos sentamos sin un peso en la mejor mesa. Elegimos una paella grande. Y después otra. Comimos en silencio. Walter pidió más Tab, que tanto le gustaba. No sabíamos si seguir, pero al fin ordenamos tres postres. No terminábamos nunca de tragarlos, haciendo tiempo, a ver de qué modo podíamos escapar. De pronto, rifamos los lugares con una perinola para ver cómo nos íbamos. Y le tocó a Walter primero, después a mí y entonces el que tenía que quedarse, un rato en la mesa sentado, y salir corriendo sería Ariel. Pero, en el fondo, era más miedoso que nosotros, imagínate. No se podía levantar, ya que los mozos, según él, lo estaban controlando. Se acercó uno de ellos junto al que nos atendió, con la cuenta, Ariel dijo: “Mis hermanos fueron hasta al auto a buscar dinero”. Mientras Walter y yo, desde la otra vereda esperábamos, vimos que Ariel estaba tan nervioso que se comió todo el resto del pan, hasta las migas. Lo que quedó de mi postre, todo. Como pensamos que se comería el mantel, nos decidimos a volver y aclarar la situación. Yo entré y dije: “Mire mozo, la verdad es que nosotros nos queríamos escapar”. Walter asegurando mis palabras comentó: “Sí, sí. Mañana venimos otra vez para traerle el dinero”. Ahí sacamos las pocas monedas que teníamos en el bolsillo. Repetimos, en coro, “Mañana le pagamos”. El mozo, muy gaucho, nos dijo: “Está bien, vayan, pibes, vayan. Pero váyanse ya mismo. Inmediatamente antes de que los obligue a lavar todos los platos”. Salimos los tres como corderitos volando. Para colmo ya se había hecho tan tarde que no teníamos con qué volver a San Miguel.

Los trenes y los colectivos sólo andaban después de las cinco de la mañana. Nos sentamos en la plaza. Había una gran fuente. Walter fue a beber. A su lado, se paró un coche manejado por otro pelirrojo como él al que le preguntó: “¿No estarás yendo por casualidad para el lado de San Miguel?”, “No, pero voy para Bellavista”. En un cerrar y abrir de ojos estábamos los tres acomodados en los asientos del lujoso coche. El señor se desvió. Nos pareció un viaje tan pero tan largo, el tipo doblaba para acá, para allá, por una esquina y otra, tanto que al final ya nos estaba dando miedo. Por fin paró justo en la puerta de nuestro departamento. Manejó todo el tiempo mirando embelesado a Walter que parecía lo había fascinado. Otras veces salíamos a vender jugo, pero algunos no nos pagaban el pedido. Se lo dije a Walter. “Esto no nos va a pasar nunca más, ya verás”, comentó entre dientes. Pero como teníamos que volver me pidió que lo dejara manejar la camioneta. Estaba tan enojado, furioso, que nos estrellamos contra un árbol. Quedó abollada. Cómo íbamos a hacer para decírselo a Hugo. Por lo pronto estacionamos la camioneta contra la pared para que nadie se entere. Llamamos a Nené y le contamos toda la verdad. Ella apaciguaba hasta lo imposible. Ariel era “distinto” pero B. no tenía nada de anormal, por lo menos yo no me daba cuenta, en cambio a Ariel sí se le notaba. Nené me decía y lo comentábamos, afirmándolo, que Walter en realidad tenía pasta de militar. Por su forma de ser y su voz, tantas cosas viriles y fuertes, su percha, su pinta, qué se yo, pero Ariel... Ay, Ariel, qué hermoso era. B. después, pensando tal vez en su hermano, hizo semejante vuelco.

Nené: Claro que Walter se volcó a todo lo femenino por su hermano, al que siguió buscando. Lo que él no pudo hacer en vida, B. lo llevó al escenario.

Martha: Yo le conocí en el 1971 una especie de novia oficial, que él adoraba. Alquilaban un caserón muy grande en la calle Peña. Había ahí tantas habitaciones y en cada una se quedaban individualmente el primo Gastón, en otra otro chico que ni recuerdo el nombre, la

novia en otra habitación y B. en la de al lado. Adriana era el nombre de la chica. Walter se levantó una mañana y encontró sobre la puerta un papel en el que decía solamente: “No soy feliz, tengo que irme”. La comenzó a buscar todo el tiempo que pudo hasta que un día comprendió que no la encontraría más. A los tres años, sin embargo, después de estar pensando siempre en ella Walter se enteró que su novia estaba casada y tenía un hijo. Esto le provocó una implosión en la cabeza. Para colmo, seguido, ocurrió lo de Ariel. B. se pasaba horas lánguido, melancólico y eso era raro, muy peligroso para quien acostumbraba a vivir siempre riendo. Cuando terminó el secundario, hizo el viaje de egresados. Su padre no lo autorizó, pero Nené firmó los papeles imitándole la firma. Al volver, ya no quiso pisar más el colegio. Ni para recibir el diploma. Fue entonces cuando decidió irse sólo a Brasil, a dedo. En pleno proceso. Hugo no iba a dejarlo pero Walter tenía autorización anterior de viaje, la convenció a Nené y de tan caprichoso al fin lo dejaron que fuera. Ariel, a los diez años, estaba muy afligido porque tenía las manos y los pies demasiado crecidos. Calzaba cuarenta y cuatro. Era precioso, casi demasiado. A los doce comenzó a estudiar para *coiffeur*.

Nené: Había ya otro pibe que se vestía de mujer. Venía con un grupo de amigos y estábamos sentados en el living. De pronto, aparecía una chica hermosa fumando mentolados, que se mira en el espejo y empezaba a retocar su maquillaje a la que, sin darse cuenta le salía una voz muy gruesa. “¡Qué hermoso tenés el pelo!, ¿quién te peinó?”, le decía yo y él respondía cualquier cosa. Yo lo hacía a propósito para oír su voz que lo delataba. Pero la imagen de mujer era perfecta. Sin embargo, Ariel estaba marginándose, a uno le cuesta creer que las cosas puedan llegar a estar tan marcadas. Él me repetía: “Tengo tanto miedo mamá, mucho, mucho miedo”. Un día se puso aquel vestido blanco, dos días antes de morir y bajó a la calle a pasear. Del consorcio nos mandaron una carta documento advirtiéndonos por su anormal comportamiento. Abundaban en escalofrantes y morbosos detalles.

Así, se enteró el padre y enseguida le quitó las llaves. Fue un viernes, el sábado comió con Leticia y había que llamar a Walter. Walter cayó el domingo con un amigo poeta. Ariel se bañó y le dije a Leticia: “Tomá, alcanzale el pantalón”. “No, ya tengo pantalón”, escuché decir. Se encerró. Enseguida el estrépito de un disparo hizo temblar la mesa recién puesta. Cuando la abuela, que venía de la cocina, escuchó el estallido gritó: “Es verdad, acaba de pegarse un tiro en la cabeza como me había dicho”.

Martha: Por eso, también cuando supe que B. había muerto, al principio me costaba creerlo. Hasta ahora no me lo puedo explicar. Cuando lo vi en el cajón yo me dije “no, no, esto es una pesadilla”. Para mí no puede ser hasta el día de hoy. Ahora ya no logro ir al cementerio, por mis cosas, mi familia, mi negocio. Creo que a propósito me ocupo. Pero cuando puedo acompaño a Nené y a Hugo. Todavía no consigo acostumbrarme a estar sin ellos. Su última carta, en vez de chau decía la palabra “FIN”, escrita en rojo. Eso me quedó grabado. Era una señal. Su adiós.

Nené: A veces pienso que sobrevivimos a una catástrofe. Es como si se derrumbara todo, hasta el techo. B. decía que las enfermedades se las agarraba la gente cuando pensaba en eso y que se autodestruía. A B. le encantaba vivir, disfrutar los momentos. Era muy dicharachero. Antes de morir Ariel había tanta felicidad. Pero igual presentía que no iba a durar mucho. B. no buscaba sólo ser famoso. Él quería hacer, hacer, hacer. Como aquella persona que hace negocios y sólo piensa en eso. Bueno, él se aferró al arte, una forma de vivir entre su gente. De chico, si veía una flor, le cortaba las hojas, le sacaba las semillitas, estudiaba todo lo que tenía. Si después aparecía una hormiga, la perseguía, la juntaba con otra para ver qué hacían, las ponía a caminar sobre la leche, les contaba las patitas. Las observaba horas en el microscopio. Hacía lo mismo con las moscas, los gusanos, las abejas, los cascarudos, las arañas. Jamás los mataba ni siquiera cuando simulaba hacerlo en el teatro. No es que

le gustara quedarse con los bichos, era sólo para estudiarlos. Tocaba lo que veía. Mariposas y todo eso. A veces de tanto toquetearlas no volvían a volar, y él se ponía muy triste mirándolas tratando de resucitarlas. Después, sanseacabó. B. abandonaba sus experimentos. Enterraba la mariposa en su correpondiente frasco, le ponía un nombre que anotaba en el cuaderno Gloria y listo. Siempre andaba trepado a las rocas, lastimándose por juntar caracoles, encandilado ante todo lo que estuviera vivo. Mientras que yo a la naturaleza la disfruto o la soporto y nada más. No me detengo. Me gusta pasar un rato en otras cosas como jugar a las cartas, bailar o poner música. Él tenía de todo, hogar, tierra, animales. Su perro y otros perros, gallinas, pollos, patitos, los criaba con Ariel, les ponían nombre a los bichos de los corrales cuando íbamos a visitar a sus abuelos. Él estaba mucho con la abuela Elvira, mi madre, podían quedarse hasta las dos de la mañana, de pronto le pedía: “Abuela, ¿por qué no me hacés un cóctel?”. Entonces ella mezclaba yemas de huevo bien batidas con azúcar, café, canela, vino oporto y leche tibia. Se lo tomaba de un trago. Hasta tuvo tortugas. También andaba a caballo. La tortuga y su potro Lux viven todavía. Su perro tuvo cien hijos. San Miguel y Junín guardan otros tesoros suyos. Ariel, en verdad lo quería con devoción. A veces me decía: “Mamá, parece que Walter fuera mi otro padre de tanto que lo quiero. ¿Será porque no tengo más hermanos?”. Walter se la pasaba leyendo, permanentemente me pedía que le comprara libros de cuentos y tantas otras cosas. Revistas por ejemplo, hay baúles de recortes. Su abuelo decía: “Aprende solo, miren, nadie le enseña, es superdotado”. Tenía cinco años y ya leía de corrido. Después él mismo se compraba sus lecturas. Al poco tiempo puso un tablón en frente del Mercado y las cambiaba o vendía. Siempre fue de hacer esas cosas. Como alguien dijo hace poco: “Un ciruja de la cultura”. Si vendía y revendía hasta las botellas de Coca. Cuando le compraba ropa o cosas útiles me decía: “No, mamá, no es eso lo que uno necesita, es otra cosa. Algo que a veces ni entendés

vos mismo. Sueño con ser artista pero papá no quiere, por eso te digo que es algo difícil. ¿No me estás oyendo?”. Así siguió hasta los quince. De pronto quiso viajar por primera vez, solo. De nuevo el padre se opuso. Yo decía: “Dejalo, que se vaya, que venga, que haga, que deshaga”. Se escapó a Brasil. Era un aventurero. Desde chicos les enseñé a ganarse su plata. Por eso lo esperaba en casa, tranquila. El padre armaba un escándalo y después todo pasaba. Entre el perfume a glicinas a veces sentía miedo. Había palomas negras por todas partes. Eran como un augurio, un presagio terrible.

Entra Edith, otra vecina de San Miguel

Edith: Una tarde vino Ariel muy perturbado y se abrazó a mí, lo contuve y me dijo: “Mi mamá no es la mía, me confesó Walter. Ay, Edith, estoy desesperado, soñé con vos toda la noche... ¿Sabés que nos matábamos? ¿Qué te parece si lo hacemos? Walter me dijo que mamá no era mi mamá, que me recogieron de unos charcos y le creo”. Ariel le tenía miedo a Walter porque decía que él lo asustaba todo el tiempo inventando personajes y haciéndolo participar de su teatro inventado y otros raros malabares. “Vos tenés que hacer esto”, le decía y le zampaba algo. Una vez lo arrastró hacia la calle, estaba apenas con bata. La señora de al lado prendió la luz, abrió la puerta cancel y le preguntó qué le pasaba. Ariel respondió como saliendo de una pesadilla: “Es mi hermano que me está asustando... no me deja entrar”. La vecina casi lo obligó a entrar y Ariel saltó al balcón por la ventana. Walter estaba esperando con un palo como si fuese una espada. Siempre actuando, si hasta me decía: “Edith, vamos a actuar, hacé así...”. A lo último con la madre hacía lo mismo.

Nené: Sí, es verdad, me hacía sacar la bombacha, el corpiño, me tiraba en el suelo, me agarraba de los brazos, de las piernas y me arrastraba por todo el departamento. Él se reía y Ariel decía: “Vos nunca le pegás un sopapo”. No podía, si era más rápido que cualquier sopapo.

Edith: A Ariel no le gustaba actuar, quería ser modelo. Medía un

metro ochenta y pico.

Nené: Walter era más como el padre. Tenían competencia pero Ariel decía que no quería competir con él. “Walter es mi verdadero padre”.

Edith: Es que su padre era tremendo. Armaba cada escándalo.

Nené: La bebida. Y los chicos se fueron. Walter, primero. Me pareció bárbaro. Vino a la capital, su sueño. Le alquilé un cuarto de pensión y después una casa. El padre tenía esa locura pero los adoraba. En la carnicería trozaba lo mejor para sus hijos. Yo siempre me reía pero Ariel sentía terror por su padre. A su vez el padre había sido también víctima en su infancia, había sufrido mucho desde chico, por eso lo comprendía. No le dieron cariño. Yo soy dura, no pego, no mato una mosca pero le pongo el pecho a todo. Yo sólo quiero buscar y vivir en paz. Pero ¿cuál es la paz? Walter todos los días hacía un personaje diferente. La tía de Hugo lo pintaba, le ponía aros. De maestro primero, de doctor después, aunque Walter a Ariel siempre lo tenía de hijo. “Vos te ponés ahí, te quedás ahí. Así”. El drama fue el padre. Lógico. Era y es hombre y los hombres tienen códigos entre sí casi feroces, casi criminales... En esos tiempos, peor, todavía peor. Es como si vos estás entre todos los drogadictos, creés que te volvés drogadicto. Pero no, todo puede ser. B. no usaba drogas, él mismo era como una droga para sí mismo y los demás. Me contaba que cuando venían a Buenos Aires los tres andaban tocando timbres, recorrían Florida de punta a punta hasta tres veces. Ellos comenzaron a jugar con nenas. Siempre jugaron con nenas. Walter se animaba a contarme que estaba de novio con una medio tontita. Yo le decía : “Ay, Walter te fuiste a elegir una tonta”. Fue Ariel cuando cumplió quince años quien, parado desde ahí, me confesó:

—Mamá, soy homosexual, tenía que decírtelo.

—Y bue... qué problema hay, hijo.

—Sí, pero Walter también —agregó inmediatamente.

Yo quedé atónita. ¿Los dos? Iremos a un médico. Si son felices por

estar así, está bien, si no consultaremos a un especialista y se hará un tratamiento. Y ahí cuando yo lo aprobaba, Ariel como que se ofendió. Empezó a cambiar, a rebelarse... Una vez con una tal María Fernanda y otros chicos los llevaron presos. Todo eso lo trataba de ocultar al papá, pero a mí me provocaba mucho daño. Y ahí le decía: “Por favor Ariel, comportate como se debe comportar un muchachito, una persona simple. Yo no te privo de nada, pero respetá a la gente...”. Pobre mártir, ya estaba pensando en liquidarse. Cuando Walter después se rebeló, fue como una venganza, contra sí mismo, porque él, sin darse cuenta o sin quererlo, se dañó todo el tiempo. Hasta esas dos tetas de siliconas para camiones. Con Walter hablé claro, le dije: “Walter, no sé si la homosexualidad es una enfermedad o no, vos cuidate, por Dios”. Para colmo en esa época en Rojas habían asesinado a varios homosexuales, entre ellos un cantinero. Yo los ponía al tanto y después concluíamos: “Que nunca te pase esto. Si sos feliz así, con un Dios aparte, hacelo, no te prives de nada, si no lo sos, buscá otro camino, pedime ayuda”. Él me respondió gruñendo en voz baja: “A papá le voy a hacer pasar la vergüenza más grande del mundo, tendrá que avergonzarse de que yo sea su hijo”. El día que se suicidó Ariel, Walter tenía que venir desde el centro a comer el domingo y luego hacer una reunión tipo charla junto a Ariel, que además me había dicho que se quería a matar porque yo no era su madre. Estaba la abuela Leticia. Llegó Walter y le pidió a Leticia que llamara a Ariel. Yo andaba con un montón de ropa, siempre lavaba los domingos porque así ganaba tiempo. El aire estaba tenso y espeso como el tuco. Todo muy pesado. Un amigo de Ariel, Rodolfo, poeta, dijo: “Yo voy a hablar con él”. Hugo, el padre, que estaba cocinando, se cercó y lo detuvo con violencia: “Usted no se meta en asuntos de mi familia”. Ariel viene, baja, yo lo miraba con una pena pero no podía hablar porque el padre se iba a embravecer y me decía a mí misma: “Nené, quedate quieta, Nené, quedate callada, si no se arma lío”. Ariel subió la escalera que da a la pileta, detrás de los salones, dando una vuelta con el toallón, mira hacia aquí, mira

hacia allá, dice “ya vengo” y se metió en una piecita. El padre sólo quería servir su pasta. Walter comía algo de pan, esperando que Ariel se plegara al almuerzo. Como siempre, se habían sentado para celebrar el domingo. Recuerdo que Ariel se demoró un minuto en la piecita. Pensamos que habría ido a ponerse un pantalón o alguna de esas túnicas largas y escandalosas que usaba y ahora pienso, apenas blancas. De pronto el disparo.

Al faltar Ariel me dediqué por completo a Walter, él me reclamaba y serenamente advertía: “No podés olvidar que tenés otro hijo”. Le dí lo que jamás hubiera pensado darle.

SIESTA O CINE

...tal vez haya sido pecado apostar a la alegría.

Caetano Veloso

Frecuentábamos un Cine Club de la calle Viamonte sólo por ver esas películas con Jeanne Moreau u otras divas. A B. se le ocurría ir caminando para ablandar los nuevos tacos altos. A pesar de su colosal presencia, lograba pasar todavía inadvertido.

Salíamos como rumbo a un *pic-nic*, con pastillas, caramelos y botellas de agua mineral. Estábamos viendo *Jules et Jim* y de pronto, justo casi al final, la proyección fue interrumpida. Como demoraba demasiado en volver a funcionar, B. se encaminó hasta la cabina y ahí descubrió al hombre viejo roncando en medio de una incontable cantidad de petacas y botellas. B. movió las perillas, enseguida logró reanudar la proyección. Bajamos a la sala. Había un grupo de solteronas por un lado, algunos hombres solos diseminados y un par de chicas *bettors* en el otro extremo. Se escuchó un murmullo de agradecimiento, al que la dama opulenta, envuelta en su *chal* amarillo respondió “Gracias” con voz de trueno. Era por ese tono que su madre Nené, junto a los otros travestis que aparecieron después, lo comparaba con “Los Titanes en el Ring”. Son titanas, le aclaraba yo. “Titanas nueva ola, titanas con bola”, bromeaba B.

La vendedora de entradas era esposa del que se oía roncar la mona. Cuando salimos, la señora estaba en la puerta, enrojecida de vergüenza. Nos convidó un caramelo ácido de los únicos tres que quedaban en el cenicero metálico con el logo de Aries Cinematográfica mientras repetía “gracias, gracias por solucionar la proyección”. Y nos invitaba a ver tres películas gratis. Tal vez también ella estuviera bajo los efectos de alguna bebida oculta. Para ponerla a prueba fuimos los tres días seguidos y ahí nos venía a saludar, encantada, oliendo a Cusenier y

Mary Stuart. Se llamaba Perla. Doña Perla. Al principio comentó que tenía un hijo solamente, varón, de veinticinco años, pero no mostraba fotos. Después nos daba detalles increíbles sobre la vida de Ana Magnani, Ingrid Bergman, Katherine Hepburn, Rommy Schneider y esos dos nombres que rehusaba pronunciar porque casi llegaba al llanto al recordarlas: Garbo y Dietrich.

Pasado un tiempo, cuando ya pagábamos el ingreso de nuevo, como todo andaba tan bien, a la salida del cine club donde esta vez pasaban algo que ya no recuerdo, B. subió intrigado a convidarle unos caramelos de kiwi recién salidos y de paso espiar al viejo. Desapareció rumbo a la cabina. Pasaron diez, quince minutos pero no regresaba. Doña Perla me saludó apresurada y se fue con la magra recaudación del día. Continué esperando en la galería de afiches, donde estaban expuestos desde *El conformista* y *Desesperación a Giulietta de los espíritus*. De pronto, reapareció Perla a buscar algo que se había olvidado y me aseguró que B. no se estaría quejando ya que todo había salido bien. Además su marido permanecía en cama y para mañana mejoraría, sí señor. Así deduje que en realidad su hijo manejaba hoy la proyección y me entregó un sobre con algo para que por favor le diera cuando bajasen. Con el billete, sin hacer el más mínimo ruido, subí hasta la cabina. Se oían suaves jadeos y el inconfundible ronroneo de los amantes. Me detuve. Cómo iba a cortar algo semejante. Por los ruidos ahora frenéticos, comprendí que ellos no estaban para ser molestados. Sin embargo, pude espiar. Un increíble muchacho bastante alto con sus botas negras como única vestidura, más no lograba ver. Su alucinante espalda lo tapaba por la mitad. Volví al baño que ya nadie usaría, para fumar un porro.

A los cinco minutos bajó la sublime antropófaga, la vampira celestial. Yo hice como si no me hubiera dado cuenta de nada. Gajes de la complicidad. Mientras nos alejábamos caminando, a casi dos cuadras, ya sin lograr contener la risa, B. comenzó a revelar detalles mientras repetía: “Al fin una sorpresa de sólo veinticinco años”.

GASTÓN TROIANO

...salgamos a caminar...

Carmen Castagnaro apareció en mi casa de España blandiendo una carta de Walter en la que me informaba que él se había puesto siliconas igual que la portadora. Por lo tanto deduje que esa Carmen era un apuesto chaval argentino. Pensaba pasar un tiempo en Madrid y me preguntaba si podía ayudarla en algo... en fin. Al verla recordé a mi primo Ariel, cuando venía a mi casa de la calle Paraguay y se vestía de chica los sábados a la noche. Apenas decía: “Gastón, guardame el bolso” y se iba a pasear. A casa nunca trajo a nadie. Vivía en su propio mundo.

Nené y Hugo trabajaban todo el tiempo. A mis primos los cuidaba Leticia, la abuelastra. Ariel, a pesar de ser menor, tenía la vida más organizada. Empezó a estudiar peluquería, yo lo visitaba en su hora de descanso. Comíamos rápido y me decía: “Salgamos a caminar”. Yo era muy amigo de La Turca que tenía un *buffett* en Llongueras. Se lo sugerí, le hicieron una prueba y lo tomaron de inmediato. Fue bárbaro para Ariel. Era menor pero ya trabajaba, ganaba dinero. Walter vivía desorientado y hasta tenía que pedirle plata prestada. B. se lamentaba: “Mi hermanito me tiene que mantener”. Walter todavía no lograba entender que su hermano en los días de franco siguiera vistiéndose de chica. Temía por sus precoces años. Era un pichón. Después del suicidio de Ariel, Walter necesitó mudarse. Alquiló una casa en Pacheco de Melo y me fui a vivir con él. Trabajaba de camarero en La Esquina de las Flores, estudiaba teatro y ya se llamaba B. Trataba de sobrellevar la tragedia del hermano, fueron días y noches muy turbias. B. había tenido un cuartito, arriba de mi antigua casa, que compartía con Ariel, pero era tan celoso que a veces ni lo dejaba bajar.

Llegó el funesto domingo en que Walter me rogó que lo acompañara a almorzar a su casa pero no pude ir. Walter me llamó desesperado al día siguiente. Ariel se había disparado un tiro en el almuerzo y ya

estaba muerto y enterrado. Sus padres lloraban aterrorizados, además confirmaban que también Walter era gay y no sabían qué hacer.

Por eso, después de tantos años, cuando vi aparecer a Carmen Castagnaro trayéndome una carta, me inundó este vendaval de recuerdos, todos al mismo tiempo. Carmen se parecía tanto a Ariel. La carta era sin dudas de B. Seguí recordando cuando Ariel venía a mi casa a vestirse de mujer, con la mayor naturalidad, no como Walter, tan estrafalario que se hacía llamar Sandra Opaco. Ariel era una muñeca preciosa, lindísima, adolescente. Por eso, al verla a Carmen, sentí un escalofrío. Eran muy parecidas. Me contó que ella en los documentos se llamaba Darío y que en Buenos Aires junto a Walter se había transformado en mujer. En la carta, Walter me pedía que la ayudara. Carmen dijo que pensaba trabajar en teatro y le pasó dos o tres direcciones de lugares donde incluso el propio B. ya había trabajado. Al mes volvió y me contó que no veía futuro alguno por ese camino. Pensaba entrar en la prostitución, es más, ya había empezado y le iba bárbaro. Trabajaba en un sauna lujosísimo y desde ahí me llamaba para contarme cosas por teléfono.

Un día me llamó desesperada por que se había enterado de la muerte de B. y antes de cortar, avisó: “Dejo todo, me voy de España, quiero saber qué pasó”. Pero para volar tenía que pasar por Madrid a buscar su pasaporte. A los tres días ya estaba en mi casa con un pasaje de primera en la mano: “Tengo muchísimo dinero, más de treinta mil dólares”, me mostraba una cartera. Le dolían los pies por los tacos, ya se había retocado la nariz y siliconado el culo. Además de las lolas, enormes.

A los pocos días me enteré por los diarios de su terrible muerte. La historia parecía repetirse. Lo asesinó un ex-convicto recién salido de la cárcel y era al segundo travesti al que, después de hacer sus sesiones de sadomasoquismo, maniataba y prendía fuego. El primero, Lola, vivía cerca de mi barrio en Madrid y era querido por todo el mundo. Al ver en el diario el nombre de Carmen, sentí que era ella; aunque

no aclaraba que fuera argentina ni daba mayores datos. La autopsia lo confirmó. Ariel, B., Lola. Ahora Carmen. Una tras otra. Cambiemos de tema, por favor.

Recuerdo a Leticia, esa especie de abuela tardía, que nos acompañaba a los boliches de onda, de ambiente. La gente se divertía tanto con Leta que bailaba sola en la pista. Leta tiene ese tipo de mujer polaca, con ojos enormes muy parecidos a los de B. Era una madraza, como las de antes, tipo gallina pegada a sus críos. Andaba siempre con bolsos. Trabajaba para poder comer hasta que se puso de novia con Salvador, el papá de Nené. Era la madrastra de Nené. La abuelastra de los niños. Qué divina la Leta.

No sé cómo empezaron a descubrirse fotos de Ariel vestido de mujer. A mí me encantaban pero las miraba a escondidas. Una noche, Walter apareció gritando que en sueños había visto a Ariel rodeado de bichos mientras alguien le advertía que su hermano corría serio peligro. B. decidió salir a buscarlo por las calles y lo acompañé. Anduvimos por Charcas y Santa Fe, los lugares de yiro de la época. Tomábamos café para no caer dormidos. Frente al bar El Cisne, B. se subió a un Peugeot. Yo seguí caminando y al doblar Rodríguez Peña, encontré a Ariel lo más pancho mirando unas vidrieras con un tipo del brazo. Le expliqué lo que pasaba, el chongo se fue después de besarlo en la boca. Estaba amaneciendo. Le conté la paranoia de B., Ariel me miró y dijo: “Corramos a buscarlo, yo sé muy bien donde vive el dueño de ese coche”.

Una mañana B. me avisó: “Hoy viene Ariel con dos amigos, de visita, desde San Miguel. Yo me quedo a esperarlo”. Al rato veo llegar dos señoritas preguntando por Ariel, tenían quince años las muy graciosas y dejaron los bolsos mientras comentaban que iban a pasear. Eran como nenas. Querían entrevistarse con Ante Garmaz.

También B. posó para propagandas. Fue el primero en lucir el nuevo corderoy en los pantalones Oxford que se pusieron de moda. De pronto, el timbre. “¿Quién?”, pregunté. Y la voz finita de ellas:

“Nosotras”. Al abrir la puerta casi me voltean de un empujón. Caí al piso. Tres o cuatro policías siniestros vestidos de civil y yo sin entender nada. Uno de ellos comenzó a patearme y a acusarme de corrupción de menores. Me revisaron toda la casa, entonces pelé mi credencial, con el sello de la Municipalidad. Tuvo un efecto milagroso. Los policías nos dejaron libres inmediatamente. Cuando se fueron les dije a las nenas: “Suban, saquen sus cosas y desaparezcan para siempre”.

Nené y Hugo quedaron muy mal después de la muerte de Ariel y dejaron a Walter bajo mi custodia. La abuela Leticia enseguida se vino con nosotros. B. ya había empezado con Lito Cruz y Agustín Alezzo.

B. no lograba mantener una relación de pareja. Frustrado, en el amor era un romántico incurable. Como novio, sólo le conocí a Fabio. Se olvidaron de todo para estar juntos. No duró mucho, inexplicablemente se separaron. Después se enloqueció por un apuesto chico del Sur. Durante meses se escribieron parvas de cartas, postales, encomiendas. Un día el muchacho apareció en Buenos Aires, era artesano y necesitaba trabajar. Logré por intermedio de una amiga de la Municipalidad que le concedieran un permiso en la Feria de Plaza Francia. Pero a los tres días, cuando ya estaba todo listo, apareció B. y me dijo como si nada: “No es necesario. En el fondo no nos llevábamos bien. Es más, ya se fue”.

Antes de viajar a Brasil, B. me confesó: “Estoy podrido de todo”. Lo despedimos llorando. En menos de un mes ya estaba de regreso.

ROBERTO JÁUREGUI

...casi nadie se animaba...

Cuando llegó no tocó el timbre, golpeó la puerta y Gastón abrió. Le dije en voz baja: “Qué buen levante te hiciste”, pero era su primo: B. Con el tiempo pasaba a visitarme para charlar de cosas simples de

nuestra vida, proyectos y delirios, pero nunca me dijo que estuviera enfermo, ni al final. Era como un secreto o misterio en el que se refugiaba. Cuando hice pública mi enfermedad, no hablábamos de otra cosa que no fuera eso, el tratamiento. Comencé a sospechar de la suya. Lo hubiera podido ayudar. Él me preguntaba qué tomaba, qué comía, qué me pasaba en la piel pero de su secreto, ni una palabra. Recién me enteré cuando recibí el llamado de Tino Tinto para preguntarme qué se podía hacer. Busqué un especialista en el Hospital Fernández. A la hora llegué y estaba Tino con dos túnicas lilas preciosas para ponérselas. Ya había muerto. B. fue una revolución. Salir a la calle vestido de esa manera, ir a la verdulería de la esquina a comprar bananas. Se pudo vivir así, a partir de él y eso tendrán que reconocérselo. El ejercicio de la libre sexualidad es nuestro elemental derecho. Vivimos en un país de asesinos diplomados, torturadores o violadores de madres embarazadas, junto a monstruos indultados por el olvido, además del decreto. La amnesia de la gente es cada vez mayor. Cuando protagonizó el *affaire* con el padre Lombardero, al principio me dolió que la iglesia mantuviera esa imagen retrógrada de todos nosotros. El dijo textualmente: “Hay que matar a B. Barea junto a todos los homosexuales”, y fue parte del calvario final de B., que en verdad ya estaba por morirse.

Fabrizio Lupo era un *pornoshop* de Lina, mi amiga periodista. B. venía a hacer sus propias compras, objetos, preservativos, consoladores. Y, aunque no pidiera, siempre tenía descuento.

Durante tres años trabajamos en Eroticón protagonizando fotonovelas muy puercas. Casi nadie se animaba y eso de algún modo duplicaba el atractivo. Había una que contaba la historia de dos mujeres que salían a pasear por Santa Fe y levantaban tipos. Nosotros aprovechábamos de lo lindo, la pasamos mejor que nunca. Los hombres se entregaban como chorlitos. B. ya no era más aquel chongo del principio, era una hembra un poco mal pintada. Estaba con la retorta de sus caldos hirviendo. De payaso a *vedette*. Una Elsitita

Daniel mezclada con Giulietta Massina bien al rojo vivo. Hace poco, en Babilonia, se remataron prendas de famosos y el suyo fue el vestido más caro, tres veces más que el *slip* de Gerardo Romano. Cuando anunciaron el lote se oyó una ovación inmensa. Es incomparable, como la rosa de Gertude Stein: “Un B., es un B. Es un B.”. En esa corta edad vivió casi mil años. Una gran vidente me dijo que el espíritu de B. había llegado a la suprema maduración. Él pensaba retirarse a los cuarenta entre monjes benedictinos y también a veces decía que quería adoptar un hijo. Otra vez en Belgrano se levantó un milico de civil. Arreglaron la guita, el tipo pagaba para ir a su departamento y quería disciplina. Cuero, cadenas, ropas negras. Después de algunas peripecias, el policía lo penetró con un revólver cargado. Dios sabe cómo consiguió zafarse. Pero pudo escapar medio desnudo y según él, lo peor es que hacía mucho frío.

ACECHO

*De pronto hubiera desplegado aún más sus alas y huído de un mundo
que no estaba capacitado para comprenderlo.*

Blanca Cotta

Casi nunca bebía alcohol. Sólo licores que él mismo inventaba con secretas pociones: “Licor de Eunuco”, si no sidra o el denominado champagne correntino, que consistía en mezclar Fanta con cerveza negra. Sentado en un mesa del Café Tortoni llena de platitos y todo los caprichos; miraba, con más admiración que a una estrella de cine, a los transeúntes anónimos que pasaban por la vereda. Eran su show favorito. De pronto, descubría que la gente cargaba siempre con algo. “Todo el mundo anda con paquetes, ¿no?”. Y en efecto, ahí venía un tipo alto y flaco con su paquetito engrasado que abría a diez escasos metros mientras se perdía tragando algo como un sandwich; ahí va otro con una bolsa de papel madera demasiado llena, debe tener ladrillos, está al borde de quebrarse y desparramar todo. Ahí van dos o tres de las clásicas señoras cubiertas de bolsas y paquetitos, todo a la vez. Ahí va la anciana con su Palo Jacob. Ahí va el de las dos bolsas de plástico negras como gallinas recién degolladas.

Hasta que se aburría y comenzaba a ver embarazadas. Se sentaba en el fondo del ómnibus vacío y enseguida el colectivo se llenaba de señoras grávidas en distintas etapas. Total estábamos lejos, sentados en el fondo. Las habíamos presentado, ya que otros les cedían el asiento.

FÓRMULA DEL “LICOR DE EUNUCO”

-Se toma un frasco de vidrio.

-Se coloca una botella de alcohol fino de la farmacia.

- La misma medida de agua mineral.
- 3/4 kg, de miel.
- Azúcar blanca, si no negra o las dos juntas, a voluntad.
- 3 clavos de olor.
- 3 granos de pimienta blanca.
- 1 cápsula de azafrán.
- 4 granos de anís.
- 1 hoja de laurel.
- 4 hojas de menta.
- 2 trocitos de pera.
- 2 gajos de manzana.
- 2 hojas de salvia.
- 4 gramos de hinojo.
- 1 pedazo de canela en rama.
- 6 pasas de uva.

Prepara – acción

Se deja bien tapado en un lugar oscuro durante cuatro meses.

Se destapa, se cuele, se toma y se baila, se baila, con música de Fausto Papetti y El Puma Rodríguez. ¡Salud!

ESCRITO EN SU AGENDA. 1991

En resumidas cuentas, en todas partes dejo malos recuerdos.
En el Hotel Pekín.
En el Teatro Presidente Alvear.
En los archivos del diario *La Nación* con la firma de Quiroga.
Para la mayoría
Soy un narcisista de la peor especie.
Me ponen no sé cuantos nombres:
Mujer de dos caras
La que se cree más de lo que apenas es
La que no tiene paz
Ni siquiera con las mariposas del jardín
Ni con las del café Piazza que vienen a posarse
Desesperadas de melancolía
Sobre mi corazón o mi mano como joyas perdidas.
Todos se consideran con derecho a festejarme
Con un poco de barro del chiquero de mi tío Rolando
(El que cría porcinos en Pergamino).
Todos se consideran con derecho sobre mi propio nombre
Aunque esté con *copyright* y todos los derechos reservados.
Hasta que se me termine la paciencia
Y me vuele la tapa de los sesos ...

HELENA TRITEK

...una morisqueta desdramatizadora...

Con B. pasó como en ese cuento de la mariposa que ve por vez primera la llama de una vela. Enseguida desea saber qué es, para qué sirve. Se le acerca tanto que termina por quemarse en ella.

Cierta noche se reunieron las mariposas. Una voló hasta un lejano castillo lleno de luces, al volver contó lo que había visto según la medida de su inteligencia. Otra mariposa pasó cerca de la vela, tocó con sus alas la preciosa llama, por suerte pudo volver y revelar algo del misterio. Una tercera mariposa se levantó, ebria de amor, dispuesta a arrojarse contra la llama. Cuando las mariposas vieron de lejos que la llama había identificado al insecto con ella, dedujeron: la mariposa ha aprendido lo que quería saber. Pero ella sola lo comprende y eso es todo.

B. me ayudó muchísimo porque había en mi formación teatral enormes fallas para concretar cosas y él me inducía. Por él llegué al Parakultural, Mediomundo y otros lugares. Una vez en el Rojas, en diciembre de 1987, comprobó que su espectáculo le había quedado corto. Entonces me dijo: ‘Helena, tenés que hacer algo. Metete, hacé’.

Siempre pintaba soles y me los regalaba. También poemas. Era un buscador de voces. Así conocí a la poeta uruguaya Marosa Di Giorgio, que me impactó. Después casualmente me regalaron uno de sus libros y se lo pasé a B. Se llamaba *Clavel y tenebrario*. Fue su regalo más precioso, más que un baúl con monedas de oro.

Marosa Di Giorgio es realmente lo que ella oculta. Una Santa. El logro de una Santa. Incluso físicamente Marosa es bastante parecida a B.

Intentábamos llevar la poesía al teatro o viceversa. Especialmente porque nos gustaba tanto, creíamos que eso podría disfrutarlo el público, como una morisqueta desdramatizadora. La primera vez

que fuimos al Parakultural habían exactamente cuatro espectadores y B. actuaba del mismo modo que para cien. Otra vez hizo un espectáculo en el Rojas, cuando todavía el Rojas no era popular y había sólo tres. Éramos tres. No sé si los mismos. Y él volvía a hacer su espectáculo con la misma entrega.

Fuimos amigos desde 1983, la noche en que con Antonio Gasalla lo vimos por primera vez. Antonio lo seleccionó enseguida. No tendría que dar prueba. Bastó con su presencia.

La poesía es como Dios para nosotros. Me parecía increíble que Rumi, un poeta santo, pudiera ser recitado en la taberna o esas cuevas por las que andaba B. Oyéndolo, abandoné todos mis prejuicios.

Ibamos al Café de La Magnolia, que rebautizamos así porque está frente a un árbol de magnolias. Contábamos cuántas flores tenía o jugábamos a adivinar para ver quién pagaba el café. Ahí leíamos a Elyttis, Kavafis, Yanni Ritsos.

A veces me acompañaba al neuropsiquiátrico Moyano a hacer teatro para las internas. Es muy difícil encontrar voluntarios. Fue una de las pocas personas que se ofreció inmediatamente. Conseguía ropa, cosas, regalos para ellas, sus novias. Todavía me preguntan en el Moyano: '¿Dónde está tu amigo el payasito rojo?'. Me acuerdo de una señora en silla de ruedas, ni se movía. B. la invitó a bailar, insistió tanto que la mujer se levantó de la silla y se puso a bailar con él como si nada. Para colmo era una tarantela y él me decía: 'Mirá Elena, mirá'. Yo pensaba no puede ser, no puede ser, esto es un milagro. Nadie lograría creerme.

Después supe que tenía 'aquella' enfermedad. Había toda una teoría respecto a que si uno tenía 'eso' no debía hablar porque se bajan las defensas y por que la gente empezaba a manifestar compasión y debe ser muy duro sentirse compadecido. Ahí te ponen una cruz. Te archivan. Yo acepté su muerte como corresponde, pero hay un lugar que quedó vacío para siempre. Allí sólo cabe la misericordia divina.

ANTONIO GASALLA

...un diálogo sin palabras...

Estábamos preparando junto a Enrique Pinti, a un año de la democracia, nuestra propia versión de *Alicia en el país de Las Maravillas*. La prueba de actores fue una de las más largas que recuerdo. En un grupo apareció B., muy rígido, durito. Se veía que era más *clown* que otra cosa. Tenía una voz casi gutural.

En la obra, aludíamos a un país que se iba armando. Existían distintas ‘zonas’ escenográficas para simbolizar todos los barrios de la ciudad. Altos, bajos, etcétera. Empezaba el trajín, amanecía con música de Charly García. B. hacía de profesor. Traje marrón, pantalón, corbata, dando una clase absurda en cualquier Facultad. Eso se contraponía con una especie de predicador ambulante que después aparecía desde otro espacio. Terminaban luchando uno contra otro. Eran la Universidad versus la cosa de la calle.

También, en el espectáculo se veía el enfrentamiento entre Rusia y Estados Unidos. B. aceptó mi propuesta de personificar a una bailarina como las del Bolshoi. En un balcón donde estaban otros rusos con sombreros, sobretodos, daba una nota bastante absurda ya que B. aparecía con el clásico tutú de satén blanco, tules, plumas en el pelo y casi desnudo.

Después, seguí paso a paso su evolución desde el Parakultural. Con medios de expresión tan distintos y algo muy interesante, indefinible.

Cuando nos conocimos, tuvimos un diálogo sin palabras. Al trabajar con gente nueva es difícil dar con alguien que haya apostado tantas cosas desde el comienzo. Hay que encontrarles la vuelta y lograr que larguen todo. Algunos no pueden porque simplemente no tienen nada. Pasado ese momento, lo apasionante es ver cómo evolucionan por medio del trabajo. Cómo crecen de a poco en los ensayos. Los actores llegan con su bagaje, pero lo importante es

aquello que hacen después. Gente nueva y que de verdad renueva como B., Urdapilleta o Tortonese, que no por casualidad trabajaban juntos, aportan siempre. También vi a B. en Los Peinados Yoli, un grupo que le quedaba chico. Tenía esa cosa tan lanzada, actuaba sin red. En un programa al que vino con El Clú del Claun se lo notaba raro. En él había un caldo de cultivo de rebeldía que junto a Urdapilleta y Tortonese encontró la combinación perfecta. Cierta noche me llevó a un rincón del Parakultural para mostrarme que se había hecho las tetas. Tuve miedo. Sabía de gente muerta a causa de ese tipo de silicona industrial. Se lo dije, quise alertarlo, me sorprendió su indiferencia. También recibía datos de él por Osvaldo Fructuoso, aquel amigo al que de algún modo ayudé a salir de Cuba. Cuando B. me informó que viajaría a la isla, entre otras direcciones que le di para contactarse con mis amigos estaba la de Fructuoso. Se hicieron íntimos. Fructuoso me contó lo que fue la llegada de B. a Cuba, un país también muy delirante pero, con ese régimen tan estricto, que ni se fija en el turismo. B. vestido de manera audaz y por las calles había despertado una gran simpatía. Su vestuario de muñeca podía volverse una guerra contra el sinfín de ‘no se puede’ de estatutos o decretos. Sin más rodeos, paseaba por La Habana de tacos altos y pantalones anchos floreados. Con ese humor tan peculiar, siempre al borde de lo ingenuo y lo poético. También se había colocado extensiones de pelo, rojizas, pero ya no sólo para actuar. Yo me visto de mujer en lo que hago, pero no siento ninguna necesidad de salir así por la calle. Recién me di cuenta que B. estaba mal el día que los tres vinieron a mi programa. Iban a recitar un poema cada uno. Cuando le tocó a él, casi no pudo. Pronunció algo raro, transpiraba mucho y lo más extraño era verlo nervioso. Como la primera vez, de nuevo sentí que volvíamos a hablar sin necesidad de palabras.

Últimamente uno tiene cada vez mayor contacto con la muerte. Hace algunos años se te moría algún abuelo o tío, cada tanto. Antes,

la muerte era más previsible, en general caían los viejos, claro. Y de golpe, fá, se te empieza a morir la gente más cercana. Siempre, ante la muerte hago una especie de evaluación. Si la persona muere bien o no, si vivió o no. A nadie tampoco le gusta morir a esa edad, pero B. hizo dos brincos que hay que lograr dar en esta vida. Y a la vez despertó nuevas cosas, no sólo entre sus amigos sino en quienes lo seguían.

A mí me dejó la comprobación de que el humor no es otra cosa más que una actitud frente a todo. Incluso la etimología de la palabra humor es algo misteriosa, porque proviene de ‘humedad’ o ‘humores del cuerpo humano’. Una manera de impregnar las cosas sin cambiarle la esencia. Ver lo mismo que otro, pero divertidamente. B. no era un habitual humorista, sino alguien que tenía su manera de mostrarte cierta conducta para una reflexión diferente.

En otros países, como en Francia, el *under* se graba, todo queda prolijamente guardado en el Museo de Arte Moderno. Acá, nada de eso. Yo quería tenerlos a los tres juntos en mi programa, pero murió justo antes. Este, ahora, es mi modo de decírselo.

DANIEL MELERO

...zonas todavía secretas...

Lo encontré mientras ensayaba con Vivi Tellas “Actos de Pasión” en la cúpula de una casa de la avenida Córdoba. Volví a verlo en el ICI y luego me llamó para un reportaje público en Cemento: “Juicio y castigo a los culpables del Rock”. Después ya no me perdía sus tertulias con Urdapilleta y Tortonese.

Era un inocente perverso, había mucha integración con lo que hacía, no existía el ansia de ironizar y vi en él siempre algo sandrinesco. Especie de Luis Sandrini con faldas.

En un ambiente donde muchos tratan de ser raros era más que

raro: se comportaba como una persona muy normal y corriente. Uno jamás tenía la sensación de que te quisiera decir: “Mirá qué extraño es lo que hago”.

No había nada que aprender, sencillamente se vivía de ese modo. Tenía en sus actuaciones una actitud tan humilde. Estamos viciados en la costumbre de espectáculos opulentos, en cambio B. nos remitía a algo reflexivo interno, a apreciaciones de movimientos, inclusive en matices, en cambios de un mismo tono de voz, imperceptibles en apariencia pero que traspasaban zonas todavía secretas. Y esos cambios iban desde el grotesco a la epifanía. Lo grande de él es que no era grandioso. Genial, sí. Estamos acostumbrados a una jerarquía del éxito que tiene mucho más que ver con los medios de difusión que con las conmociones del alma. B. iba en camino de llegar a la masa.

De alguna manera pintó su aldea, pintó un mundo tabú que es universal y no tiene banderas. A la vez no había nadie más argentino que él. Cuando estuvo con tetas era definitivamente maravilloso. Eso al fin también plantea ciertos conflictos para la persona que se pone del otro lado a percibirlo. Los obliga permanentemente a saltar su propia barrera del deseo.

VIVI TELLAS

...todo se improvisaba...

Lo conocí con un oficio inesperado, mozo. Yo era una de Las Bay Biscuits y tendría como él, alrededor de veintitrés años. No mucho tiempo después, con Los Peinados Yoli, lo descubrí haciendo algo con una bolsa de arpillera y no lo podía creer; de haberlo visto sirviendo ahora mostraba esto que me dejaba con la boca abierta. Saltaba de un lado al otro y repetía: ‘Yo soy B... Yo soy B. Era una rareza, pero yo sentía que ese vacío estaba premeditado y su

presencia era increíble. Luego preparamos juntos *Actos de Pasión*, donde B. ofrecía una especie de flamenco y ya empezábamos a imaginar el número de la mujer paseando su perro. Yo acababa de recibirme en la Escuela de Dirección. En *Actos...* trabajamos B., Jorge Gumier Maier, Rosario Bléfari y yo. B. bailaba con Rosario, Gumier Maier decía su monólogo sobre las diferentes formas de suicidarse a la vez. Yo hacía de nenita. Cuando ensayábamos, era como caer en éxtasis. Todo tan intenso. Lo mismo con *La Mujer y su perro*. Y eso que simplemente se trataba de una mujer que sacaba a pasear el perro. Tenía una música diferente para cada momento y no había nada de texto. Se sentaba con una revista y le daba juguetes. En un momento el perro se ponía pesado, me agarraba la pierna, me la quería cojer y yo lo sacaba, pero el animal insistía tanto que al final acababa chupándome entre las piernas. La resolución del vestuario que B. había hecho era simple y genial, con mi viejo tapado de llama, amarillo, parecía un afgano y llevaba medias de lana del mismo color. Era im-pre-sio-nan-te. A veces sentía que estaba realmente con un perro. Una noche en Cemento, alguien le comentó a Omar Chabán: 'Ahí está Vivi, haciendo porquerías con su perro'. Llegaba a ser escandaloso y eso que se trataba apenas de un actor con su tapado hecho andrajos, pero cómo se movía, qué raza, qué furia, qué celo.

Y a pesar de que despreciara el término actor no dejaba de ser un verdadero intérprete. Además me encantaba verlo vestido de hombre. Haciendo su papel de seductor que al menos conmigo tenía que desplegar cada noche.

Y también armamos un número dramático de cierta mujer escribiendo una carta muy densa. Él, de pronto, me cacheteaba. Enseguida había aullidos y después venía el gran abrazo de la reconciliación. Debe haber sido una de las pocas veces en que interpretó a un galán. Pero estaba bárbaro en ese personaje.

Muchos años después lo convoqué para debatir sobre el tema

‘¿Por qué el teatro se repite? ¿Por qué el teatro insiste en hacer funciones, lo que es realmente contrario a la *performance*?’ Yo sabía que B. odiaba los ensayos, repetir y repetir sin ton ni son y estaba en esa de que todo se hace por primera vez y punto. Incluso su corte de manga al Clú del Claun fue tal vez el hecho de comenzar a volverse travesti.

Igual, incluso con tetas, yo siempre lo vi muy varón. Nunca creí en su cuerpo femenino y ni él mismo lo era. B. trabajaba obsesivamente con los contrastes. Era un hombre vestido de mujer o una mujer en el cuerpo de un hombre, frente a frente.

La noche del debate en el ICI dijo: ‘Yo nunca me repito y como no lo hago...’ Ahí, ya sabemos, mostró las tetas, de pie. Todo está registrado en la videoteca del ICI. Cualquiera puede pedir que se lo pasen. Fue tan impresionante porque no se vieron solamente las tetas, también los restos de la reciente operación. Estaba todavía con las vendas, pero no se parecía en nada a un mutilado.

OMAR SCHIRILO

...una casa de sueño infantil...

Hay gente que quiere zafar de la muerte, otros la tienen como objetivo. Es el destino quien al fin de cuentas decide y B. ya lo presentía desde hacía mucho tiempo. Tal vez por eso había vivido tantas transformaciones. A veces me preguntaba en qué podría convertirse ahora, ¿en un elefante? Pienso que no le quedaba más para sacar de la galera sino el gran final.

B. era igual al primo que uno quiere mucho y viene a visitarte los fines de semana. Lo veía aparecer y parecía la Mamá Noel de todos nosotros. Sólo verlo llegar ya me hacía bien, porque en el fondo, lo admiraba y quería ser como él. B. tenía una casa de sueño infantil, su jaula abierta. Al mismo tiempo, todo el mundo se sabía de memoria

su número de teléfono. Siempre remarcaba que cada uno es a su manera y al mismo tiempo cualquier cosa. Así yo podía ser un legítimo Globetrotter y ella una furiosa Tigresa de Malasia.

GLAMOUR DR. SCHOOL

“...con sus pechos oscilantes como lianas aéreas”.

Juan Gelman

Aunque parezca increíble, B. padecía una secreta y casi salvaje timidez que le impedía comprarse prendas íntimas o zapatos de mujer. Casi siempre se los regalaban o iba a Dr. School en Avenida de Mayo. Se probaba escondiéndose en el borde del mostrador. Nunca encontraba un número adecuado. Pero ahí estaban ésos de tacones negros, tipo profesora de Castellano, y mientras murmuraba a la vendedora “Son para una tía melliza”, otra mujer que estaba en la caja dejaba de leer el diario. Hasta ese momento, la empleada automática ni lo había mirado, después del chistido de la otra, quedó boquiabierta al descubrirlo. Tanto, que casi derrumba la enorme pila de cajas amontonadas a su alrededor.

Luego, para disfrutar los zapatos, daba la vuelta al perro entre los camiones atestados de frutas, arañas, animales, con choferes de ojos ávidos y ruda piel en plena siesta, estacionados. Paseaba por su Abasto, el pelo alzado con un pañuelo, como una chica más. Allí, donde antes lo hubieran acompañado Carlos Gardel o Luca Prodan. Siempre con un poema en la punta de la lengua. “Esta ciruela estalla sobre tus dientes/ arrojada desde el camión recién parado/ Ya estaba casi podrida más chocó en tu boca/ almibarada por el golpe/ seguro ni fue mordida/ Justo tragada intacta por tu lengua de seda/ en la red de tu sed que no sabía de otra delicia”. Después, volvía rápido a casa para poder contarlo. No imaginaba todavía que ese paseo también inspiraría a Los Sultanes con su *hit* tan popular “Decile que lo quiero”, en el que Jorge Kazmer canta a su memoria, con marcada ironía: “Estoy saliendo con un chabón...”. Era lo que faltaba. Luego de su declarada pasión por La Bomba Tucumana, ahora la bailanta ya le abría sus puertas. Aunque fuera demasiado tarde.

SILVIA ARMOZA

...viajando por todas partes...

Lo recuerdo desde su época con Los Peinados Yoli. B. hacía el número del pibe enfermo que no lograba detectar si su problema estaba en los pies o en la cabeza, por lo que iba al médico, o mejor dicho, a los médicos. Uno le atendía los pies y vivía en Chacarita. El otro, en La Plata, así se la pasaba yendo y viniendo de un lado a otro, viajando por todas partes sin poder remediar su enfermedad. Con B. aprendí a reírme de la confusión de nuestras cabezas, y también tantas cosas del ser mujer... Incluso, algunas que no me hubiera gustado saber. Llegó a recibirme de faja y portaligas, botitas de raso, untándose el pelo con un baño de miel y colocándose lociones para el rostro y el cuello, con la toalla inmensa en los hombros que pegoteaba toda, porque a cada rato se echaba otro gran frasco de algas, mientras me contaba, como un torrente, sus nuevas ocurrencias. De pronto saltaba de la bañera y buscaba una birome, después actuaba sólo para mí, como Dios lo echó al mundo. Yo estallaba de placer, no se podía pedir más.

Nada le daba miedo, no existía el peligro para él. Tenía conciencia de su propio destino. A veces le veía algo de zorro, sí, de zorro sabio, rosado y peligrosísimo.

Una noche se me apareció cargado de golosinas. Iba a hacerse un traje con ellas. Por ahí, desparramados en distintas mudanzas, todavía quedan trozos del vestido-banquete aquél.

DIANA BAXTER

...símbolo del país en una década amnésica...

Compartimos noches inolvidables e increíbles en el Café Einstein de Chabán. Él jamás consumía drogas pero estaba siempre volando.

El delirio le venía naturalmente desde adentro. Como era habitual, una noche cayó la cana. B. avisó y sugirió que me escondiera.

Pero dónde, si el lugar estaba plagado de policías. Salimos corriendo hacia los baños. Lo perdí de vista y desapareció. Los tipos revolvieron todo pero no lo encontraron. A mí sí lograron atrapar me y meterme en un patrullero. Después en la calda de la decimonovena comencé a pensar si B. no se había esfumado en el aire. A la semana supe que disfrazado de cafetero, salió con la bandeja en alto llena de vasos en medio de todos como un mozo del bar.

En el Centro Cultural General San Martín hicimos el intento de una movida pero como de entrada lo censuraron, él convocó a Hebe de Bonafini que apareció con las Madres todas a defenderlo ante Javier Torre, que se había puesto en su contra.

Era capaz de utilizar símbolos inventados con bandejas de tortas y adornos de cotillón como si fueran hostias o el mismísimo Papa. Todo lo descartable se volvía imprescindible.

Logró hacer una presentación y al final lo aplaudían de pie. Cuando salimos al *hall*, Hebe y las Madres lo estaban esperando. Torre no lo podía creer y encima se daba cuenta de que B. tenía un poder más allá de la simple disputa. No pudo, aun siendo director, sacarlo de la programación.

A mí me mostró una escena que no había visto nunca. Lograr conmover al público con simplemente un envase de Calcevita. Así estaba representando la mayéutica, la *new age*, el chamanismo, todo un lenguaje que iba a surgir después. Él es el símbolo del país en una década amnésica. Cuando con Locas como tu Madre lo evocábamos en la radio, la gente llamaba diciendo cosas tipo “No podemos creer que lo hayan conocido”. Lamentablemente aquí, cuando un artista se muere, vale muchísimo más y por desgracia B. no pudo disfrutar de la gloria que ahora posee e irradia, algo que tal vez tampoco le hubiera importado mucho. B. sería un estandarte de los símbolos que dejaba

atrás porque estaba dos pasos adelante. Sus códigos eran muy nuevos. Tampoco iba al choque embadurnado de purpurina negra. Ni trataba de entender lo que en realidad estaba provocando. Él era su propio misterio y sorpresa al mismo tiempo.

Cuando un día le pregunté cómo se veía dentro de veinte años, me respondió: “Casadísimo, madre de una nena, ya que en realidad soy lesbiana. Me encantan los hombres pero las mujeres muchísimo más”. En el estudio de la radio todos rieron. Se provocó un momento de placer pocas veces vivido. Eran sus juegos. B. fue siempre el eterno jugueteón. A mí me partió y abrió la cabeza como artista con sólo cuatro palabras. Cuando lo escuché decirme, casi sin querer: “Loca, vos podés mucho más...”.

OMAR CHABÁN

...volver real todos sus delirios...

Vino una noche al Einstein, y como le gustó el lugar pidió una fecha. Y ahí estuvo con Los Peinados Yoli. Al principio pensé que era el representante del grupo. Todavía nadie los conocía. Con el tiempo el artista en general se vuelve cada vez más solitario, se resguarda, se aísla como en su obra. En B. había algo de eso, una cuestión oculta. Después empezó solo, acá, en Cemento. Me encantaba que viniera a hacer sus *performances*. Cada semana imaginaba algo nuevo. Rifaba sombreros, hacía leer poemas inventados en una maquinita, se ponía *walkmans* con otra persona y bailaban juntos su propia música. Regalaba papelitos, con poemas, frases y su número de teléfono. Eran cosas simples pero de mucha acción. Cada noche, primero me contaba lo que haría. Todo bien. No es que buscara mi aprobación, para nada. Llegaba, dejaba sus bolsos y me anunciaba sus entretenimientos, sus futuros juegos, sus inmediatas maravillas. Sacaba de la bolsa frutas, flores o verduras. Yo a la vez le daba plata para cotillón o lo que fuera

necesario. Él era quien más pegaba entre los jóvenes. Otras veces hacía pis en escena y se instalaba en una cama y le decía secretos a los que se metían. Todo tenía que resultar divertido y lo conseguía. Para hacerlo mandaba acciones alegres desde algún lugar que sorprendía a los aburridos. En esa época no estaba todo tan definido, no se sabían ciertas cosas. Fue lo nuevo de Cemento. Yo quería usarlo como discoteca, esperar un año, así podíamos producirlo ya con algo, con un poco de guita, pero Katja (Alemann) me hinchaba las pelotas con que sus amigos decían que no pasaba nada. Entonces iniciamos esa línea de pseudoanimación. B. se mantenía todos los sábados. Hasta que mucho después, una noche, apareció algo nervioso, cosa rara en él. Antes ya había estado todo el tiempo anunciándome que se iba a disfrazar de mujer. No le di bola, estaba ocupadísimo. Se había puesto tetas.

Respeto al arte travesti. Lo ejemplar de B. fue llevar al máximo esa posibilidad. A partir de B. las cosas empezaron a cambiar. Ya no se disfrazan tanto. Ya no es un destino simplemente disfrazarse de mujer, para un artista. Ahora cualquiera puede disfrazarse de mujer o hacerse mina. Puede ir a fiestas, volver real todos sus delirios. Ya está cubierto, es casi folklórico. Pero en B., a mí me impactaba su efectividad y coraje con el humor, su dimensión particular, su dominio del público.

Porque él podía hacer cualquier cosa que a otro no se las bancarían de ningún modo. Su autoridad creativa era agobiante. Una noche, con Helena Trittek y B. presentamos una charla contra el teatro y la gente se asustó hasta que poco a poco comenzaron todos a irse.

La gente no lo miraba como si fuera diferente. Nadie lo veía desde una actitud fragmentada. Siempre relaciono a B. con Luca Prodan y Ana Itelman. A Luca lo veo como una fuerza generadora que se mantuvo en el tiempo marcando el rock de Argentina. A B. lo veo como un esplendor aislado. Y a Ana bailando, junto a ellos.

KATJA ALEMANN

...una especie de entrenamiento infernal...

Inauguramos Cemento un 28 de junio y el 9 de julio se hizo la primera *performance*. Entrábamos en un mateo, todos envueltos con tules celestes y blancos. Yo llevaba una peluca de sogá india, larga hasta las rodillas. Una vincha me tapaba los ojos, estaba amordazada, atada con cadenas y desnuda. Era la patria.

Atrás venía Cecilia Guayar vestida de rojo y negro representando un espíritu maléfico. Paseábamos con el mateo por la pista y sobre la barra de Cemento esperaban de un lado Gabriel Chame y del otro B. Venían caminando desnudos como efebos con los cuerpos pintados de dorado, bajaban y me alzaban sobre sus hombros hacia el escenario. Con el Ave María de fondo seguimos haciendo cosas. Caí sobre el piso mientras subía el volumen. Yo disimuladamente gruñía para que bajaran la música y B. a pesar de sus señas tampoco podía hacer nada. De pronto, mágicamente, apareció lo pactado. El Himno Nacional Argentino. Rompí con tal furia las cadenas, sólo iluminada por antorchas que por suerte habían ardido justo a tiempo.

Después, cuando comentábamos con B. que el sonido no se había oído en el momento exacto, me ponía como loca. Igual creo que todo nos salía medianamente bien. Es cierto que al final se logra una especie de entrenamiento infernal en adaptarse al error. Eso, B. lo desarrolló al máximo. Incluso provocaba el error para poder solucionarlo. Después inauguró un rinconcito en Cemento, grabando reportajes, cortando y lamiendo frutas. Ya empezaba a ser B. Lo seguía de lejos y nos encontrábamos unos minutos a solas en los camarines. Recuerdo nuestra última conversación. Al final me dijo: “Bueno, ahora quisiera tener un hijo, pero creo que lo tendré que adoptar”.

También participó de un festival que organicé en Cemento por la Guerra del Golfo. Fui yo misma a todos los medios y sólo me

eyudaron Catalina Dluggi y *Página/12*. B. hizo un *strip-tease* con el Himno de Israel. La reacción del público fue tremenda, pero creo que ese día Cemento estuvo más lindo que nunca. La barra íntegra cubierta de blanco con manchas muy rojas e iluminadas desde abajo. Súper expresionista. Después, con Chabán, le hicimos un homenaje. Al año de su muerte, salió genial. Estaban sus padres, casi todos sus amigos, Cemento repleto. Yo me había vestido muy batatescamente y quería atarme un pepino como pija. Estaba sola en el camarín viendo cómo lograría hacerlo. Intenté con la cinta aisladora y otro alambre traspasando al pepino para ver si lo podía atar de algún modo y justo en eso, entró la madre. No tuve tiempo de sentir vergüenza porque la oí decirme: “No te preocupes, yo sé cómo hacerlo”. Enseguida me ayudó y el pepino quedó listo, tieso, parado, en su lugar.

MARILUISE ALEMANN

...la máscara tiene ese don...

Ordenado y delirante, una combinación ideal porque la persona ordenada puede permitirse ciertos estados caóticos en el escenario. Lo descubrí en Cemento con sus primeras *performances*, y enseguida me atrajo. Capté su pasta de comediante. Daba la impresión de no saber lo que estaba haciendo, sin embargo sucedía todo lo contrario. Tenía la lírica y línea de un *clown* pero no era sólo eso, sino una distinta comicidad. Hacer reír casi sin proponérselo. Me acuerdo de su unipersonal en Cemento, en la época en que venía muchísima gente. B. se instalaba en una cama y ése era todo el espectáculo. La ropa colgando por cualquier parte. Él iba a acostarse en la cama para dormir y nada más. Antes hacía pis como si estuviera en su casa. La gente no interfería, al contrario. Él sabía cómo impedir cualquier invasión. Cuando era necesario lograba imponer sus límites. Juntos elaboramos

algo que provenía de una ceremonia japonesa con máscaras. Apenas movimientos de cabezas y manos. En el teatro, el juego de cuello es lo más importante para la expresión. La máscara tiene ese don de poder transmitirme risa, furia, lágrima, ira, pero todo depende, siempre, de la posición del cuello. Sonriente a la izquierda, enojado para abajo. En el mundo animal cuando uno es atacado, baja la cabeza y ofrece su cuello significando que se rinde y el otro ya no puede morder, queda como paralizado. Hablamos mil horas de todo eso con B.

En otra *performance* que hicimos, B. vino con su amigo dueño de un águila enorme. Enseguida se me ocurrió reconstruir un cuadro de Max Ernst. La imagen mostraba a una mujer de pie con un gran manto rojo, entreabierto sobre su desnudez, y cabeza de águila. Yo no estaba desnuda pero llevaba una malla color carne, el manto rojo y un casco simulando la cabeza del águila.

Un muchacho junto a mí, espléndido, vestido de negro, se mantenía asegurando el águila. En otro momento irrumpía el tercer personaje, B., y me sacaba el manto con elegancia. Yo estaba maniatada con sogas fosforescentes. Hice un gesto como si fuera un pájaro a punto de levantar vuelo y en ese preciso instante, el águila, que había permanecido quieta durante todo el tiempo, al extremo de que casi todo el mundo pensaba que en realidad estaba embalsamado, reconoció en mi movimiento el hecho de despegar. Abrió entonces las alas y repitió cada uno de mis ademanes como si estuviera pactado.

ALEJANDRO ROS

...el show era implacable...

Estamos con Gabriela Malerba en el Centro Cultural Ciudad de Buenos Aires, veo a un chico con el pelo rapado que se acerca y me pregunta si puedo hacerle un video de cierto espectáculo que estaba por armar. Yo le respondo: “Cómo sabés que hago video, si

todavía no tengo ni siquiera cámara”. El quería que yo fuera a filmar “Las Coperas” en Mediomundo Varieté. Pocas veces me tocó vivir semejante descontrol. Con La Pochocha, Lizzie Yohai, Klaudia con K, Urdapilleta y Roly Von Von.

Antes, esa misma noche, actuaba Lito Vitale, después ellas, las furiosas irrespetuosas del horario ajeno. Su público hacía colas como macetas expectantes en medio del pasillo. De pronto aparecieron por la tarima B. y Urdapilleta de la mano, con minifaldas super cortitas y unos zapatos de tacos desvencijados. El show era implacable. Después salían a la calle y se metían en los alrededores de Mediomundo, en los bares, en los restaurantes, en el subte de Corrientes y Callao, promoviéndose.

Con el tiempo fui a hacerle fotos a su casa. Todavía sentía vergüenza por mostrar su cuerpo. Se desvistió con un bolero a todo volumen. Ya desnudo, al ver mi cara, se doblaba a carcajadas.

La Pochocha

...apenas el pequeño taparrabos negro...

Acabo de volver de España, donde aprendí mucho sobre esto, desde alimentarme y tomar píldoras para hacerme crecer el pelo a un tratamiento de rayos láser que te quita la barba con descargas eléctricas para ir aflojando todo el vello de a poco. Después de un corto tiempo fui quedando poco a poco sin un solo pelo en todo el cuerpo. Soy abogada y ahora, además de mujer o legítima travesti, pienso matricularme de escribana. Incluso B., entre otros, me confió un juicio, ya que le estaban usando el nombre y él previsoramente había registrado su seudónimo como marca, en masculino y femenino.

Nos conocimos en la murga Los Viciosos de Almagro. Muchas cosas coincidieron para las dos. Ella y yo nunca habíamos salido

a desfilan en ninguna comparsa. Hasta entonces no nos habíamos vestido jamás de mujer pero alguien me dijo: ‘Vamos, es carnaval, vení a divertirme un rato y bailar hasta el amanecer’. Me invitó una mariquita del barrio. No sabía qué ponerme, ella me prestó todo. Y así, a lo Liza Minelli, me encontré en el ómnibus que nos paseaba de corso en corso, con una persona maravillosa, el propio B. Al cabo de un rato de charla descubrimos que éramos vecinas. Yo vivía a la vuelta de su casa, por Anchorena, casi Tucumán. Nos encontramos en una casilla de madera donde se cambiaban todas las chicas. La vi salir tan exótica, con una cascada de collares multicolores y apenas el pequeño taparrabos negro. Usaba tanta *bijouterie* porque todavía no se había hecho las tetas. Mientras desfilábamos ella de pronto dibujaba en el aire unas contorsiones increíbles. Todo el mundo la ovacionaba. Llamaba mucho la atención, más que las súper emplumadas y requeteproducidas. Me acuerdo especialmente de una tribu de gitanos aplaudiendo al unísono hasta el delirio con cigarrillos negros mordidos en los dientes. Ahí le pregunté su nombre y me respondió: *La Contorsionista*. Me hizo reír porque era verdad. De pronto se paró sobre sus propias manos y parecía un resorte. Después, con el tiempo, me confesó que había estudiado danza y tantas otras cosas. Yo ni podía imaginar quién era B. Barea. Ni nadie en la murga, donde también desfilaba otro desconocido, nada menos que Alejandro Urdapilleta. Igual me preguntaba quién sería ese ser tan maravilloso. La B. irradiaba luz propia y tenía cierta chispa de comicidad consigo misma que nos hizo cómplices. Ella también, a pesar de todo, trataba de ver la vida con humor. Desde ese momento nos hicimos amigas y poco a poco ella me contó qué hacía. Recién comenzaba a ser travesti. Descubrimos juntas un mundo inesperado y el destino nos había puesto tan cerca. Yo le informaba sobre hormonas y todo lo necesario. Él, en esto, de algún modo siguió mi camino. Una noche me encontré con un tipo de unos veinticinco años, sudado, que venía de jugar al rugby. Yo

iba caminando muy sexy y escotada, casi sin darme cuenta que el portento me estaba siguiendo. Me hacía la tonta, es que en verdad estaba tan fuerte que no se podía creer.

De pronto, él, hambriento de placer, con la saliva atragantada en la boca, me abordó. Quería ir a la cama enseguida. Como no podía llevarlo hasta mi casa, donde también vivía mi madre, le dije que tenía un lugar pero en lo de un amigo, a la vuelta.

Cuando B. abrió, al verlo, no lo podía creer. Era un despelote. Y además simpatiquísimo. Me cedió el dormitorio y se refugió en su cocina. Yo fui a buscar un vaso de agua, B. me preguntó excitadísima cómo lo había conseguido. Le dije, mostrándoles mi par de tetas recién producidas: 'Así, moviendo un poco el pecho'. Eso lo encandiló y en seguida me dijo que iba a hacerse lo mismo. Después, el chongo se bañó con la puerta sin cerrar y era una escultura. Mientras se secaba seguía como tonto, mirándome todo el tiempo las tetas y no porque tuvieran purpurinas, claro. Luego de irse B. me dijo: 'Ahora entiendo, sólo con un par de tetas uno entra en otra dimensión. El juego se da vuelta. De cazadora a presa. Es bárbaro'.

Enseguida empecé a asesorarlo en su transformación. La llevé para hacerse el tratamiento a lo de Lorena. Yo le sostenía la mano porque en verdad los pinchazos son muy dolorosos. Ella no gritaba como otras, aunque era evidente que le dolía. Hacía gestos de espanto y me apretaba fuerte los dedos. La otra mano se la sostenía Darío, que después se llamaría Carmen y también se sometió al mismo proceso. Las tres veíamos cómo era el asunto. Venía Lorena con una enorme jeringa, llena de un líquido parecido a la grasa derretida, y les iba inflando los pechos muy lentamente. En menos de dos horas ya estaba listo. Después tapó los orificios con una venda que debía dejarse una semana hasta que se le coagularan y

formaran en definitiva los senos. Pasado ese calvario vendría tanto placer, felicidad y alegría de sentirse deseada. La acompañé hasta su casa en un taxi con la Carmen. Tenía que pasar esos días de reposo y dormir siempre sentada para que solidificara algo que alguna gente comentaba era industrial, siliconas para máquinas. Enseguida empezó a llamar a sus amigos por teléfono y la frase repetida era: ‘Estoy inflada, estoy inflada’. A la semana, B. y Carmen ya eran mujeres. B. eligió el nombre Sandra, como uno de los personajes que había interpretado.

En las mañanas de invierno se colocaba un tapadito marrón. Bromeando le comenté que recordaba a la María del tango y ella me aclaró: ‘Yo soy distinta al resto de la gente. Yo soy el primer clown travesti asumido de este país. Y no sólo en los escenarios sino en cada momento de mi vida. Aun cuando salga por la calle y parezca demasiado payasesca, eso no me importa’.

Al principio, cuando alguno lo miraba medio raro, ella era capaz de darse vuelta y preguntarle con voz de trueno qué quería.

Yo me asombraba de que nunca la habían llevado presa, porque pasaban los patrulleros y parecía invisible, aun con esos pantalones fúcsia ajustadísimos y demasiado anchos en las pantorrillas, esas blusas estridentes. Enseguida me invitó a incursionar en lo artístico. El show se llamaría *Las Coperas*. Y lo hicimos, pero al poco tiempo sufrí muchísimo porque nos invitaron a un Ciclo de Varieté en el Teatro Presidente Alvear. La semana anterior se celebró una recepción para la prensa y nosotras, muy liberadas, nos pusimos a bailar con otros artistas en el escenario. Me acuerdo haberle hecho una mueca a María Aurelia Bisutti y ella se rió de mí en la cara, como casi todos los otros.

Lo nuestro se transformó en un escándalo. Sólo porque yo estaba tan contenta que tomé una copa de champaña y dije en voz muy alta: ‘Invito a todos los presentes a nuestro debut del día tal y tal’.

B. no soportó la falta de respeto generalizada y no quiso volver

nunca, aun cuando estábamos anunciadas en los afiches pegados por toda la ciudad. Acá vivimos atrasados milenios respecto a Europa, donde una persona, con sólo desearlo, puede cambiar de sexo porque se da por entendido que nació con una sexualidad diferente. La Organización Mundial de la Salud afirma que esta forma de vivir nuestra genitalidad no es una perversión. Hay que pagar simplemente los honorarios al cirujano, acercarse al juez que corresponde y petitionar el cambio de identidad. Ese mismo juez te otorga un nuevo documento con tu nombre de mujer y si tenés alguna profesión la podés ejercer de inmediato. Eso aquí se vuelve imposible. Dicen que es una mutilación y puede ir preso hasta el propio médico.

Con el tiempo, B. vino corriendo a verme en medio de una crisis de nervios. Había leído el informe del cura Lombardero quien lisa y llanamente decía: ‘Hay que matar a los putos’. ‘Yo soy cristiana e incluso voy a la Iglesia. Estoy mucho más cerca de Dios que éste señor’, repetía señalándolo en una revista que leía en voz alta. Se calmaba unos segundos y después repetía: ‘Yo le voy a contestar públicamente’. Le dije que contara conmigo como abogada porque Lombardero estaba haciendo una apología del crimen, invitando a matar seres humanos. El Código Penal reprime severamente este delito.

Decidimos iniciar una querrela. Yo misma se la firmé con mi sello, pero debido a los grandes poderes que posee la Iglesia en este país, el expediente jamás prosperó.

A los tres días Lombardero ni siquiera tuvo la suficiente valentía como para mantener sus declaraciones. El caso salió en todo el mundo por la CNN y esas cadenas internacionales que vinieron a entrevistar a B. para denunciar el inconcebible abuso proveniente nada menos que de un sacerdote.

KLAUDIA CON K

...iguales todo el tiempo...

Los organizadores del carnaval del Club Villa Urquiza se enojaron porque mientras iban cantando B. junto a Urdapilleta, se sacaban las pelucas para escandalizar a las otras integrantes tan armadas de *spray* y purpurinas. Los directores de la murga decidieron que no podían salir porque acaparaban demasiado y muy grotescamente la atención. Los otros travestis eran casi veinte y se espiaban todos entre sí. Se quejaban por esas rotosas y absurdas con la boca mal pintada y sin rimmel. Esa falsa copia de las antiguas vedettes. Invitada especial Brunilda Bayer,¹ con tacones tan altos que no sé cómo no se quebraban y una pelucona blanca. También se mataba de risa de todas las caretas. Y la Jorgelina Zubeldía, que parecía una dama y se notaba que tenía cancha pero más para manequín. Cuando B. me vio, dijo: “Parecés Isabel Sarli”, pero las otras al verlas tan zaparrastrosas murmuraban: “¿Y esto qué és, de dónde salieron?”. Ellas iban tan producidas y, además, “las nuevas” ni siquiera usaban plumas, lentejuelas, nada de eso. A Urdapilleta de entrada no lo dejaron desfilar pero B. convenció a los jefes de la murga diciendo que era una caricata, es decir, un personaje copiado de Luisina Brando, que además era su prima, mientras mostraba algo en la agenda. Los tipos se la creyeron.

Igual, entre tanto travesti careta, había una que decía: “A pesar de no tener nada como nosotras son divertidísimas”. No paraba de espiarnos con sus ojos de araña enjaulada de *strass* pegado con la gotita, a escondidas, como para que nadie descubriera su secreto. También desfilaba la famosísima Héctor de Villa Adelina. Realmente parecía una señora disfrazada de travesti, se notaba que era peñador por su batido negro altísimo, el vestido de lamé verde y tanto pero tanto maquillaje. B. llevaba apenas una tanga e infinidad

¹ Jorge Gumier Maier

de pulseras y cadenas, pero la tanga era en realidad un *slip* negro y eso no hacía más que alertar a las otras que se preocupaban y aconsejaban: “Mañana ponete una bombachita”. No creo que nadie se diera cuenta de la diferencia, además era negro, y con ese cuerpo abundante, glorioso, casi desnudo, B. siempre se divertía más que ninguno. Era como que también podía reírse al unísono de la propia gente que había ido a ver el desfile de las murgas. En el ómnibus se sentó detrás de mí, me tocaba la espalda y decía: “Qué hermosa piel tenés”. Yo lo miré asombradísima porque en un momento ya no entendía nada. Después comenzó a preguntarme cosas interminables, como someténdome a un examen tipo levante, pero no era nada de eso. Es que B. ya estaba buscando su futura tropilla para el escenario y todavía era apenas un simpático desconocido. Me siguió haciendo mil preguntas hasta que yo le comenté que bailaba danzas árabes. Se le iluminó la cara. Me pidió mi número pero yo misma lo llamé después porque ya sabía que él nos juntaría a todas en algo que todavía eran planes. Me avisó a través de La Marival del Abasto, que interpretaba tan lindos boleros, con su vaso de vino y un poco pretenciosa, porque según ella si no había piano no cantaba ni siquiera el Himno Nacional. Sus couplés de Sara Montiel eran como una ópera. En esa murga salió a lo Liza Minelli y con guardapolvo de colegio La Pochocha, que colocaba en fila india a sus admiradores y en las paradas de descanso los satisfacía detrás de un árbol, debajo de un camión o en el lugar menos esperado. B. andaba como hipnotizado por toda esa debacle. Ahí nació su metejón con el travestismo. De mí misma incluso se le pegó muchísimo, como a través de un espejo.

Si me pongo a pensar lo que a su vez él me hizo descubrir sería esta propia libertad de ser como realmente sentís durante todo el tiempo. Por algo preguntaba a las travestis de qué trabajaban. Había una con el saco de mozo adentro de una valija, que al terminar el desfile se iba al Jockey Club. Hasta tenía una bandeja y guantes blanquísimos

en el mismo portafolios. Y estaba la otra, inspectora del Zoológico, que llevaba en bolsas de supermercado un horrible traje gris, un pito y su gorra de cuero. B. repetía que teníamos que ser iguales todo el tiempo. La crítica, los aplausos no le importaban tanto como superar esos prejuicios que tiene la gente para divertirse. El mismo comenzó a maquillarse para ir al quiosco donde un tal Vicente le recitaba versos. Repetía siempre: “No hay que darle bolilla a lo falsamente negativo. Basta de quedarse pegado ni siquiera con la idea de la policía”. Fue lo más nítido que aprendí de él. Una noche soñé que estaba en el Hospital Fernández. En el sueño había un cartel fosforescente donde decía Hemodiálisis y al lado otro cartel con su nombre, B., y un afiche de Gancia. Qué hacía una propaganda de Gancia en ese lugar, me pregunté al despertar sobresaltada.

En el sueño veía muchísima gente llorando y se oía la voz clarísima e inconfundible de B. diciendo: “No me lloren, es lo peor que podrían hacer por mí”. Y el sueño era como un ruido, porque yo le decía “Vámonos de aquí” y él con su típico “¿Te parece?”, hacía un gesto y todo se llenaba con sonido de La Bomba Tucumana.

Igual insistía: “Acá te van a estafar, vamos B.”. Cuando llegué al Teatro de la Galera le conté el sueño. “Bueno Klaudia, no es para tanto, es un aviso de muerte mejor, no le hagamos caso”.

Faltaba poco para que eso ocurriera y no quería depender de sus padres, estaba como emperrado en no recibir ayuda, quería hacerla sólo, aunque fuera prostituyéndose. En los ochenta ya se había prostituido pero como hombre, por placer y dinero, tenía diecinueve años, era otra cosa. Ahora realizaba “masajes” con participación completa. Me contó que sólo una vez atendió a una pareja hétero, la típica triangulación. Dice que al principio todo iba bien pero que después empezó a sentir náuseas por el olor a concha. Hacía unas muecas mientras me lo contaba que ni las puedo explicar y yo me reía tanto que él insistía, porque se alegraba al ver que los demás disfrutaban con sus anécdotas.

NOCHES DE MEDIOMUNDO

“Oh mitad de mí
Oh pedazo arrancado
extirpado de mí”.
Chico Buarque

Era tal nuestra comunicación que nos aturdíamos incluso de silencio, en medio del aluvión de los fiesteros, desayunando a media noche en el Parakultural, cuando el público, por la misma escalera que los hacía parte de la escena por un segundo, comenzaba a llegar. Mientras, B. se maquillaba como un colibrí y había un gran vaso de granadina en los camarines de espejos muy usados. La rutina garabateada en un cartel con alfileres y Omar Viola advirtiendo a cada rato los momentos de salida. En medio del trajín, a veces, quedábamos solos. Justo el tiempo para verlo desvertirse y, desnudo, hurgar en el gran bolso mientras sacaba los pertrechos que lo volverían una gorda. Quería mostrarme algo especialmente, buscaba sin parar por todos los bolsillos. Cuando encontró un pequeño libro de tapas rojas yo ya le había preguntado: “¿Buscás *Clavel y Tenebrario*, el libro de Marosa Di Giorgio?”. Él, que sospechaba nuestro don, al comprobarlo, pareció asustado: “¿Cómo puede ser que sepas antes que yo las cosas mías?”.

B., Humberto y Alejandro eran guerrilleras del panfleto. Se columpiaban locas de alegría por la trasnoche de Corrientes. “Pasan los putos”, decían algunos, pero esta vez con simpatía, sin la indiferencia asesina y delatora a la que hubieran estado expuestos apenas diez años antes. Como los hippies del sesenta o los punk del ochenta, se atrevían a entrar en el bar La Paz vestidas o, mejor dicho, desgarradas de mujer, protegidas por la impunidad que da el coraje. Una marcha de divas divertidas para atraer el público hacia Mediomundo Varieté.

Cuando no actuaba, B. eligió llamarse Sandra. Después de cada función corría a su casa a atender los llamados. Había que ganar plata de algún modo. Ponía avisos en el rubro de acompañantes. Sandra era una vikinga del deseo, bárbara como un mongol, muerta de risa por

el insólito destino que la había traído a Buenos Aires, esta ciudad con los hombres más deliciosos del mundo. Ser prostituta, para ella, era, según decía: “Unir lo útil con lo agradable”.

OMAR VIOLA

...soñar hacia afuera...

Nuestros nuevos horarios se fueron descubriendo de a poco. El público, la gente, quería venir tarde. Probábamos y al principio se sucedieron noches con cuatro o cinco personas solamente. Al no haber casi nadie parecía una pista vacía pero en pleno funcionamiento. La cabina de luces que manejaba el incansable Barba quedaba en el centro. Horacio Gabín y yo nos moríamos subiendo y bajando veinte veces de la cabina al camarín, llamando a los demás actores y era increíble, porque seguro, después de la mitad de la función, recién la gente comenzaba a caer.

A B. lo descubrí el El Depósito de Gustavo Foullier haciendo *This is a pen*, aquel estudiante tan gracioso. El Parakultural estaba integrado por actores en plena rebeldía, al contrario del teatro habitual, tipo testimonial y psicologista. Nosotros tratábamos de romper con eso de algún modo. No existía la famosa cuarta pared. Se laburaba con el público. Cada actor tenía que ganarse sus propios seguidores.

Inventar algo como el Parakultural nos salió por casualidad con Horacio Gabín. Habíamos hecho dos fiestas anteriores para los alumnos, en las que mostraban sus frutos de fin de curso.

Después, sola, se armó la trasnoche. Todo surgía sobra la marcha. Terminábamos a las tres de la mañana pero la gente siempre pedía más y más. Entonces había que continuar y armar un espectáculo hasta el amanecer.

A B. esto le vino bárbaro, ya tenía una experiencia distinta de la que se veía habitualmente en otros lugares. No había límites precisos. Tanto el actor como el espectador estaban en lo mismo. Enseguida descubrí en B. una entrega absoluta, siempre buscando una visión más poética de la vida. El verdadero oficio de un *clown* en realidad es

abrirse desde adentro para que salga el niño, el juego. Poder largar esa esencia sin convenciones demasiado marcadas y ofrecer algo desde el alma, soñar hacia fuera.

A pesar de los obstáculos él continuaba produciendo como si nada, retroalimentándose de su propia vorágine. El hecho de que B. no escribiera poesía lo obligaba a salir con un papel en la mano como para demostrar que, además de decir algo ajeno, no es necesario aprendérselo tan de memoria. Salía al escenario con esa actitud de despojamiento absoluto y se podía ver que de pronto irradiaba de él algo emocionante que no te da ningún maquillaje.

MARCIA SCHVARTZ

...si quería un caramelo...

Siempre quise pintarlo pero no me decidía a decírselo y a través de Gumier Maier me enteré que le encantaría posar y además, mientras tanto, iba a recitar algunos poemas. Era capaz de permanecer horas inmóvil en la posición marcada. B. había agarrado una especie de movida un poco tardía y estaba como en el medio, transformándose poco a poco en el símbolo de todos. Su muerte marca al mismo tiempo el final de este momento, incluso cuando lo vi muerto sentí que de algún modo era un poco el velorio de todos nosotros.

De pronto comenzó a ser una especie de diva, sin proponérselo. Por otra parte era increíble su amabilidad porque si te veía en una multitud corría a saludarte, súper cariñoso. Aunque sigamos haciendo cosas nuevas, el momento clave fue esa época que abarca desde el Eisntein al Parakultural, a través de B., hasta su fin.

B. había encontrado la vuelta de mezclarse con Buenos Aires, su gente, las murgas y los travestis de barrio. Logró incorporar todo eso un poco marginado. Salimos juntos en Los Viciosos de Almagro. Yo logré ser invitada en el ómnibus de los travestis. Había una, muy linda, que se enojó porque la comparamos con un Botticelli. “Cómo

Vermicelli”—decía furiosa—“Yo soy Adriana Brodsky”.

A la tarde, antes del desfile, fuimos primero a una casa del Abasto que estaba cubierta en su interior por mares de plumas y purpurina. No nos dejaron permanecer ahí por crotas. Fuimos a otra, que era como una especie de villa vieja, arriba de un caserón de Barrio Norte. En una habitación de tres por cuatro estaban todos los travestis, casi diez, cambiándose.

“Cuántas nuevas y raros”, comentaban gritándose los travestis más viejos. En esa categoría estaban La Pochocha, Klaudia con K, B. y Urdapilleta. De todos modos era una historia bastante densa que necesitábamos vivir de una vez por todas.

Una tarde, mucho después, fuimos a visitarlo con Bruno Castro, mi hijo, que no podía quedarse nunca tranquilo en ningún lugar. Apenas entramos, ya quería irse, con el pretexto de que yo había dejado el coche encendido. B., al comprender la situación, sacó un enorme frasco lleno de caramelos, me guiñó el ojo y se sirvió uno, pero sin convidarnos. Al instante Bruno directamente quería salir volando. Lo contuve y con B. hablamos detalles para el día de su pose. B. cerró con llave para que Bruno no se hiciera humo. Después de un tiempo, B. le preguntó si quería un caramelo. Bruno se acurrucó entre mis piernas y dijo sí. Pocas veces aceptaba con tantas ganas un simple caramelo de miel.

Después no hacía más que mirarlo todo el tiempo, yo tuve que arrastrarlo porque ya era tarde. Al volver a casa le pregunté qué había visto. Un montón de disfraces, me respondió con cara de sueño y todavía intrigado.

Después, cuando venía B., Bruno iba corriendo a abrir la puerta. Si llamaba por teléfono le encantaba atenderlo y decirle apenas hola, de un modo que pocas veces le he visto. Con asombro y mucho cuidado. Después se quedaba largo rato pensando.

GUMIER MAIER

...parecía todo recién inventado...

A él le tocó vivir esa especie de *underground* donde pocos valían y muchos eran una bazofia. Cuando hablaba de esa gente, era a veces despiadado, las cosas que podía comentar bordeaban una mordacidad sin límite. Incluso uno pensaba qué dirá de mí, después, a mí qué me tocará. Al mismo tiempo, tenía algo muy vital, porque casi siempre lo decía en una explosión de risa. Detectaba lo absurdo, era un crítico despiadado, implacable.

Nos vimos por primera vez en el Teatro Espacios y el flechazo fue mutuo. Alguien dijo: “Va a venir B. Barea, que hace clown”. Llegó con el pelo muy corto y rubio, casi blanco.

Fue el inventor de los macrobolsos, parecía siempre de mudanza. Bolsos marineros; tenía uno que era divino, casi como una mesa. Yo creo que hay distintos rubros de macrobolsos: las pordioseras que van por las plazas y tienen todos los bolsos de la basura. Las mariconas que hacen ballet, para que se note que estudian ballet. Las coleccionistas de marcas que usan bolsas de boutiques, de papel tipo Nina Ricci, bolsas de un lujo que nunca usaron. Por supuesto que todo tiene que ver con los bultos. Siempre.

Cuando lo vi me gustó pero nunca pasó nada. Al poco tiempo entramos a trabajar en Cemento, que recién inauguraba. Él ya había empezado pero no actuaba en el escenario, sino abajo.

Parecía todo recién inventado: cortar verduritas, masajear. Ahí empieza la parte sexy de B. Inventó el *sketch* del masaje que era una excusa para toquetear a los chongos, usaba esas bolas de madera que se pasan por la espalda, en esa época casi desconocidas. Yo era una especie de cómplice. No tenía el coraje de hacer lo que él. Me acuerdo de uno grandote que iba siempre a Cemento y tardó mucho en acceder a esas sesiones. Después, siempre volvía.

Si existió alguien que no tenía división entre su arte y la vida, ése

era B. Actuaba cuando vivía y vivía cuando actuaba.

En mi casa descubrió un plumero que me habían traído de Chile con plumas muy mariconas y le fascinó. Después andaba plumereando el bulto de los chongos detrás de un biombo en Mediomundo Varieté. Era su segunda aproximación al levante a través del arte. Como aquel episodio de las fotos en el que me hacía pasar por productor de una fotonovela porno. A mí lo que me encantaba en verdad era que él las mostraba como si fueran libros de cuentos o pinturas renacentistas, y con ese look berreta de Kodak o Fuji, revelaba las fotos que eran malas, fuera de foco, donde aparecía desnudo, con tacos, peluca, collares, todas cortadas y decía: “Estas son las primeras pruebas, ya me aceptaron”. Los chongos se prendían y decían “Bueno, qué hay que hacer”. B. les contestaba enseguida: “No es nada difícil. Yo estoy acá, me siento, uno se pone por detrás de un lado, desnudo, el otro atrás del otro, por encima de cada hombro aparecen las vergas y me tiene que mear las tetas y ésa va a ser la foto principal... pero antes hay toda una historia”. Nunca trajo ningún contrato, ni existió dicha fotonovela, igual el noventa por ciento estaba encantado de hacer eso. Una vez publicó varios avisos pidiendo galán “para novela con B. Barea”. Después vinieron los panfletos publicitarios fotocopiados que decían “Sandra Opaco, llamame”, y su teléfono. Él volanteaba por los negocios, me acuerdo de cierta gomería, un lugar muy excitante, los chongos sucios con el torso desnudo sudado, almanaques de minas en bolas y el pozo. Nunca sabés qué hay ahí adentro. Aparte todas las herramientas que uno ve como elementos de decoración, son objetos eróticos, porque hay mangueras, todo es pija, caño, grasita, aceitito, esa luz tipo telo, fluorescente. Siempre están de turno. Una vez pasamos por ahí y no se animó a volar. A los dos días me llamó por teléfono: “Gumi, no sabés lo que hice hoy, pasé corriendo y panfleteé la gomería”. Tiró un paquete como si fuera un acto político. A los

dos días lo habían convocado.

LA LLEGADA DE SANDRA OPACO

*Caer
como un animal herido
en el lugar que iba a ser de las revelaciones.*

Alejandra Pizarnik

En otro insólito pasquín tipo afiche B. se promocionaba incluso como “Batatola”. Por primera vez el payaso, el *clown* asumía su condición travesti que después desarrolló en escena con el suntuoso y tanguero nombre de Sandra Opaco.

“El sandra se lo saqué a una loca de la murga. Ya sé, es demasiado común, pero a los hombres les encantan esos nombres de nada. Batata no excita, no es erótico ni me sirve. Sandra, Mary o Marisa, tampoco, prefiero Sandra Opaco. Y Opaco como la superficie de ... de tu ombligo”.

Usaba mucho el amarillo para quitarle la fama de fatídico que para la gente de teatro tiene ese color. Aunque ya estaba enfermo, con sus primeros síntomas, anemia, leucemia, después el gran globo final, llamado SIDA.

A Guillermo Angelelli y a mí siempre quiso ocultarnos todo porque, según dice su madre, él pensó que sufriríamos demasiado. Apenas lo supe siete días antes de que muriera. Y esas fueron noches de martirio, insomnio y desesperación. Justo lo que B. no quería para nadie, menos para mí.

Él seguía con esa cara de ángel sabiendo su futuro pero entrando a un lugar en donde la muerte no existe: la poesía en carne viva.

GASTÓN EZCURRA

...la metamorfosis permanente...

Estaba a punto de ingresar a un recital de Sandra y Celeste y veo mezclados entre la gente que hacía cola para entrar a tres tipos que sobresalían por su aspecto. Los miré con asombro sin saber que estaba observando por primera vez a ese trío del que tanto había leído y escuchado: Barea, Urdapilleta y Tortonese. Me llamó la atención el color de pelo de B. Era una antorcha escandalosa entre toda esa sombra. Tenía puestas calzas rayadas y un sobretodo.

Después, durante el espectáculo, fue doble el asombro al ver a esos tipos actuar. Me pareció estar frente a una exhibición de esgrima. Lenguas como floretes jugando al ataque en joda.

Volví a verlo en el viejo Oliverio de Paraná. Yo asistía a 'Poesía de Turno'. Una ceremonia al pie de lo poético. El clima era más que propicio. Pizarnik, Noy y Elis Regina. Klaudia con K, vestida de odalisca, bailándole a Ramiro, que me había acompañado ese noche. Hasta que ocurre lo inesperado, por lo menos para mí: el mismísimo B., con inmensas gafas, dándonos de comulgar a Adelia Prado a las once de la noche. Aún recuerdo el gesto en la cara en el final de 'Barrio' y el poema del final: 'Mi mamá cocinaba exactamente. Porotos, arroz y batatitas ... pero cantaba'.

La tercera vez fue en las páginas de esta biografía. Es acá dónde me encontré con Walter y lo conocí de forma más íntima. Me pregunto qué hubiese pensado si alguien le dijera que la forma más profunda de conocerlo iba a ser entre las páginas de un libro.

También me causó mucha gracia la cantidad de idas y venidas que tuvo este libro para salir a luz. Y no me pareció nada extraño que una biografía de B. haya necesitado casi diez años de elaboración. Me pareció lógico. Se está escribiendo sobre B., ¿no?

Siempre me pareció que B. fue una especie de ángel en el vientre de ese *under* negándose a nacer por completo. Y no en un acto de

porfía, sino para seguir creciendo. La ‘metamorfosis permanente’. El aprender y enseñar porque sí. El preferir la tinta tibia de las fotocopias al frío de la marquesina iluminada. Es por eso que no estoy tan seguro que la edición de este libro tenga un punto final. Esta biografía se va a seguir escribiendo siempre.

SANDRA MIHANOVICH

...nos divertíamos como nunca...

Me parece verlo, etéreo, lleno de gasas movidas por el viento. O vestido de gitana con bata de cola roja a lunares y esos zapatos que se descascaraban cada día más.

Una noche me invitaron al Parakultural. Como parte de su show, Urdapilleta, Tortonese y B. iban a entrevistarme. Yo no los conocía y antes del reportaje los tres presentaron su espectáculo. Quedé alucinada. Me parecía increíble lo que había descubierto. A Celeste se le ocurrió llamarlos para que trabajaran con nosotras. B. fue el primero en llegar. Para cada tema tenía una respuesta afilada con soluciones concretas. Justo el día del debut estuvo con mucha fiebre, a pesar de su enfermedad no faltó a ningún ensayo. Sólo temía desmayarse en escena.

Ellos recibían al “alumnado” en la cola. Para algunas de las personas que vinieron, por ejemplo tías y sobrinos, ver esos culos fue un *shock* demasiado fuerte..

La primera noche terminó en un exceso, un descontrol y el público quedó caliente. Nos decían que lo de ellos en su propio contexto estaba bien, pero no con nosotras. El público venía a ver dos chicas cantar y reaccionaba como ofendido.

Igual nos divertimos como nunca. Cada noche yo iba al teatro con el placer de la intriga.

Después habían copado la mayor parte de nuestro público fiel. B.

se hizo amigo de casi todas y todos los que estuvieron cerca. Anotaba teléfonos y direcciones, las copiaba de papeluchos que arrojaban a escena o le pasaban cartas debajo de la puerta del teatro.

Sentí tanto su muerte que me tranquilicé un poco al pensar que B. es de esos seres a los que Dios llama primero porque tal vez extraña demasiado.

Celeste Carballo

...parecían encantados...

Es duro el teatro, todos los días, se necesita mucha energía para subir al escenario. Es un punto de imposición que genera desgaste. Con B., Urdapilleta y Totonese estuvimos un mes entero y ese mes se hizo eterno. Nunca terminaba. Si uno no tiene mucha fuerza, el espectáculo se cae, porque no es fácil conseguir una buena respuesta del público cuando está como a destiempo o a la vez el *show* es muy de avanzada. Ulises Butrón, responsable de los arreglos de la banda, tocaba con nosotros y, en general, todo era demasiado vanguardista para este país. Para colmo, era la última etapa de Sandra y Celeste y personalmente me costaba mucho tener una buena relación con todo el mundo.

Necesitaba un toco de fuerza para el escenario, porque en esto es siempre cuestión de vencer o morir. Cuando oía a B. decirme: “Hoy creo que no puedo, ¡me siento tan mal!”, no lograba creerle. Enseguida se mejoraba, salíamos a escena y era ¡faaa! Un infierno de fiesta. Hacíamos *sketchs* improvisados con chistes alucinantes.

Es que al final nosotros la mandábamos y nos la devolvíamos a la vez entre nosotros y casi toda la gente tiraba mierda. Era muy raro porque creo que en el fondo, de una manera misteriosa, en realidad les encantaba. Por algo se ponía el cartelito de “No hay más localidades”. “Sandra y Celeste van a la Escuela” triplicaba funciones.

La puesta era muy contundente. Nosotras empezábamos cantando “Mujer contra Mujer”, al terminar el primer bloque ya habíamos hecho diez temas seguidos. Ahí venía el fabuloso recreo. Antes, al principio salían primero Urda, Humberto y B. anunciando el festejo de cualquier cosa, de modo desopilante, el Día de la Independencia, las vacaciones de fin de año, el Día del Trapecista, todo el tiempo inventaban algo nuevo. Y nos presentaban como en un festival pero con nombres distintos, así por ejemplo yo era Susana Rinaldi y Sandra, Pappo. Siempre jugaban a cambiarnos los nombres, como haciendo que se equivocaban. Después de “Mujer contra Mujer” salían gritándonos: “Atorrantas, ¿qué están cantando? Por favor, cada una para una punta distinta de la sala. Usted va a la dirección y usted al baño de damas, y cuidadito con toquetearse en el recreo”. El público junto a nosotros se mataba de la risa y nuestro texto seguía: “¡Estas viejas locas ya vinieron a hinchar las pelotas!”. Enseguida interrogaban adustas qué era eso de “mujer contra mujer”.

El debut se volvió un escándalo porque en un momento las maestritas se sacaban los delantales y quedaban totalmente en bolas. Después, al arrojarse sobre el público, toqueteaban a algunos y les cantaban al oído o los sacaban a bailar en escena. Para colmo estaba toda la prensa. B. se tiraba encima del periodista de *Clarín*, Marcelo Panozzo, después arremetía contra Carlos Polimeni o Guillermo Allerand. Las otras agarraban a los demás. Sergio Marchi o Daniel Link, por ejemplo, quedaban sepultados bajo ellas. Un verdadero escándalo, una locura que jamás se repetiría. Creo que ni salieron críticas. Quedaron como enmudecidos pero en el fondo, de nuevo lo mismo, parecían encantados.

Es que el show era una crítica *in crescendo*, un echarle las culpas de tu propia pelotudez a quien fuera el responsable y hubo algunos que comentaban en el pasillo “Esto no, está mal”, “Me lastimó” o “Me sentí molestado” o “Yo no me puedo reír de algo como esto”. “Porque a mí me duele el sexo ya que soy un deforme” o “Porque tengo el culo

aplastado de sentarme a comer cinco veces al día...”.

EDUARDO CUTULI

...sacaba juguetes de todas partes...

Entre nosotros pasaron cosas fantásticas. Después que cerró el Parakultural nos encontramos haciendo noches de *variété* en Mediomundo. Tuvimos que irnos sospechando que nos curraban guita de las entradas. Y un actor que le roba a otro es como si lo hiciera con un mochilero. Pensamos cómo hacer para descubrirlos *in fraganti*. De pronto, ¡eureka!, se nos ocurrió comprar una botella de sidra y talonarios.

Así, fuimos a realizar nuestro ‘Banquete Teatral’, como si nada. De pronto avisamos a los dueños del lugar que íbamos a realizar una rifa con la botella de sidra y necesitábamos que además de la entrada le dieran al público un numerito, tratando de que no se avivaran de que ésa sería una manera de controlar el acceso. No podía ser, cada noche venía mayor cantidad de gente y nosotros cobrábamos menos.

B. enseguida salió a la calle y regresó con grupos de personas que, al entrar reclamaban su número para el sorteo. Enseguida la dueña bajó a decir que eso era imposible. Al final tuvo que ceder.

Empezamos la función. B. parecía Berta Singermann, micrófono en mano. ‘Sos Berta’, le decía yo, y era como que lo irritaba simpáticamente. “Soy B. sin un *man*’, respondía entre la queja y su risa nunca ocultada. Hasta que llegó el momento de anunciar el sorteo de la sidra. Al toque, mucha gente comenzó a protestar: ‘¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! Yo también saqué la entrada y no me dieron ningún número’. Otro grupo saltó desde el fondo reclamando lo mismo. La cara de B. al escucharlos es algo inolvidable. Bronca y asombro, pero igual gozaba y se reía como un justiciero a la hora de consumir

su venganza. Mientras me decía, con la boca entrecerrada, para disimular: “Viste, viste. No les dieron sus números’. Desde el escenario enseguida comenzamos a preguntarle a los de la boletería: ‘Pero cómo, ¿y ellos? También tienen derecho a ser premiados’. Se armó un quilombo total. Habían más de cien personas y sólo declaraban treinta.

En Babilonia hacía gestos y sacaba juguetes de todas partes. Se sentaba en la pista y mostraba collares de mil colores, un osito de acrílico precioso al que presentaba como su amante embalsamado y después de los poemas, guardaba cada cosa lenta y prolijamente sin salir de escena.

Era un maestro. Una noche se armó tremendo quilombo por cierto número que hacía con Darío, al que llamaban ‘Carmen, La Casta’. Carmen se abría los cantos, mostraba el orto y Klaudia la violaba arrojándole soda con un sifón mientras Carmen se pasaba vaselina y le susurraba: ‘Sos peor que un camionero’. Enseguida simulaban una disputa gallinácea entre travestis. Los de Babilonia se rayaron porque, según ellos, el público al principio se reía, pero pasado ese momento pronto reclamaba y reclamaba: ‘Pero ¿qué es esto? ¿qué estamos viendo? ¿Por algo así pagamos entrada?’.

También venía gente que nos tiraba la mejor onda, como Pompeyo Audivert, Las Hermanas Nervio, Las Ricuritas, las Locas como tu Madre, Baby Pereira Gez.

También preparamos una seudonovela. Se llamaba ‘El Charro Maldito’. Era maravillosa. Ensayábamos los domingos y lunes a medianoche. B. personificaba a una tía loca, Otilia; la heroína era Damián Dreizik. El galán mafioso, llamado Esmeraldo, lo hacía Adrián Blanco. Klaudia con K era la esposa de un peón y Peer Zeenegan el maestro de ceremonias. B. el único que no tenía texto, entraba y hacía lo que se le antojaba. La tía mejicana era onírica, entraba chirriando y enseguida se acostaba sobre un sillón donde hacía el ejercicio de la bicicleta. O bailaba cumbias con un sólo

zapato. No hablaba, no tenía necesidad de hacerlo. Es más, cuando estuvo muerto me parecía que de pronto comenzaría a recitar en cualquier momento, rodeado de globos en lugar de orquídeas, esa flor del *status* que tanto despreciaba en vida.

CONCHITA CANCELLER

...era tal el escándalo en los camarines...

Los camarines de Mediomundo Varieté eran un caos, había sólo ese ropero viejísimo, muy alto, que alguna vez fue blanco. Los que integrábamos la cooperativa teníamos que ubicarnos ahí. Mucho alcohol y otras yerbas. Se tiraban dardos de un lado al otro, siempre por cuestiones de guita o promoción y cartel, parecía mentira, incluso en el *underground*. Algunos querían ser dioses. El público presentía lo que pasaba. Era tal el escándalo en los camarines que muchos se paraban en una banqueta de madera para poder espiar.

B. salía con su plumerito entre el público, plumerito que pasaba sobre las zonas prohibidas de los muchachos que elegía para actuar tras un biombo. Tal vez les diría: “La vaca no da leche, se la quitan”.

GIRANDO A ROSARIO

*B. jugando con Maradona
solitos, solitos en la de Boca.*

Fito Páez

Estábamos en Rosario, con Jorgelina Zubeldía, la Garbo Travesti del Di Tella, horas antes de una función en el desaparecido Discepolín. Decidí buscar al traficante de hongos alucinógenos, que cantaba como un eslogan mientras hacía el paquetito: “Y recuerda que/ el mescalito es tu amigo y entiende que/ el mescalito es tu aliado/ Siempre hay/ otra forma de amar...”. Era un tema de Omar Serra, otro genio rosarino. Él, junto a B., me esperaban caminando por la peatonal. Sería mejor que fuera solo. “Y aquí me tienen, tengo hongos, casi más de cien, ayer llovió. Cuántos querés”. “Cuánto cuestan...”. “Y, tres por diez.” Me resultó medio atrevido de parte del tipo al que ya habíamos invitado al show con su mujer, ya se había hecho pagar tres cervezas, ya había comido no sé qué y etcétera. De pronto algo sonó desde la calle, parecía una moto y el *dealer* me dejó al cuidado de su enorme tesoro dentro de una caja de zapatos. En un segundo, coloqué dos de ellos en mi bolsa de piel de hueco. Cuando volvió eligió cuatro y me dijo que iba uno más de regalo. Pero en total, en verdad, había siete.

Salí por la ciudad vieja en un tranvía, dentro de la bolsa los hongos se movían como pulpos o sapos más que humanos. La ración daba para B., Jorgelina y yo. Ya el pintor Horacio Pétre, junto al B. Ode, se habían agenciado los suyos por otra línea. Entramos todos a un nirvana alucinante. Incluso B. y Jorge García. Tuve que subir al escenario arrojado por un empujón de Jorgelina. Había casi trescientas personas, era 1982. Entré al escenario haciendo chirriar el micrófono y de pronto vi a B., creyendo estar en su casa, sacudido por los primeros “golpes” de los hongos, preguntándome: “Fernando, ¿Cuándo llegamos a Rosario?”.

Toda la gente se rió. B. insistía: “Vamos a Rosario, vamos, vamos”. Siempre interfería, por ejemplo, yo cantaba un blues ‘Desesperada... la mariposa...’ y entonces B. venía y me decía “No sufras, pronto llegamos a Rosario”. Pero a la vez la banda Tetra Brik, que estaba tocando, dejaba de hacerlo y se sentaba o tiraban por el piso hablando con apariciones, dobles tal vez. Yo me saqué el cinturón y les daba latigazos como a leopardos amnésicos. B. me ayudaba porque bailaba en esos giros y evoluciones casi por sobre las cabezas de los espectadores. Para mí, para Jorgelina, para nosotros, para el grupo *Speed*, para B., fue el show del siglo. Para los que pagaron, para los habilísimos que se colaron, para Andy, para Pato, para Mariano Guzmán, para Gianni, para el Gran Omar con su monólogo “Yo soy la reina”, para todos nosotros, los hongos fueron un verdadero regalo del cielo.

RITA CORTESE

...su caballito de batalla...

Con B. me veo hablando por teléfono y descomponiéndome de risa, no por los chistes, sino por cómo me los contaba. Otra imagen: ya cuando estaba enfermo, tuve que viajar hacia La Plata. Estaba medio deprimida por el largo tranco en ómnibus. Subí, entregé el pasaje y en eso veo a Alejandro Urdapilleta, Humberto Tortonese y B. Barea sentados en el mismo micro y comenzaron los gritos, el escándalo del casual encuentro. Alejandro y Humberto no paraban, casi tiramos las valijas por la ventanilla. Si seguíamos así nos iban a bajar en medio de la ruta. En cambio, B. viajaba muy callado. Era su época de silencio.

Nunca me olvidaré de la movilización contra los carapintadas, todo el mundo gritando “No pasarán”. No sé cómo aparecí sentada en la Casa de Actores. Enseguida, frente al Sindicato, vi acercarse a B., cada vez más mujer, cada vez más mina. En medio de ese quilombo inmenso en que estaba el país, llegaba a averiguar por qué se había suspendido la función no sé de qué. Comenzamos a charlar. Antes de que él llegara yo estaba hablando con otra gente y, claro, esas personas que también eran miembros de la Asociación Argentina de Actores, comenzaron a tomar distancia de semejante personaje. O sea, ocurría lo de siempre, lo marginaban inclusive los comunistas, los marxistas, los trotskistas y todos los caretas. Además, a B. no lo vieron todos lo que dicen haberlo visto. B. no era actor, sí un artista con propia belleza acabada en sí misma. Me electrizaba cuando lo escuchaba con su caballito de batalla escrito por Marosa Di Giorgio, La druidesa fascinante: “Los hongos nacen en silencio, algunos nacen en silencio. Otros como despertados por un leve alarido o un leve trueno, unos son blancos como el azúcar, otros rosados. Ese es gris y parece una paloma. Cada uno de ellos trae y eso es lo terrible, la inicial del muerto de donde proviene. Yo no me atrevo a devorarlos.

Esa carne levísima es pariente nuestra”.

**DAMIÁN DREIZIK Y CARLOS BELLOSO
(LOS MELLI)**

...comenzó a acalorarse el ambiente...

Estábamos ensayando, preparando nuestro primer trabajo sobre la natación, conjuntivitis, ojitibitis, en el Para, con grandes gorros rosados, cuando B. nos descubrió. Dijo que le gustamos. Era un vigoroso muchacho de voz aterciopelada. Después le mostramos “El Pinchacerebros”. Siempre nos traía elementos para nuestro número. Llegaba tratando de sorprendernos. “Ah, descubrí algo para ustedes. Cositas”. Un día apareció con una postal de juguetes en relieve. Eso. B. era de juguetería. Al ver sus trabajos y comentarle “¡qué bien estuviste, B.!", respondía: “No, no me digan eso”. Nunca buscaba el aplauso. Cuando actuaba parecía un ajeno ejecutante, un objeto hasta para sí mismo. Era muy fuerte verlo rompiendo lamparitas, mordiendo un limón mientras abría el gran libro con talco entre las páginas. Trabajamos juntos tantas noches, también en la seudotelenovela “El Charro Maldito”. Todo improvisado ante el público. B. era capaz de chupar un hielito y la gente se reía como cómplice.

Nadie podrá olvidar el homenaje a Niní Marshall. En la primera fila del teatro estaban Carlos Grosso, Julio Bárbaro, Cernadas Lamadrid, Horacio Salas, rodeando a Niní, además de mil personalidades y todos los medios. Había un clima de respeto, casi pesado. Actuaron primero Antonio Gasalla, Cecilia Rosetto, nosotros, hasta que entró B. y todo el mundo del camarín salió a verlo. Al principio efectuó una danza suave y a la vez espasmódica. En un momento de su concentración comenzó como a centrifugar el escenario y hacía unos movimientos de danza ahora sí perfectos, pero de pronto cortó para decir que iba a recitar un poema escrito especialmente por Alejandro Urdapilleta. Se largó con “Sombra de conchas”*. Entonces comenzó a acalorarse el ambiente, los que estábamos con él no podíamos creer lo que escuchábamos:

“Un aplauso para la concha de Tita Merello, que todavía ruge...”. La cara de Carlos Grosso, que se iba hundiendo de a poco en su butaca. Niní Marshall parecía atónita, incluso deslumbrada cuando en un momento la señaló mientras recitaba: “Y a usted, concha famosa...”, Niní se rió a carcajadas. Ya la mitad del público lo quería linchar, pero la otra mitad estaba de pie ovacionándolo, algunos se trenzaron entre ellos, sólo faltaba que todo el mundo atacara a todo el mundo. B. salió con custodia policial, parecía Jim Morrison. No fue algo para nada ofensivo. Era un hecho poético y escatológico, pero con tal nivel que no podíamos contener la risa. Al mismo tiempo lo veíamos en vivo y por el monitor. Fue dinamita, algo increíble. Lugar en donde actuara B., después era nuestro. Él colonizaba y nos hacía invitar, además de advertirnos ciertas cosas. En síntesis, era quien nos guiaba.

También estuvimos en Uruguay, el día anterior a su muerte. No pudimos ver la función porque llegamos justo para nuestra noche. Quince minutos antes de entrar a escena alguien nos dijo: “B. acaba de morir”. Nosotros, duros, hicimos toda la función. Después de terminar nos largamos a caminar por Montevideo, caminar y caminar sin rumbo fijo, hasta el amanecer.

En la función de B. muchos uruguayos le sacaron fotos, algo demacrado. Hay una en la que él tiene un vasito de plástico y una mantilla. Esa foto está reproducida en tamaño enorme y apareció un año después, cuando instalamos durante el verano una especie de rancho-bar, en Cabo Polonio con un escenario triangular que apuntaba al atardecer y donde vendíamos *caipirinha* y cerveza. Un día, tres muchachos pusieron esa foto de B. en un mástil del rancho. Todo el mundo comenzó a comentar. Era extraño, llegaron esos tres tipos con sus motos y colgaron la foto de B. Douglas Vinci vino especialmente a verla y mucha otra gente. Había un pibe uruguayo que trabajaba con nosotros en el barcito y que nunca había conocido a B. Una mañana lo vimos colocando unas monedas debajo de la foto. Le preguntamos por qué hacía eso. Él respondió que estaba poniendo

plata para devolverle un favor al Santo. A los dos días se había corrido la voz de que era un iluminado. Una noche apareció toda la plata que nosotros estábamos necesitando —cincuenta mil uruguayos—. Ese fue el primer milagro que B. realizó. Te lo juramos por B.

***SOMBRA DE CONCHAS**
DE ALEJANDRO URDAPILLETA

Conchas con olor a teatro
camarines con olor a concha
¡conchas! ¡conchas!
Bretes de corpiños y caireles
copa va, copa viene
y el bulto magno que me enceguece
desde tu entrepierna almibarada
gloria de tu bragueta
parsimonia de transeúntes
carroña que masco
y leche
y al final telones
y cenitales
pelucas de pétalos
alas de cuarzo
bambalinas en el alma
rimel en el culo
130 putos frente a un espejo
todos descuartizados.
Vocación de concha
¡conchas! ¡conchas!
Libre albedrío
y una montaña
y atrás el fuego
y la huella de tu chupón en mi nalga cruda.
Medialuna de árabes,
matanza de chinos,
saqueos de fiambrerías,
cuatro conchas que arrastro con mi changuito

más cinco que llevo puestas
son nueve conchas
leche condensada
pan lactal
y esperma
como un pulpo esa concha enorme
se va acercando
ya cubre todo el Parque Lezama
¡conchas! ¡conchas!
Potras de crines blancas
cayendo en los precipicios
¡conchas! ¡conchas!
Cisnes que alzan el vuelo
y escupen sangre desde las nubes.
Conchas que se derriten,
conchas ruborizadas,
conchas famosas,
¿concha peluda?
ponele *spray*
y atrás de todo mi muerte negra,
dientes de raso,
pestañas grises,
aplausos para las conchas
¡vivas, vítores y clarines!
aplausos para el deseo
como una baba.
Aplausos para la luna
que tiene concha.
Y para la pava del mate
que también tiene concha.
Aplausos para el becerro
y el vellocino de oro

y para tu concha
tan elegante.
Tu concha de firmamento
de algarabía
y de sentimiento
¡aplausos para la concha de tu madre!
¡y para la de Tita Merello que todavía ruge!
aplausos para mil conchas de camarines
conchas postizas,
conchas de llantos,
conchas de risas,
conchas que crujen,
conchitas diminutas, liliputienses
y grandes conchones profundos...
¡En fin!
¡A la Gran Concha Argentina Salud!

GUILLERMO KUITCA

...silencio muy raro para una discoteca...

B. vino a una de mis primeras muestras y me hacía comentarios insólitos, descabellados. Le encantaban las camitas que dibujé en ese época y hablaba de lo identificado que se sentía al verlas.

Después me invitó a Cemento, dónde recibía acostado justamente sobre una gran cama. Sentado en un extremo me leía un cuento y alcanzándome lápices y papeles reclamaba que le hiciera al menos un dibujito.

Acto seguido, meó adentro de una bacinilla. Todos podían verlo. Y era una mezcla de risa histérica y asombro impresionado. Había cierto silencio muy raro para una discoteca. Dibujé una camita sobre una de las paredes de cemento. Enseguida me comentó que a partir de ese momento ese sería su dormitorio para siempre.

GRACIELA COSCERI (EX MESCALINA)

...como un coro en triple tono...

Lo conocí a través de Beby Pereyra Gez. Viví con ella en el mismo hotel pero en diferentes habitaciones. Enseguida nos hicimos amigas y Beby siempre me decía: “Por qué no vas hasta el Rojas a conocer El Clú del Claun, no sabés cómo te van a gustar esos chicos”. Yo no iba, todavía cantaba en los *pubs*, que no es lo mismo, y desconocía a todo este mundo. Entonces Beby organizó un ciclo para los lunes del Parakultural, en el que yo me presentaría cantando, como invitada del Clú del Claun. Decidió presentarme

primero a Walter. Lo fuimos a buscar al bar La Ópera. Y ahí estaba con su pelo cortito casi blanco, platinado. Lo que me impactó era esa imagen que contrastaba con la formalidad casi excesiva. Después le vi un bolso enorme, su Bolsomóvil. Hablando tan formal: “Ah, mucho gusto, sí, tú eres Graciela”. Tenía una forma de tratarte que enseguida te enamorabas. No era la onda *flash* tipo El Dorado, sino dos cosas, ese tono monocorde y seductor y su figura sin rótulo. No podías decir solamente, este chico es homosexual o este chico se droga o este chico, no sé, es un *underground*. No. Él era él. No sé cómo explicarlo. Sentí que iba a trabajar con alguien que me daba seguridad, contención, porque ya sin conocerme me trató de una forma que a mí me gusta y poca gente sabe. Es que B. podía leer en la sensibilidad ajena, como si fuera un libro. Él sabía lo que ocultaba la mirada de cada uno. Después continué en el Parakultural porque a Omar Viola también le gustó y todo el mundo aplaudía mis canciones. B. empezó a incluirme en la mayoría de sus *performances*, incluso fuera del Parakultural como en “El puré de Alejandra”, que hicimos en el Rojas y en Liberarte con la increíble Lizzie Yohai, divertidísima, Erico Villanueva y Ana Frenkel.

Después me invitó a su casa. Éramos vecinos. Me quedaba noches y noches con él. Hablábamos sin parar. Cuando llegaba el momento de acostarnos, B. se iba a su habitación y yo dormía en el gran sofá que estaba al lado de la biblioteca, siempre me dejaba un libro. El primero que me dio para leer fue *El poder de Nombrar*², que había leído en lo de Beby, porque en realidad también fue ella la primera que me lo mostró. No me animé a decirle que ya lo conocía, porque lo oí decir “Leé esto”. Y pensé que mejor sería ocultarle que ya sabía quién era el autor. Sé que hizo conmigo lo mismo que antes con otras personas. Esa cosa como de adoptar por un tiempo a alguien y señalarle caminos. Esta vez había llegado mi turno.

Yo siempre con mis problemas en las piernas, que me dolía un

² *El Poder de Nombrar*, de Fernando Noy, Ediciones Último Reino.

pie o una rodilla. Él sabía lo que a mí me pasaba y nunca me olvidaré cuando me quedaba a dormir en su casa. Siempre se levantaba primero, venía con un mate enorme en el que mezclaba yerba con yuyos y me traía uno a la cama hasta que se me pasaba un poco esa rigidez de la mañana, y mientras tomábamos mate, hablábamos de Beby Pereyra Gez. Nos habíamos agarrado con Beby, nos habíamos ensañado con cariño. ¡Cómo nos reíamos! Llegaba la noche y él me llamaba por teléfono o yo a él y nos quedábamos horas hablando de Beby. O charlábamos de cualquier cosa, pero luego volvíamos a Beby y a sus trabajos con Emeterio Cerro. Él detestaba la teatralización exagerada y toda esa manija. Beby no se imaginaba nada de esto, pero los dos la queríamos. Era tan gracioso. Con sus bromas, sus dardos y petardos. Los dos sabíamos del inmenso talento de Beby como actriz. Las cosas de nuestras vidas, al fin tenían que servirnos para poder reír un poco. Él venía a casa algunos domingos. Traía un arrolladito de crema con chocolate. Angélica, mi madre, preparaba los raviolos y después de comer nos íbamos hasta el Hospital Moyano comandados por Helena Trittek y con Juan Goldín, que ahora vive en España. Actuábamos para sus “novias” en la cantina del neuropsiquiátrico. Ellas, cuando lo veían, se les venían encima y era impresionante cómo B. las dominaba sin tocarlas. También la Trittek. Todas decían “B., B.” o “Helenita, Helenita”, parecía un murmullo al mismo tiempo doble como un coro en triple tono, al cuadrado.

Hasta que empezaron las fiebres. Una mañana su madre llamó a la Obra Social. Vinieron en la ambulancia. Walter asintió en que lo acompañara. Pasaba largos períodos sometido a antibióticos, cantidades de remedios y mucha cama. Hasta que salía de eso, volvía a funcionar, pero a los cuatro meses ¡zás!, de nuevo la fiebre y después, a los seis meses. Nadie sabía qué tenía.

Una tarde me llamó para cantar algo en la disco de Ramos Mejía,

Crash. Fuimos Urdapilleta, La Pochocha, Klaudia con K, él y yo. Teníamos que pasar por Once y tomar el tren, justo en ese horario cuando la gente hace mucho despelote, entran por las ventanillas y arrasan con todo. B. sabía de mi fragilidad y tomó todas las precauciones. Subimos al tren y él me llevaba como abrazada, además del bolso y una valijita de madera verde en la mano, cargándome como a un instrumento y logramos sentarnos uno frente al otro. Arriba de su valija de madera colocó una servilleta, sacó un paquete de Rumba, que son mis preferidas, las puso sobre la servilleta y comimos los dos. El malón que viajaba nos miraba alucinado. Antes de llegar a la estación de Ramos Mejía, nos pusimos de pie y no sé cómo hizo, pero en medio de la multitud nadie me rozó siquiera.

BEBY PEREYRA GEZ

...esos ojos tan limpios...

Para entender su arte, sólo era cuestión de ver cómo succionaba un limón a través de una red para ruleros y los elementos son conjugados de manera arbitraria, para al fin rematar el número con una palabra gloriosa, un poema.

A través de los pasillos oscuros del Parakultural lo sigo hacia su camarín. Suspira y me mira con esos ojos tan limpios. Con bata brillante, una tacita de plástico, pulseras. Insiste con que “nuestros números son juegos de química”.

Cuando lo visitaba en su casa, apenas llegaba me calzaba unas enormes pantuflas chinas con picos de plástico de dragones y plantilla. Hasta que una noche de invierno lo encontré vestido de mujer en plena calle y al confesarme que tenía miedo, espiaba hacia todas partes. Me pidió que lo acompañara hasta Pippo a comer unos fideos y contarme nuevos secretos.

TOM LUPO

... la gente
pedía más...

Compartíamos el amor por la misma mujer: Alejandra Pizarnik. Fuimos los primeros en inventar recitales con sus poemas, casi imposible de encontrar en esa época.

Nos conmovían cosas diferentes de Alejandra. Por ejemplo, B. elegía: “Es tan lejos pedir y tan cerca saber que no hay...”. Yo retrucaba diciendo “Lo único malo de la vida es no ser lo que queremos pero tampoco lo contrario.” Y él luego: “Sobre todo, mirar con inocencia, como si no pasara nada. Lo cual es cierto”. Yo pensaba un segundo y mi memoria me dictaba “vida, mi vida, que has hecho de mi vida” y él en el apogeo de su fascinación giraba tieso, inmutable y parecía hablar con la mirada mientras se golpeaba el pecho “yo, digo yo, pero me refiero al alba luminosa”.

Nuestro coloquio podía volverse interminable pero B. curtía el efecto de la síntesis. Salía con su palazo fúcsia mientras la gente pedía más. Y yo concluía: “la soledad es no poder decirla”.

Cierta noche B. organizó una gran despedida tipo fiesta para recaudar dinero, porque se iba definitivamente hacia Brasil.

De verdad estaba todo el mundo bastante bajoneado ya que no lo veríamos como casi todas las noches. Logré llevar el móvil de mi programa *Submarino Amarillo* donde, en medio de un emotivo reportaje con lágrimas de despedida y todo eso, me dio un beso en la boca. Reapareció como si nada diez días después, sin dar explicaciones.

También me parece verlo en Mediomundo Varieté, ya casi amaneciendo, como una mandrágora en un ambiente muy pesado. Dando su recital sin importarle nada, mientras las otras coperas pisaban con sus tacos las incontables “pitucas” arrojadas por el

suelo o los papeles metálicos de todos los colores que ya habían sido utilizados.

UNA NOCHE EN COTORRAS

...la escena estuviera en cualquier parte...

Él inventó un dominio propio, además del esplendor que proyectaba en fiestas muy *sui generis*, como aquella en un bowling Cotorras de la calle San Juan, con la dueña anciana tomando pisco y sin darse cuenta que los parroquianos fumaban marihuana, naturalmente como si nada. “Estos tipos están en la pomada”, comentaba la vieja, que jamás se alejaba de la caja registradora. Eran fiestas paupérrimas, en apariencia, pero ahí estaban Liliana Maresca trayendo en bicicleta sus obras plásticas para ambientar, Luis Yssaly con La Nueva Trola Cubana, Marcia Schwartz, Horacio Petre, Graciela Mescalina, los hermanos Fontanet, y el B.Ode con su *fanzine Speed* que programaba todo. Aparecieron Fito Páez y Fabiana Cantilo, Marta Minujín, Alejandra Britos, Fernando Bedoya, Emei, Vera Land, Tom Lupo, Soledad Silveyra, María Moreno, Lorenzo Quinteros, Elsa Cicuta, Olga Nagy, Marta Serrano, el fotógrafo Alex Kuroptawa, la Gran Marcova, Jorgelina Zubeldía, que bailó desnuda como lo había hecho una semana antes en la capilla del Centro Cultural Recoleta. Cada uno en sí mismo, parte de otro show al margen. B., como los derviches, giraba sin parar, igual que las gitanas borrachas de música de Sandro o los monjes en su celda trapense. B. y Batata, el primer payaso travesti de la historia, iban a entrar a escena, aunque la escena estuviera en cualquier parte. Beby Pereyra Gez anunciándolo decía: “Que la noche aplauda y la luna ilumine sus pasos. Corran todas las cortinas de su imaginación, Ha llegado B.”. Eran más de las cuatro de la mañana, la noche estaba en pañales. Había que aprovechar.

BODE

...alguien que se animó a ser...

A este personaje parecido al fabricante de maniqués mecánicos de *Blade Runner* recorriendo las calles del Abasto, reciclando una Babel de aparatos y retazos con los que se preparaba para cada actuación, ya lo había visto desde el colectivo arrastrando un chango repleto. Después lo volví a ver pero ante el público, las luces apagadas, aparecía mordiendo un limón envuelto en hule, lanzando poemas de Alejandra Pizarnik, justo en el tiempo que no teníamos acceso a su poesía, que estaba casi desaparecida.

El silencio en sí era como un espacio buscado para ubicar cada gesto, cada movimiento, cada matiz. Personaje sonámbulo de un chico que pareciera no saber lo que hace.

Al hablar de B. es casi inevitable referirse a uno mismo. Reunió multitudes de cosas entre ellas, el grupo-fanzine *Speed*, algo más que la excusa para una fiesta. Bajo la esfera *Speed* surgieron esas primeras multimedias en lugares tan insólitos como un pub llamado Cotorras, La Verdulería de Madanes, Cemento, Mediomundo, Babilonia, el Rojas o algún club de barrio. En estos encuentros siempre estaba B. Tomaba cosas de lo clownesco y lograba mezclar el poema con la murga y el varieté, llevándolos hacia su propio lugar, que era él mismo. Cualquier intento de definición o clasificación de B. se hace agua frente al diseñador de tan inolvidables farsas. Rara vez sacábamos para cubrir mínimos gastos, pero B. siempre estaba y su presencia nos aseguraba el disparate. Al amanecer era conmovedor verlo arrastrar sus bolsos y cacharros hasta la parada del colectivo. Dentro del dudoso concepto de épocas, los ochenta comenzarían con el Café Einstein y terminarían con B. Una tarde del tórrido verano del ochenta y cuatro me lo crucé vestido de chaqueta y pantalones psicodélicos, collar de perlas de plástico y zuecos colorados. Ahora este *look* ha sido de algún modo industrializado. Otra tarde lo

encontré en una librería de usado, buscando una cassette de Sandro y Los de Fuego o de Azucena Maizani para sus futuros números. Como en un cuento diría: “Érase una vez alguien que se animó a ser”. Bien vale el poema de Luis Aragón “La sombra del amigo/ la escritura”.

Es casi imposible mostrar el mecanismo secreto que anima la cofradía, esa familia adoptiva que uno se gana en la calle. Aquella noche yo me había quedado sin techo y él me dijo que podía dormir en su casa. Al llegar insistía que durmiera en su cuarto. “Mis invitados siempre duermen en mi propia cama”. Me quedé una semana.

FABIANA CANTILLO

...poetas que nadie nunca había escuchado...

Con Fito fuimos a verlo a una fiesta de las primeras que se hacían siguiendo un poco el estilo del Café Einstein, pero en un bowling. Al verme me arrastró a un rincón que parecía su camarín. Alguien trajo café mientras un periodista lo entrevistaba. Me enamoré de él al escucharlo decir: “No quiero ser célebre para nada o Mi lugar está en el *under*”. Después me pidió consejos para cantar dos canciones de María Elena Walsh. Sin saberlo, en medio de esa hecatombe, él estaba organizando una revolución. Su alegría era contagiosa, como un regalo de bodas en la que los novios nunca aparecieron.

Como el show fue tan corto, porque había muchos otros, me llevó de la mano hacia un taxi, y después el *flash* fue mucho más fuerte al verlo en el escenario del Parakultural homenajeando a poetas que nadie nunca había escuchado, menos a esa hora señalada por el amanecer. Tomó mi agenda. Escribió solo una B y su número de teléfono. Desde entonces, cuando me llamaba, podíamos hablar de tantas cosas, pero nunca de su tremenda y última batalla.

Igual sorprendió su final, pero como dice Tanguito: “Allá a lo lejos puedes escuchar a un amor de primavera, que anda dando vueltas”. En síntesis, no sentirlo perdido.

FITO PAEZ

...un fabuloso desmitificador...

Alejandro fue el primero que conocí, después vino Humberto y enseguida B., el gran perturbador. Con una violencia muy solapada pero a la vez poderosa. Una de las personas más relajadas que he conocido. Con las siliconas y todo ese rollo sólo quería llevar adelante una idea capaz de cumplir —sin traicionarse a sí mismo— con la expectativa de los otros. B. tenía su lugar y, sin saberlo, zafaba de la estética travesti.

Cuando alguien es tan real y consecuente, especialmente para este mundo, resulta demasiado peligroso. Unía delirios de traspaso y saludos respetuosos como aquel abrazo con el que me sorprendió recibéndome en un lugar adonde yo todavía nunca había aterrizado, el Parakultural. Fueron ellos quienes me dieron, junto a Fabi Cantilo y pocas personas más, las claves para zafar en una época brava, tremenda de mi vida. Me hicieron sentir que de verdad tenía hermanos, personas con idénticas raíces. Mandalas en que coincidíamos, códigos súper secretos.

A B. todavía me parece verlo en “Bolivia” con su vestido que le caía divino, el pelo rojizo de gitana, sirviendo tortas fritas y preguntando inquisidoramente: “¿Qué hacés, qué estás haciendo?”. Pero ahora que logro remontar la historia, me acuerdo que con B. ya nos habíamos visto antes, en el Cervantes donde, junto a El Clú del Claun, representaba a Margarita de *La Dama de Las Camelias*. Toda una premonición.

B. encarnaba la parodia, el teatro de lo inmediato, el arte que se hace con lo que hay y por lo que hay. Transmitía la acrobacia de una

nueva y deliciosa sexualidad. Lo que más me atraía en él era su forma de disponer y dominar las situaciones. En un momento podía leer un poema de Alejandra Pizarnik y hacerte bolsa pero enseguida te recuperabas con su humor. Era una época en la que todo se volvía dantesco. B. lograba lo contrario. Con Alejandro y Humberto tenían pasta de auténticos improvisadores, incomparables humoristas.

A pesar de su enfermedad nunca sintió miedo, ni tampoco al final cuando, sacudido de fiebre, salía a actuar suave, relajado, como si no pasara nada. Sin pudores estéticos ni límites preestablecidos. Era un fabuloso desmitificador.

La última vez que nos encontramos fue en un bar de Palermo, ya se olfateaba su derrumbe. Con Cecilia nos pusimos a llorar. Se había operado. No había nada que decir, pero igual le comentamos: “¡Cómo te vas a soldar las siliconas con Poxi-Rán! Dale, vamos a ver a un médico”. El respondió con una carcajada y desapareció, apurado, entre las mesas.

B. PASA

*...el amor es una boca ardiente
respirando su vaho
por las veredas...*

Pedro Lemebel

Nos maquillábamos, a veces, con lápices robados en *Harrods*. Cuando íbamos a la tienda, primero entraba B. con aquel mantón de manila y andar de tenista. Nosotros esperábamos, disimulando entre los mostradores, con Carmen La Casta. Era un *shock* generalizado. Cruzaba como Boris Becker, oliendo un jazmín, mirando al mismo tiempo todas partes. Entraba por Florida y salía por Paraguay. Se detenía a oler probadores y se iba diciendo: “Muchas gracias”. Los talones colorados estrenaban zapatos de plataforma negra. Las medias rosas, la minifalda verde. Seguridad, clientes y vendedores se detenían fascinados. En ese preciso instante con La Casta llenábamos bolsas y bolsillos de lápices, cremas, perfumes y rubores. Todo caía velozmente. Nadie se ocupaba de mirarnos. Enseguida salíamos por Florida mientras él doblaba por San Martín y ya en Córdoba daba saltos de impaciencia. Veíamos su lazo rosado. Después venían las típicas convulsiones de risa. Había que rogarle que la cortara. Pero él no se asustaba con la policía. Es más, su sueño era hacer un video en el que por exigencias del libreto pudiera abofetear a un comisario. Me insistía con eso y con que le escribiera el argumento de un *comic* que debía dibujar Miguel Harte. Uno de sus favoritos, junto a Pablo Suárez, Marcia Schwartz, Gumier Maier, Schiliro, Sergio Avello y ahora más no recuerdo.

HUMBERTO TORTONESE

...cada vez más brillante...

Ahora, a la distancia, lo siento como una presencia, siempre dando vueltas. Ya en tierra era una imagen de ángel de la guarda que también andaba por ahí. Esta es la etapa de purificación de todo lo suyo. Además creo que hay que hablar de su enfermedad. No se puede negar la verdad completa de todo lo que ha pasado. Y mucho menos olvidar aquello que llevó a B. a ser quien era. A veces siento como un reproche porque me hubiera encantado tenerlo muchísimo más tiempo. Igual, lo poco que estuvimos juntos, pude disfrutarlo. Luchó contra un montón de cosas que no estaban bien y de movida las enfrentamos, aunque tampoco se pueda. Así uno a veces llega a cierto punto en que empieza a destruirse y él, de algún modo, lo hizo. Lamento que haya sido justo cuando estábamos comenzando tantos proyectos. Me encantaba esa cosa con el público, ese magnetismo que sólo B. tenía y hay que remarcar. En aquel momento, el Parakultural no era para todo el mundo, generaba y funcionaba para una especie de *élite*. Recuerdo que estaba con Alejandro Urdapilleta en el Para, todavía no habíamos armado el trío y de pronto descubro a B. en una escena increíble y casi me desmayo de la risa. Cierta gente trataba de entender qué pasaba y no había que entender nada, tan sólo disfrutarlo, en vivo y en directo. Casi encima.

Siento que además de disfrutar, después de trabajar con él, me quedaron cosas que todavía sigo descubriendo. Hay momentos en que lo invoco en presente: “B., ¿dónde andás?”. Estás acá, seguro que seguimos juntos.

Al principio todavía no hablaba de su enfermedad, sólo uno o dos amigos lo sabíamos, hasta que empezó a necesitar comunicarlo. Eso salvó un montón de cosas. Personalmente me hace bien saber que me lo contó. Enseguida me sentí más unido a él y le dije que si tuviera leucemia o SIDA, me daba lo mismo, porque si te dejo a causa de una

enfermedad, sea la que fuere, es algo espantoso.

B. forma parte de un cuento, una leyenda, por algo cuando hacen las notas ponen “el mítico”. Pero apenas lo pudieron conocer. Tenía cuarenta grados de fiebre y él continuaba, se lo veía transpirar y temblar a veces pero igual, dentro de todo, seguía cada vez más y más brillante. Al mismo tiempo no era una lucha de B. contra nadie en específico, su lucha era de él, por él y para él. Una pared que avanzaba y crecía haciendo cosas. Incluso podía no estar bien pero él ni se daba cuenta.

Después de B. vino otra época. Ahora comprendo ese apuro casi exagerado por meterse en todas partes. Era para que lo conocieran. Una noche estuvo en el programa de Badía y él lo presentó con el nombre equivocado pero B. ni se inmutó, siguió hablando como diciendo “Yo vine hasta aquí para contar esto y acá estoy diciéndolo, si me entendés o no, qué importa. Hablo de cualquier cosa y a ver quién puede callarme”. Badía tal vez propuso a su equipo: traigan algo nuevo...

Aunque, definitivamente, hay gente que no puede meterse en ciertas cosas. Eso pasa seguido en la Argentina, si alguien no logra entrar, choca, como B. Ahora también podrían decir, porque está muerto, “Qué bárbaro”. Chocolate por la noticia.

También recuerdo otro escándalo que armó en el Maipo, durante el estreno de *Familia de Artistas*. Cuando todos aplaudían a rabiar, B. gritaba “No les da vergüenza”, en medio del caretaje. Todo el mundo chistaba para tratar de callarlo. A mí eso me divertía mucho. Veía que estaba provocando algo que uno realmente al fin tiene que hacer como persona o artista, y además como para exorcisarse. También pueden venir a criticarnos a nosotros, pero sabemos qué contestarles.

Por la calle él iba, ni miraba, tal vez no se daba cuenta que su aspecto ahora sí llamaba la atención. Seguía su ruta con una calma, una paz, como traspasando las cosas. Cuando fue a visitarme a mi departamento, yo tenía una vecina psicóloga joven recién recibida,

toda muy correcta. Tocaron el portero, y escuché al atender que abajo se había armado otro típico despelote. Es que la vecina ya había bajado y al verlo no le quería abrir. Yo oía cómo él le pedía permiso para pasar y mientras le gritaba que ya bajaba a abrirle escuchaba a B. alterado diciendo cosas como hija de puta, conchuda. Es que cuando se enojaba la vecina y con razón, lo hacía de un modo incontrolable. Cuando llegué a planta baja ella, al verme, se retiró en silencio.

Al subir traté de calmarlo, por un corto rato siguió furioso, hasta que empezamos a ensayar los poemas que después encenderíamos en el Rojas.

PERSISTENCIA

*Atrás la noche
con un gemido de bruja
...que se come los ojos.*

Daniel Link

Creíamos que Margotita Moreyra, aparentemente accidentada la noche anterior en la oscuridad del camarín, no volvería a la segunda función. Pero ahí estaba ella, desde hacía una hora, esperándonos, dispuesta más que nunca a dar su clase de *Kamasutra*, con moretones ocultos en las medias negras, sus ligas y el pelo blanco de interminables tinturas, quemado en luz.

En la entrada de Babilonia, unos apuestos anfitriones con racimos de uva sobre la bragueta recibían a los aventurados, con el vaso en la mano. “La resaca sólo se cura con resaca”, comentaba B. a la actriz Vanesa Miller, acompañado por Nelly del Paraná, que a su vez lo llevaba como a un muñeco cantándole: “B., B., B. mío, pedazo de cielo que Dios me dio...”. En otro espacio se habían instalado teléfonos *hot line*, de gran demanda y mucho éxito. Sexo verbal. Para eso, nada más apto que un argentino. Hablaban y hablaban por las cabinas del Banquete Erótico. De todos modos, en la segunda noche algunos artistas no volvieron. Demasiado alcohol, la típica gana que se acaba, el falso y ridículo pretexto de intoxicación con mariscos. Por eso los que llegaban a la última función valían casi el doble y se distribuían por los lugares estratégicos. B. era el comodín. Apareció de la mano de un morocho de ojos verdes con la camisa traspirada. Lo mostraba como a una presa de su colección y el chongo estaba loco con él, siguiéndolo hasta cuando se retocaba el maquillaje o entraba al baño. Y salía recién media hora después, como si nada, acomodándose los pelos antes de entrar al escenario.

RODRIGO FRESÁN

...córtenla...

Laura Ramos escribía una nota sobre la movida y nos llamó a B., Juan Forn y a mí. Yo había visto a B. varias veces en el Parakultural. Su sola presencia era transgresora en el sentido clásico del término, quiero decir que mientras sus *partenaires* gritaban, se movían, él aparecía con un globito en la mano y bastaba para producir algo inquietante. Hubo toda una cuestión para hacer la foto. Juan y yo estaríamos sentados en una especie de sillón. B. apareció con su bolso enorme. Estaba el fotógrafo, pero Laura no había llegado y a B. se lo veía muy preocupado con qué ponerse. Al no existir ninguna mirada femenina sacaba un sin fin de ropas de su especie de camarín ambulante. Se lo veía un poco desorientado. Vivía el momento como una situación dramática y trascendente pero Juan y yo en verdad nos cagábamos de risa. Acostumbrados a considerarlo un personaje, más que una persona. Durante la espera B. comenzó a contarnos su escándalo con el Padre Lombardero. Decía que lo había excomulgado, que todos los tipos como él deberían ser ajusticiados y para él la cosa venía como muy negativa. Dijo que iba a ir ese domingo a misa vestido de mujer para que Lombardero lo apuñalase frente al altar. Mientras nos contaba esa historia Juan y yo nos partíamos de risa pero a la vez, y esto es lo interesante de la perspectiva, también B. se estaba riendo de nosotros. Aunque a él, en el fondo era como si nada le resultara muy divertido. Se podía vislumbar una especie de tristeza espantosa que había detrás de todo su juego. No le causaba ninguna gracia lo que pasaba, no le causaba ninguna gracia tener que contarlo y tampoco que se rieran de él mientras lo estaba diciendo. Tan saludable, esbelto, payaso, a pesar de haber incentivado siempre su vena cómica, era una especie de Súper Diva. Después nos empezamos a enredar con las poses, al extremo que el fotógrafo tuvo que decir “Córtenla, no se hagan tanto los locos porque me van a echar y esta foto no va a salir

publicada nunca”. Al fin editaron una muy formal, los tres sentados en el sillón. Juan, B. en el medio y yo.

B. vivía en *Twins Pinks* y de pronto quiso venirse a la Argentina. Pagó un alto precio por eso, pero fue muy generoso de su parte, venir y mostrar cómo era *Twins Pinks* traducido al *uso nostro*. Parecía extranjero, era un legítimo *outsider*. Su función consistía en desconcertar. Después cada uno podía con ese desconcierto hacer lo que quisiera.

LAURA RAMOS

...mi corazón de perra...

(...) Amigos míos, días atrás, en el Viejo Parakultural, el mejor aguafuerte argentino trepidó mis sentidos cuando, pasada la madrugada, se largó el show *Tres Mujeres Descontroladas* con B. Barea, Alejandro Urdapilleta y Humberto Tortonese.

Venía yo de fatigar la Recoleta, apaciguando mi espíritu con los perfumes de flores, los té de hierbas y la música gansa de El Portezuelo, cuando la lluvia torrencial pudrió flores, hierbas y gansadas y me arrojó en el sótano de la calle Venezuela. *Él se escarba los dientes con un palo de escoba / escarba en verdad mi corazón de perra*. Puerto Montt estalló desde los parlantes y B. revoleó el torso sobre el público. Los largos mechones de su peluca amarilla surcaron los aires y latigaron el rostro de Urdapilleta. El joven Barea hacía remolinos con los brazos y sus anillos de largas flores de plástico barrían con todos los objetos que encontraban a su paso. Si quieres refrescar tu alma de veras, amigo mío, contempla la tertulia de tres poetas argentinas: Herminia, María del Carmen Suárez y Alma Bambú.

“Ay, si los ciruelos dieran nueces/ los nogales nuez moscada/ si las alegrías estuviesen petrificadas/ como huellas en la nieve/ cómo

sería el paisaje/ si mi corazón se abriese como una compuerta/ y de allí saliese el niño que fui/ todo envuelto en carcajadas/ para ponerse a bailar sobre una hoja seca”. Alejandro Urdapilleta —actor notable, un trágico, un poeta, Alma Bambú— sorteó las risas del público y acomodó sus posaderas junto a Herminia/ Humberto.

“¡Agua! ¡Agua! ¡Agua! Eso voy gritando/ por las calles y plazas/ ¡Agua! ¡Agua! ¡Agua!”.

Herminia, su delgadez enfundada en un camisón blanco de seda, estola de piel y moño de gasa, rechazó el vaso de agua que le ofreció Alma Bambú. Las carcajadas del público sacudían el teatro.

“¡No quiero tomarla!”, y la arrojó al mismísimo diablo. “¡No es mi boca la que pide agua! ¡Es el alma seca y reseca que se rasga!”. Herminia estaba verdaderamente fuera de sí y te garantizo que era la Alfonsina más lacerante que jamás haya atravesado mi corazón...

Siento como un despecho con la gente cuando se ríe. Desde el personaje a veces les digo cosas: ya te va a pasar a vos también, pienso —dice Humberto Tortonese—, la poetisa loca como una cabra que se ríe a destiempo, un actor que empezó recitando Gustavo Adolfo Bécquer con su tocado de profilácticos amarrado a la cabeza y siguió recitando a Alejandra Pizarnik, Delmira Agustín y los poetas que conmueven su alma. Después de todo eso, amigos, vi a B. hacer *play-back* con una especie de Doménico Modugno que susurraba: “Pensaba en ti/ en el misterioso viajero de mi ser”.

Entonces entendí que, con todo y las gasas y las margaritas, el aire del Parakultural sigue oliendo a pólvora, aun cuando ya no suene un sólo tiro de sus malditas paredes.

HUGO BAREA

...esto acá pasa seguido...

Muchas cosas hay para hablar de mi hijo, pero pueden poner que hizo milagros. Nosotros teníamos un mercado que ya no trabajaba

más, pagábamos tanto impuesto, al final no nos servía para nada. Un capital muerto, entonces, la piba de diez años que había actuado con Walter en la Recoleta, Luciérnaga, apareció con quinientos pesos que le había pagado B. Yo me quería morir. Si el padre no ganaba eso ni en una semana. Antes de morir dijo que nos haría vender en un mes el mercado y a los treinta días llamaron por teléfono.

Cuando él tenía diez años, era alto, elegante. Vinimos a una fiesta, acá, en la Capital, por intermedio de una señora, y mientras charlábamos con el Dr. Tato, en la mesa del casamiento, él, muy resuelto sacó a la hija del doctor a bailar. Fueron el comentario de la reunión. Cuando volvió de Colombia y lo fui a buscar en el coche a Ezeiza, dentro de un sobre de banco me regaló mil dólares. No los quería y él tanto insistió que los tuve que recibir. Cuando eran niños yo pasaba mucho tiempo en el negocio. Siempre que volvía ya estaban por acostarse. Walter y Ariel se iban a dormir temprano. Él, de chiquito, había elegido esa pieza. Ahí se la pasaba estudiando o escribiendo o leyendo, ni se enteraba. Lo que me llamó la atención es que veintidós veces nos asaltaron en el Mercado, las veintidós veces él estuvo ahí pero los chorros nunca lo vieron. B. estaba atrás de todo, en su cuarto. También, el mercado tenía setenta metros de fondo, andá a buscarlo.

Me acuerdo de una semana en Mar del Plata, plena temporada, desaparece por dos días. A la mañana fui hacia la comisaría y me dijeron que me quede tranquilo: “Debe estar de joda con los muchachos”. “Usted calcule, esto acá pasa seguido”, y era verdad. Apareció al otro día, de noche. Se había encontrado con unos amigos que lo invitaron a su quinta en Los Troncos. Era verdad lo que alegaba. No tenía que pedir permiso para hacer ciertas cosas. Para mí, se estaba independizando muy aceleradamente.

ALEJANDRO URDAPILLET

...especial para las aventuras...

Andábamos los tres en el mismo *travelling* eterno. Él era parte de esa historia, cada uno con la suya y su mamarracherismo encima. Estábamos todos en eso, no es que sólo B. hubiera creado la onda de la libertad. La libertad existe en cada uno y a veces puede o no desarrollarla. Tampoco pienso que fue una deidad llegada para mostrar otra historia. Yo creo, como él, que los seres somos todos radiantes. Hemos llorado juntos hasta por nimiedades como cuando pasábamos la música de “Las Fabricantes de Tortas”, muy boluda y B. me decía: “Cuando seamos viejos vamos a llorar juntos”, pero llorábamos ahí al toque. Le pedí disculpas en más de una oportunidad por diferentes asuntos. Él a veces me llamaba por teléfono para disculparse de ciertas cosas que nos perturbaban. Ahí yo le decía por teléfono, gritando, “Mirá, yo no soy tu marido, ni tu novio, ni tu amante. No tengo ningún contrato con vos”. Por cosas como ésas de ir a un lugar al que nos invitaban después de la función sin saber adónde y ahí nos pasaban videos, nos mostraban cosas y mientras tanto él se ponía a hablar con el que me gustaba a mí. “No me vas a sacar el chongo”, le advertía, y ahí sí empezaban las peleas. Al otro día era un duelo de horas por teléfono, pero siempre en el escenario venía la renovación, nos reíamos de todo lo pasado y así siempre. B. renacía y yo renacía y Humberto renacía recordándonos todo. Y eso es lo que más extraño ahora, el teatro de mostrar hasta los pliegues del culo.

Un día le dijo a Liliana Pérez, una amiga que colaboraba con nosotros y estaba deprimidísima: “Pero bueno, no importa, lo mejor viene después de la muerte”. Tal vez para levantarla de la depresión. Qué lindo, pero a la vez da horror tener que morirte para estar bien. Algo tremendo sucede cuando alguien sabe que tiene que morir pero no te lo dice. Son cosas concretas. Hablando con pedantería, es como Shakespeare, cuando vos te acercás a una escenita que tiene poder. Pero ¿qué es el poder? Lo que quiere es algo concreto. Puede

ser una poronga o un collar de tu madre o los zapatos y las medias y el peinado de tu tía, hacerte el peinado de tal otra. Un rayo de eso, que tanto querés y al final conseguís, pero las cosas deben ser muy concretas cuando son tan reales. No la generalización, esa frivolidad de decir B. era de tal o tal forma. No se puede sólo decir la “Diosa” que era, simplemente, porque hay más.

Incluso los propios dioses tienen sus partes de barro, que se deshacen, el viento se las lleva. Madame Bovary dice en un momento: “Nunca toques a los ídolos porque te puede quedar dorado el dedo”. Hay un borde desde el que yo puedo hablar y está todo así, pero hay que conocer la parte de atrás del mascarón de proa.

Nada de lo que yo pueda decirte va a mostrar lo que era ese personaje. Nunca hizo algo malo, lo único, defenderse de todo a su manera. Él era la poesía personificada. Un artista que prevenía la catástrofe. Alguien que va frente a una gran caravana y si ve un precipicio, vuelve y lo anuncia.

Siempre tenía problemas con las autoridades, estaba en contra de todo lo que fuera represión, prejuicio, negación de cosas, esa fue su lucha para que la gente fuera más libre, no como un héroe, sino divirtiéndose. B. creía que las formas son ficciones y lo valioso está en el contenido. Siempre se conectó con la poesía, con el arte, no confiaba en su talento, se basaba en su falta de talento y usaba eso para sobresalir, para joder por otro lado. Nos reíamos siempre de la parte mariconada del teatro y de la vida, eso de estar perfectitos, la ironía de lo perfectito. Él se ponía en su escenario y era. Si te gustaba, bien, si no, jodete. Lo de Humberto Tortones, B. y yo era una mezcla de tragedia, lirismo y risa donde siempre estaba presente la muerte. Hicimos una obra premonitoria: *La caída de la pluma*.

Ahora hay que seguir rompiéndole el culo a la gente, hay que rellenarlo los agujeros para algo que valga la pena.

Al final de sus días, saber que estaba enfermo lo había vuelto muy raro y difícil.

Cuando realmente comenzamos a hacernos amigos fue con las murgas. Habíamos hecho muchas cosas pero ahí compartíamos más la aventura porque B. era especial para las aventuras, para el desconche, para irse al carajo. Nos divertíamos como locos.

BACKSTAGE PARAKAFÉ

B. Barea, Alejandro Urdapilleta, Humberto Tortonese.
Camarines.

Sábado, 4 abril de 1991.

2:00 am. Grabador escondido entre tules. Cámara oculta entre tules.

B. con peluca negra, vestido de negro, medias caladas, repasa sus poemas.

Humberto intenta amortiguar el enredo de sus pelos con gigantescos rulos. Esperan su turno para entrar a escena.

B.: Ay Dios, qué frío... ¿no?

H: Y yo que no puedo todavía ponerme esto.

B.: Esta obra parece un viaje a las estrellas.

La cámara toma las piernas de B. y se oye una voz del camarógrafo: 'Che, qué frío... Y esas medias, ¿las compraste o te las regalaron? Están buenísimas'.

B.: No, las compré... Me costaron casi cien dólares, es lo único que tuve que comprar, después todo me lo regalan.

Travelling hasta un cuarto oscuro, en el fondo, se ve a Humberto a media luz, en cuclillas y de espaldas forcejeando aún con ese aparato y su melena desbocada, de pronto se pone de pie y mira algo entristecido.

H: Así quedé... hice cualquier cosa, ¿no? Pero bueno.

B. y Camarógrafo: risas.

B.: ¿Sabés quién parecés? La mujer que hacía *shock*.

Dan vueltas en el camarín buscando entibiarse un poco.

Las dos se pegan chirlos, cada una a sí misma, para espantar el frío.

Los auto-cachetazos duran hasta terminar confluyendo en los aplausos que dan el llamado perfecto para empezar.

Caminan los dos por un pasillo atravesado de ramas de gomero y telgopores descascarándose.

Urdapilleta sale de su camarín y de un salto hace la entrada en escena. Lleva una camisa blanca, vaqueros, tetas triangulares y fuma un cigarro de plástico fluorescente. Se confunden las voces:

U: Estoy bien, ahora sí, vamos...

—Ah, qué horror, ahora esta gente que espera y hay que darles cosas, siento asco.

B: Las carpetas, no olviden las carpetas.

—Somos tan mamarrachas— susurra Urdapilleta.

Penetran en el *hall* que debiera ser del Teatro y se presentan:

—Somos las LLL o sea Lesbianas Libres Latinoamericanas.

(Ovación que aturde).

CUIDADITO

*...Oren por el artista que no podran olvidar nunca, jamás
y volverá por amor.*

Fló (mensajero extraterrestre)

Su médico le había informado, con la casi imposible intención de tranquilizarlo, que sólo mejoraría si descansaba por lo menos dos o tres meses.

B. no lo escuchó. Siguió buscando su cura consultando a otros especialistas, siempre acompañado por la increíble Nené, pero al fin todos le aconsejaban algo parecido.

Una doctora le hizo estallar la paciencia al recomendarle permanecer en cama durante casi un año. Ya su fatiga estaba por volverse crónica y la tuberculosis se vería potenciada al no tener la defensa de un prolongado descanso conjunto a una dieta que lo haría engordar, algo secretamente horroroso para su gusto.

Debía parar un poco con ese ir y venir a dos o tres o cuatro lugares programados en su agenda, cada noche. Salir a la una de la mañana arrastrando esos bolsos cada vez más enormes. Hasta su amiga clarividente ordenó un retiro entre árboles, tal vez Córdoba o cualquier zona de clima parecido. B. hizo todo lo contrario.

Restablecido por propia decisión, no quiso hablar más de sus enfermedades.

Sin temor al peligro, se inyectó siliconas que después comprobamos eran para máquinas industriales. Prefería esos senos a morir sin sentirse deseado, sin pasión. Además la condición novedosa de ser mujer lo distraía un poco y daba otro sentido a su búsqueda. Ser mujer incluso lograba divertirlo, a pesar de todo.

No sería descabellado pensar que después de este fatal injerto en su coraza de Valquiria *Made in San Miguel*, haya contraído lo que

después detectaron los últimos exámenes: SIDA.

Su madre sostiene que al fin y al cabo, con esa operación clandestina, B. se acabó por suicidar.

Una frase de Alejandra Pizarnik estaba escrita a mano en los panfletos que su otro yo, Sandra Opaco, seguía repartiendo por todas partes como si nada: “Vendré, aun muerta volveré, si es que al final llama el amor”.

SERGIO DE LOOF

...con su gran voluntad de ser mujer...

A veces comentaba que pensaba dejar El Clú del Claun y me transmitía su secreto deseo de ser mujer. Quería ser amada por ellos. Todo su travestismo fue el intento de convertirse en objeto del deseo de un hombre. Eso me enseñó a integrar el amor y su propia caricatura, marcada por ciertas pasiones. B. apadrinaba a tanta gente que sin él quedó bastante abandonada. B., un hábil y extravagante convocador de personajes inverosímiles: La Pochocha, Lizzie Yohai, Nelly del Paraná, etc. Conozco infinidad de personas que se pierden en la locura de organizar algo o no, de fracasar o no, de aparecer o no. B. era al revés. Aparte de que en lo íntimo lo veo casi religioso, entregado al Amor por sobre todo. Contradictoria: tenía lolas pero se ponía unas poleras enormes. Venía siempre a Bolivia. Como modelo era *kitsch-chic*. Me frecuentaba y yo iba al Parakultural a aplaudirlo. Me acuerdo de un vestido anaranjado que había sido de Evangelina Salazar y mientras me contaba qué había pasado en la fiesta de Ruth Benzacar yo podía imaginar la inmensa casa vacía por donde de pronto pasaba un vestido color Fanta, de gasa con burbujas a lunares. Venía volando y se los comía a todos. Teatralmente sus imágenes con la silla de ruedas me empezaron a resultar demasiado *darks*.

De tanto ir al Parakultural de pronto me dije: “Esta gente tiene que comer algo”. Una actitud así de mí mismo ni me la esperaba, maternal, paternal, lo que fuera. Es el momento de hacernos un puchero, una empanada gigante. La casa estaba a la vuelta, le pusimos “Bolivia”, B. iba a cocinar bocaditos de queso o huevos quimbos, con su gran voluntad de ser mujer y chef al mismo tiempo. Venía a “Bolivia” y aconsejaba: “Poné esta luz así o asá, poné esto aquí o mejor allá”. Hasta que al fin, en “El Dorado”, quiso ser mi mesera. Estaba sin plata, enfermo. Me agarraba en los corredores para decirme con voz grave: *¡Ay cuánto te lo agradezco!*. Con eso al menos comía, y me

daba algo de paz. Pensar en él es ser un poco él y esto hace que al fin de cuentas no exista una noción de pérdida. Pero no habrá otro que pueda llamarse así, como un clavel que muere más clavel que nunca y vos de pronto decís sólo eso: Clavel y ahí está.

Después de B. me consuela aceptar la fatalidad como algo simple, sencillo, incluso normal. Muchos de los seres vivientes, en el fondo, están más muertos que los muertos. Sin necesidad de reencarnar. Acepto que se haya ido como cuando llueve. Uno se moja en medio de la calle, con la ropa recién puesta. Y es verano.

ALBERTO SEGADO

...se servían de despojos...

Me entusiasmó tanto *La Carancho* que convencí a varios dinosaurios de la escena nacional para ir a verla. También a Alfredo Alcón, Helena Tasisto, Juanita Hidalgo y tantos otros amigos. Era un espectáculo sin antecedentes. Estaban exponiendo un producto típico de la era menemista, no porque fueran seguidores de Menen, sino porque se servían de despojos. Los tres ahí arriba lograban crear a partir de retazos, cachos, cosas. A pesar de que ese Presidente fue una catástrofe para nuestra cultura, yo veía que ellos, sobre las propias ruinas, igual seguían construyendo algo fundacional en nuestro teatro. Unos construyen pero casi todos destruyen. Y pocos construyen sobre lo destruido. Como ellos. Se salvan porque no quieren salvarse. Ni más ni menos.

CARLOS POLIMENI

...la suerte juega mucho...

B. tenía una actitud parecida a la militancia respecto a su

promoción. B. con o sin tetas. Invariablemente una vez por semana llegaban los tres y esperaban en la entrada. Recuerdo haber salido a atenderlos. Se veía que andaban todo el tiempo juntos y a la vez estaban esforzándose en ese minuto que tenían para explicar todo, con gacetillas fotocopiadas en la mano. En cada puerta de una redacción la suerte juega mucho, siempre. B. no sé cómo, se hizo amigo de alguien en la entrada y franqueaba la puerta hasta que un día llegó, se metió en mi oficina, cerró enigmáticamente la puerta y me dijo: “Tengo algo para mostrarte”. Yo pensé en otra gacetilla delirante y divertida, pero se abrió el camperón y tenía un par de tetas que en verdad no me disgustaron. Primero pensé en una broma, creí que se había puesto unos tomates, unos pomelos, unos limones pero al tocarlas me di cuenta de que no. Una novia sin tetas más que novia es un amigo y un hombre con tetas más que un hombre... Además pueden ser uno de los principales atractivos de las mujeres. Me gustaron sus tetas. Tenía una inocencia y descoloque que seducía a todos. Lo he visto al lado de Urdapilleta y Tortones. B. parecía una tía buena moza que de pronto entra a una orgía pero tampoco quiere estar desubicada. No sé cómo transmitir eso que hacía crujir al Negro Fontova, alguien que vive de la comicidad, descostillándose de risa con cosas que los demás no percibían, sentado justo a mi lado, en el Rojas.

ALEJANDRA FLECHNER

...más fuerte que los lazos de la sangre...

B. era como un astronauta payaso, alguien que no pertenece a éste mundo y hacía algo muy particular, propio, nuestro.

Se podía establecer junto a B. una relación persona a persona, además en el Parakultural todas la teníamos con él. Estábamos horas y horas en esos camarines llenos de humedad, que dejabas una ropa y a la semana siguiente tenía plantas. Todo se compartía, era como

vivir en una pensión, o sea que ahí estás cara a cara, nadie nunca tan ávido como tampoco muy desconectado.

Era un tipo realmente valioso, pero el mito que se hizo de B. lo armó él mismo. Por lo cual en este caso no funcionó tanto el clásico que la muerte pone en un pedestal, él ya con su vida diaria iba escribiendo su historia. Creo que eso era intencionado, pero desde un lugar contracultural, no desde: 'Yo quiero ser B., y quiero que escriban...'. Era casi desde un espacio ingenuo y de juego. Su casa, por ejemplo, ya era un museo en sí de tantas cosas. Iba escribiendo la propia historia con testigos, pero no en el nivel de competitividad occidental. En eso era medio marciano.

Si me pregunto cuándo o cómo conocí a B. en verdad no podría ubicarlo en algún momento exacto, por lo tanto prefiero decir que desde siempre. Recorriendo tantas imágenes me parece verlo junto a Olkar Ramírez y Gerardo Baamonde antes de Los Peinados Yoli, en mil novecientos ochenta y tres cuando ya existía El Depósito de Gustavo Fouiller, Las Gambas al Ajillo.

Una vez viajamos hacia Mendoza con los tres y María José Gabín embarazada de nueve meses. Nos hospedaron en una especie de cuartel. Íbamos a trabajar en teatro municipal y entre otras cosas nuestro repertorio incluía *Caperucita Rota* de María José y cosas por el estilo.

Me parece ver la imagen de B. con el pelo platinado tipo *La caída de los Dioses*, totalmente 'viscontiano', tipo Helmuth Berger, el protagonista de la película o su madre en la ficción, Ingrid Thulin.

B. era una mezcla de los dos, especie de hijo fruto de la relación incestuosa que Visconti planteaba. B., como Urdapilleta o Tortonese, están en esa categoría diferente. Gente que 'nos somos'. Algo tal vez más fuerte que los lazos de sangre.

B. era una persona sin carga, ni karma, totalmente etérea. Ese tipo de ser que llega a lo nuestro en común. Aquellos que no pertenecen a nuestro mambo, ni bien surgen enseguida lo detectamos.

Siempre por algo oscuro, una mancha en la frente, pero no desde el razonamiento moral sino a causa de la vida y sus antenas.

También nos contenía a todos.

Cuando conocí en Madrid a su primo Gastón Troiano se me voló la cabeza. Supe partes increíbles de su verdadera historia y pude comprender que de verdad, al fin de cuentas casi nadie sabía nada de él.

Además, nunca hablaba de su pasado. Los temas eran onda: pagaste el alquiler, bien cotidianos. Pasábamos charlando de tantas cosas en la húmeda y divertida cripta del Parakultural, cuando ya llegaban más de trescientas personas, en una comunión que obvio, al final, tenía que darse. Mucho Fernet con cola, culos al aire, humo prohibido y en medio esa blancura que irradiaba B.

Logramos coincidir los designios del corazón relacionados con lo que uno no sólo espera, sino exige de esta vida. Hacer como él, lo que quisiera. Cuando generalmente el vínculo con lo exterior devora al artista, acá pasábamos del pantano final de una horrible dictadura a estar juntos, cada día, como si fuera la primera vez.

LA GUERRA DEL PANFLETO

*Agarrado a los trapos escasos, de los muertos que plagio
yo trato de creerme su hermano
y fracaso: mi calaña descuida el recato...*

Charlie Feiling

Siempre que podía me invitaba a “hacer prensa”. Ya sabía en qué consistía . Los cuatro paseos y cien gacetillas en sobres baratos. Si fuera posible, dejadas en mano o simplemente en las porterías. A cualquier hora del día o de la noche. Un cuadrado de acciones que comenzaba en Radio Continental, adonde teníamos que subir hasta un ascensor del fondo rumbo al primer piso. Yo prefería esperarlo enfrente, leyendo los diarios del Tortoni, tranquilo, conociendo sus demoras. O me iba hacia la librería cercana donde volvía a verlo aparecer simulando que nuestro encuentro era casual. Antes, B. ya le había preguntado a la cajera: “Dígame, ésa que está ahí, ¿no es la famosa bailarina iraní?”. Al señalarme, me saludaba y yo aprovechaba el estruendo para esconder debajo de mi agenda algun buen libro. Después me pedía autógrafos, se colgaba de mi hombro. Todavía recuerdo a la mina de la librería roja de furia porque percibía que la estábamos cargando.

Después había que continuar hasta los lejanos talleres de “Diario Popular”, bajar a “Crónica” y de allí seguir caminando hasta Editorial Atlántida, pasando por “The Buenos Aires Herald”. Era en el Herald donde descansábamos sentados sobre dos enormes sillones de cuero verde. Luego, salíamos a todo vapor rumbo a *Página12*, La Rock & Pop, *Clarín*, *La Nación*, las agencias, con ese tubo de ascensores y los suplementos de provincia. A veces el baño, sin que se dieran cuenta, terminaba usado para otros fines. Nuestro graffitti era: “Muera el Vip, Viva el Oasis”, quedaba estampado con *rouge* en los espejos.

La larga lista continuaba por los canales y los otros tres cuartos más

del cuadrado, que habíamos aprendido gracias a Silvia García Gerghi y Ana Albarellos, legendarias promotoras teatrales. Y a lo último, después de *Perfil*, un subte hasta otra radio para empalmar con *El Cronista Comercial*.

¿Quién no estuvo tentado alguna vez de poner su número telefónico en las revistas de sexo? O al menos leerlas. Así se podía topa con un singular Sandra Opaco, teléfono, tarifa y horarios. Era la continuación de su batalla con los panfletos, gacetillas, programas, subtes hasta Correo Central para enviar treinta cartas, casi todas las semanas.

Nené asegura haber quemado más de mil cartas dirigidas a su alter-ego: Sandra Opaco. Acaso lo que no comprende es que esa mujer era la misma que se retorció de desesperación en la obra del Rojas.³ Con sus inquietantes bíceps arremangados y las tetas de ámbar, recién estrenadas.

Una noche, en el Parakultural, casi caigo preso. Apareció imprevistamente la brigada de toxicomanía. Justo esa noche con Grace había transado cincuenta gramos bien pesados de la mejor marihuana envueltos como si fueran una porción de pizza. Cuando entraron, por suerte estaba cantando en el escenario, acompañado por el grupo Tetra Brik. Era un ejército de civil hambriento. B. subió para decirme, muy grandilocuente: “Loco, seguí cantando y si tenés hambre, tomá un poco de tu pizza”. Los músicos me acompañaron todo lo que pudieron pero ni imaginaban el canuto que oculto, a esa altura, estaba a punto de resbalar de mis axilas. Mientras B. hablaba con los canas en el mostrador. Los músicos, al terminar con el último tema, me dejaron sobre el escenario y como si fueran bises seguí improvisado con mi pandereta que por suerte no había olvidado. Los canas se

³ *La desesperación de Sandra Opaco*, Ciclo Lengua Sucia, Centro Cultural Ricardo Rojas.

fueron. Después, enseguida corrimos hasta su casa.

B. sirvió un desayuno en la cama mientras copiaba apurado, apoyado directamente contra el piso, un largo poema que había escrito para él y necesitaba urgente, a las cinco de la mañana, como si nada raro nos hubiera sucedido.

CRISTINA BANEGAS

...lo que está haciendo no le cuesta nada...

Me invitaron para uno de esos reportajes delirantes del Parakultural, cuando los tres iban de bata de cola, a lunares, vestidos de andaluzas, con abanicos estropeados. No recuerdo las preguntas porque supongo estaba un poco borracha, pero sé que eran insólitas y delirantes. Después, los volví a ver haciendo la tertulia de poetisas. Otra sorpresa. Dentro de lo que es habitualmente “El Teatro”, solamente hay ráfagas en las que aparece un verdadero cambio. Alguien está arriba del escenario e inexplicablemente deja de ser un actor interpretando y logra volverse ficción, sueño, fantasma. Como B.

Siempre nos encontrábamos en sitios comunes, reuniones de amigos o comiendo en Chiquilín.

Juntos B., Urda y Tortonese eran una desmesura de energía, un escenario ellos mismos, un torrente de angustia y a la vez la parodia de la parodia de la parodia. B. daba el contrapunto perfecto, con una economía expresiva bien calculada. Aparte de crear ese estado donde el espectador piensa que lo que está haciendo no le cuesta nada. Una hiperfluidez, como si literalmente levitara sobre la escena. Una recuperación del ritual. Si hubiera que dar un ejemplo siempre hablaría de la *La Carancha*. Ellos lograban no desvincular al teatro de lo sagrado.

CECILIA ROTH

...muchacha mordida por los perros...

No creo que se depilara para convencer a nadie de que era una mujer, estaba más allá de las mujeres que recreaba, típicamente enloquecidas, vestidas con lo que fuera pero puestas en tu camino como un alerta.

Antes o después de los senos, siempre fue para mí lo mismo: esos tacos, el vestido hecho pedazos, nada de mujer *chic* ni de rigor, una muchacha mordida por los perros, con sus trapos de luces, deliciosa y siempre apurada. Tal vez el no tener un límite acabado y la mezcla de maquillaje entre *vedette* y *clown* le daban esa chispa. Hablaba como pronunciando un mantra. Su libertad daba miedo por que ponía en evidencia tu propia limitación. Me recitaba, mientras llenaba sus bolsos con el vestuario usado, un poema de Adelia Prado: “El muchacho acabó de almorzar y se escarba los dientes en la terraza/ El pajarito picotea/ y arroja sobre el pelo de hombre/ excremento y cáscara de alpiste./ Me parece feo escarbarse los dientes./ El muchacho sólo hizo la primaria/ y habla tan errado que araña/ Pero tiene unas nalgas de hombre tan seductor/ que me quedo amándolo perdidamente/ Muchachos como éste/ adoran comer rápidamente:/ bife con arroz, rodajas de tomate/ e ir al cine / con aquella cara de inevencible debilidad/ para los pecados capitales/ Me pone tan íntima, simple/ tan a flor de piel el amor/ el samba canción/ el hecho de que vamos a morir/ y qué buena es su heladera/ el crucifijo que mamá le regaló/ la cadena de oro sobre el frágil pecho que.../ Él se escarba los dientes con un palito/ escarba en verdad mi corazón de perra”.

Una noche, en el programa de Antonio Gasalla estaban “Las Tres Mujeres Descontroladas”. Alejandro y Humberto dijeron lo suyo, B. debía recitar algo, justo en televisión, donde equivocarse, tener fallas puede resultar terrible. De pronto, veo que se traba y después de un silencio interminable, dice: “No puedo, no puedo, no puedo”.

B. no disimuló su *gaffe*, ni tampoco se retiró. Ver a alguien que no puede con todo el aire a su disposición me conmovió de verdad. Era una señal. Su despedida.

LA GRAN MARCOVA

Las conozco a todas desde que compraban en Casa Olga o Etam, menos B., que apareció de pulcro adolescente. Los seres como nosotras necesitamos tener una curadora que nos vaya marcando el momento del fin, porque, en resumidas cuentas, nos desmedimos, somos demasiado. Una ópera, un ballet, un desfile de modas, un libro, cualquier espectáculo, todo tiene su momento final, pero nosotras, entre las que por supuesto incluyo a B., no paramos nunca. Es algo que nos chorrea a borbotones y cada vez pedimos más y más. Nada nos cansa. Estamos más frescas a las seis de la mañana que antes de la medianoche. Entramos y hacemos dar vuelta al resto del mundo. Si queremos, logramos la ovación.

Hay que curar, en el sentido de poder detenernos, pararnos. Si no, que comiencen a pagar cada segundo extra de felicidad que les ofrecemos.

A B. me lo presentaron en su época de taxi *boy*, le decían Billy Boedo y realmente cuando lo vi pensé que era un super macho. Casi me enamoro, y eso que soy difícil de enamorar. Después supe que era *clown*. Él repetía: “Yo soy B., yo soy B.”, subiendo y bajando de la nada. Resultaba adorable, sobre todo por su acento campesino. Pasados doce años, lo descubrí una noche queriendo ser mujer. Estaba actuando sobre una pista de patinaje junto a Margotita Moreyra. Llevaba medias de red coloradas y tacos altos. Muy ansioso por conocer mi reacción ante su nueva imagen, por eso no le dije nada. A la semana lo reencontré junto a Marta Minujín en una *vernissage*. Después fuimos a cenar. Fue ahí que B. me encaró preguntándome: “Cómo hacés vos, Marcova, para ser tan mujer sin recurrir al travestismo y todo eso, porque a mí hay cosas que no me salen”. Me contó que como mujer la miraban por la calle, pero siempre se daban cuenta que era un tipo. Yo le comenté: “Ser mujer es una danza eterna”. Di en el blanco, comenzó a llorar, disimulando

con sus grandes manos y la servilleta. No sé por qué se habrá impresionado tanto. Pero esa reacción definía su estilo, su marca final, su nacimiento como hembra. B. era una chica tan fresca. En otra fiesta, cuando salimos al balcón, le dije lo que esperaba y para mí ya era cierto: “¡Ahora B., al fin te veo mujer!”. Enseguida me dijo: “Mujer, pero no para servir al hombre”. Yo insistí: “¿Cómo, no te gustaría pararte en medio de todos y mientras te bajás el escote, decirles: sirvansé, sirvansé, sirvansé?”.

JULIO SUÁREZ / QUIQUE CANELLAS

...la rima de la nada...

A Cemento llevaba una fuente llena de chinchulines que arrojaba a la gente y aunque todos se manchaban, igual reían a carcajadas. B. era el mismo arriba o abajo del escenario, eso lograba un mayor impacto en el nuevo público inclasificable. En Mediomundo llegó a hacer de anfitrión. Recibía y presentaba a las personas. ¿Y aquel número, con Tortonese, en una reposera, adentro de un barco?

Cuando estuvo en *Fax*, el corito armó una canción para él, “Estaba la Reina Batata...”. Antes lo habíamos visto recitando el poema de Irene Gruss “Grito de sapo” en el fugaz Parakafé montado por Viola, cerca de la Plaza Dorrego: “Grito de sapo... cro, cro... viene hacia mí desde las nocturnas chacras. La vacuidad de mi profundo hastío rima con él, con el sapito. La rima de la nada. He pedido peras al olmo. Los saboreo. Son deliciosas. He pedido gato por liebre, me lo han dado. Es divertidísimo. Me contaron historias libidinosas a la luz de la luna. He visto el anochecer cuando amanecía. Volé con cada gesto, con cada palabra y soñé, soñé, soñé con la realidad”.

MORIA CASÁN

...un toque de oxígeno...

Cuando empecé el programa *A la cama con Moria* enseguida pedí que lo buscaran. Lo conocía sólo por comentarios. La productora Martha Tedeschi, tan eficaz, lo encontró rápidamente. Al verlo recibí un *shock* de ternura y me conmovió, además de la originalidad absoluta de su arte, la falta de contaminación.

Era sensacional. Otro abridor de cabezas. La cama que hice con él fue inolvidable. Al único que invité tres veces. Y los medios adoraron. Dijeron que era un toque de oxígeno y verdadera trasgresión. Arrancaba incluso muecas de horror pacato.

Yo quería que el público se fuera acostumbrando a ver cosas zafadas en mi programa pero esto era *too much*. Al fin, igual resultó maravilloso.

Tenía esa chispa, esa dosis de verdad y locura que le diferenciaba de otros artistas. Con él me divertí muchísimo. Disfrutaba al verlo llegar con una banana en la bolsa. El suyo era un grito de muchas sonrisas arrancadas a contrapelo.

VAIVENES

*Aquellos que se ponían guirnaldas en la cabeza y bebían del mismo
vaso en el cumpleaños de Whitman
no soportaban que un simple muchacho de servicio de mesas
pasara sin un respiro a ser ama de casa consciente.*

María Moreno

Con sus personajes de historieta Araca, Cala y Jaca, B. armó un fanzine. Él le dijo a Mariela Govea en el pasquín “La Medusa” de Seedy González Paz: “Leí *Las viejas putas* de Copi. Me gustó tanto que a los tres meses estaba dibujando. Yo no escribo, ni quiero escribir pero igual dibujo y escribo al mismo tiempo”.

A partir de personajes estrambóticos y de textos cortos como *haikus*, sobre páginas en blanco o fondos de collage, B. recreaba en historietas poemas de Pizarnik, Di Giorgio, Laiseca, Perlongher y la brasileña Adelia Prado, que le traduje especialmente.

El criterio con el que trabajaba en esta revista era sacar la poesía de los libros, así como se metía en la cama para usarla de escenario—porque a pesar de no tolerar esa definición, era actor— distribuía papeles de colores con frases de sus poetas en los comics que uno al fin iba a leer en su casa. En el número 5 de la revista *Historietas obvias* dedicado a Alberto Laiseca, Araca, uno de sus dibujos protagonistas, recita un poema de Laiseca: “Escucho el trueno de la seda/ miro el brillo deslumbrador de esa piedra opaca/ y huelo las escamas del pez de madera./ Sin embargo no supe sentir a tiempo tu corazón”.

En la misma página, Cala y Jaca se dicen con palabras de Alejandra Pizarnik: “Y aún me atrevo a amar/ el sonido de la luz en una hora muerta”, “Un color invariable rige melancólico, su interior es un espacio de color de luto. Nadie pasa allí, nada pasa”.

A veces, sin siquiera la referencia de autor, incluso cualquiera podría

pensar que se adueñaba del texto como en una carta dejada a Martín Pittaluga, durante la fiesta de cumpleaños del fotógrafo Alejandro Kuropatwa, donde se lee: “Babina/ bestezuela y blanca/ como una ternera/ cuya carne y piel/ pudieran ser trituradas/ pero aunque jóvenes, somos tan serios/ escrupulosamente asiduos/ y dicotómicos./ Lo bueno en esta mano/ lo secreto adentro del armario/ con bromas lustradas/ hasta el fanatismo./ Lo pecaminoso aquí, bajo llave./ Y lo realmente sagrado como una gran hostia en su cajón”.

El poema era para ser leído junto a la torta, pero llegó tarde y hoy Pittaluga todavía lo conserva como el recuerdo de B. paseando frente al *chef* del antológico restaurante “Bleu-Blanc-Rouge” revolviendo y degustando de todas las ollas, a la manera brasileña, con la palma de la mano. Recibido con vítores por los cocineros. Detrás de la alta olla en pleno hervor, se quitaba la remera y amenazaba con meter sus tetas en ellas. Fernando Trocca, el exquisito cocinero, le arrojaba jengibre y albahaca. Entonces el truco concluía.

Nunca fue servida la sopa de sus tetas a no ser para aquellos capaces de saborear las recientemente adquiridas cazuelas de siliconas. Esos pechos de *leverwush* o mortadela, esos muslos de jamón, esa lengua de cereza. Un postre delicioso interminable.

ANA TORREJÓN

...no era fácil encontrarlo...

Lo conocí arriba de un escenario, con una corona de perchas sobre la cabeza repitiendo sin parar “Yo soy B., yo soy B”. Me sacudió, corrí a saludarlo. Después nos fuimos encontrando cuando podíamos. Hasta que una vez volví a mi casa tardísimo, había estado filmando toda la noche. Creo que ya amanecía. Igual escuché el contestador. Uno de los últimos mensajes era de Sergio Avello: “Annet, estoy aquí en el hospital con B. Fijate si podés traerle un camisón de los tuyos”. Al oír eso, me senté temblando en el piso. Después seguí escuchando los mensajes restantes y el último era otra vez Sergio Avello. “Annet, no te preocupes, pero B. ya no está con nosotros”. Yo mentalmente había elegido un camisón. Seguí un rato buscándolo como resistiéndome a la verdad. Sentía algo indescriptible, tanto que ni pude ir al velorio. Quería recordarlo siempre en mi casa. Lo he sentido y también visto muchas veces. Por la calle o en otros países, en diversas situaciones.

Después de nuestro primer encuentro siempre se repetía lo mismo. Iba a un lugar y sabía que si estaba B. me salvaba. Me sentía protegida.

Con B. podía hablar de tantas cosas. Él me enseñaba a hacer licores y yo a maquillarse.

En las primeras fiestas de Eros me puse una pulsera preciosa. B. parecía esperándome en la entrada. Lo vi demasiado delgado. Descubrió mi pulsera y le encantó. Me fui a bailar como una loca y de pronto sentí que tenía que regalársela. Lo busqué por toda la fiesta, no era difícil encontrarlo, estaba en tantas partes a la vez.

Éramos dos almas amigas, charlando sobre cosas triviales, yendo a echar la leña al fuego, comiendo chino, tomando tecitos. Dos almas que se cuidaban. Le regalaba mi ropa o cosas que no usaba. Y siempre el chiste era cuán elegante iba a estar en comparación con Alejandro Urdapilleta.

SEEDY GONZÁLEZ PAZ

...alquimista obsesivo desmenuzando poemas...

Llega a un bar de San Telmo, con pantalones plateados y el pelo atado con su pañuelo rosa. Lo veo abrazarse a un tipo que grita de contento al verlo. Escucho a B. Parecía reclamar no haberle respondido algunas postales y después dice que en España iba a cualquier hora a los boliches pero que al fin no pasaba nada. De pronto me capta, me mira. Yo en esa época me peinaba con plasticola. Al principio siento vergüenza y bajo los ojos. Enseguida se fue. Otra noche, nos topamos en la entrada del baño de *Bolivia*. El salía con un vestido verde botella, muy corto y ajustado. Alcancé a decirle, colorado de vergüenza, que estaba lindo.

“No te astustes, trabajo en El Clú del Claun, por qué no venís a verme”, me respondió en un segundo. Hacía una escena con un parálítico que al caer la luz del reflector parecía hervir en su propia sangre, comenzaba incluso a herirse a sí mismo y por fin se ponía de pie, era Alejandro Urdapilleta. Al mismo tiempo, B. ponía caras de asombro, con las palmas de las manos pegadas contra las mejillas, como un perfecto sandwich. Después entró sólo bailando con un palazzo carmín, haciendo círculos velocísimos que terminaba con un gran salto circense parándose sobre una sillita.

A partir de ahí todo fueron visitas al teatro, paseos de aca para allá, fiestas en casa de gente a las que había que ir para ver cómo vivían y nos encerrábamos a probar uno por uno cada licor, cada perfume, turnándonos para vigilar la puerta.

Hacíamos la recolección de envases que sobraban de Las Fiestas Nómades y después los revendíamos. Ibamos de madrugada, a desayunar como reyes, incluso la vuelta era en taxi.

A veces me llamaba furioso porque tal o cual le había mentado o

censurado hasta que se calmaba a sí mismo diciéndose: “No, no, no, nada, mejor salgamos de paseo”.

Había que verlo llegar a las instalaciones de la Ciudad Universitaria, en medio de los estudiantes de arquitectura, denunciando haber sido prohibido en la Sala de Arte. El presidente de la comisión le cedió apenas el patio. El conjunto era un gran colmenar de luces, tipo torta invertida. Y ahí, en medio del vacío, sentado, con sus libros, tomando té con anteojos blancos, rodeado por sus propias historietas colgadas de broches en forma de media luna, lograba que los estudiantes vencieran el hielo de la timidez y se acercaran de a poco. Lo que más le gustaba era que su “seudo” muestra permaneciera abierta hasta la una de la mañana. Hora en que el lugar tenía una magia cómico-erótica-intensa, indescriptible.

LUCIÉRNAGA

...la transparencia de su abrazo...

Mi mamá Rosa cuidaba a los Barea. A mí se me contagió el teatro cuando Walter me pidió que trabajara de prostituta sordomuda en la Capilla del Centro Cultural Recoleta. Acababa de cumplir diez años y me pareció bárbaro. No se ensayaba nada. Walter me dejaba en libertad pero de pronto, en un mágico momento, me decía: “Vos tenés que hacer así. Mirame”. La primera vez que lo vi me pasó algo raro, el B. ése era como una mujer. Usaba camisa y pantalón ajustado. Yo no sé por qué al principio no lo quise, hasta que de pronto lo identifiqué con un hermano rezongón y protector. Hacíamos teatro en la terraza. Me preguntaba: “¿Vos cuál papel querés, éste o éste?”.

Cuando bailábamos en el escenario tan salvajemente yo no sentía miedo, además podía ver las caras de B. mientras me zamarreaba y decía por lo bajo: “No mirés al público”. Según la obra me castigaba por haber descubierto que yo ejercía en secreto la prostitución, me

pegaba para sacarme de la mala vida, me pellizcaba y dejaba moretones.

Anoche yo estaba en el patio de mi casa porque vinieron visitas y me quedé dibujando para distraerme. Algo me llamó la atención, giré la cabeza y entonces lo ví. Tiré todo por el piso. No era de carne y hueso, incluso pude ver los mosaicos del otro lado debido a la transparencia de su abrazo. Pero enseguida se fue y terminé abrazada a mí misma. Mi hermana también lo vio, leyendo un libro de tapa celeste. Bajó el libro y la saludó contento. Mi mamá también lo vio y sigue viendolo. Pasó como si nada por la puerta y le preguntó por su padre, don Hugo, ella lo siguió emocionada, B. cruzó el patio y entró a una de las piezas del mercado. Como siempre.

OBJETOS DE INCREÍBLE

La única diferencia entre un santo y un pecador es que el santo tiene un pasado, y el pecador un futuro.

Oscar Wilde

Él, el más puro fetichista, capaz de quedarse obnubilado ante una piedrita de color extraño, de pronto, tal vez sin darse cuenta, me dio su voz de alarma, cuando comenzó a desprendirse de ciertos objetos. “Tengo demasiadas cosas que ya no me sirven para nada”. Si se separaba de sus tazas con margaritas para dos, de su peluca azul regalada por Tania y el camisón de Berta Singerman, de sus frascos para guardar licores inventados, de sus libros tan amados y usados, entonces, venía lo irremediable, se moría. Fue su modo de decírmelo. Días después, Bienvenida, la vecina, que nos regalaba cientos de medias usadas “para los carnavales”, me confirmó que el señor Walter repetía a los gritos tres palabras: “No puede ser. No puede ser. No puede ser”.

En el Café Mozart, Sheila Cremaschi había invitado a B. para realizar su celebrada tertulia literaria. Era el tiempo en que, transformado en la increíble gorda declamadora Doña Súspiro Toledo del Congo Belga, recitaba poemas entre los que incluía uno de Néstor Perlongher.

En la primera función el poeta estaba entre los invitados. Terminado el *show*, Perlongher corrió hacia los camarines buscando aclarar directamente a B. que jamás había escrito la palabra “tractor” en ninguno de sus poemas. B. intentó explicarle que era un método para sacudir la timidez del público. No muy convencido, Perlongher salió rápidamente casi sin saludar.

La noche siguiente pude comprobar que los arreglos de B. estaban justificados porque los espectadores, duros en sus mesas cuando escuchaban la tajante palabra “tractor”, soltaban amarras, es decir, ruidosas carcajadas.

Jorge García, su novio desde siempre, me comentaba que

en verdad la palabra “tractor” no perjudicaba en nada la belleza del texto original. Era como si después de decir “al gran pueblo argentino salud” alguien brindara con caña.

Pero la gran declamadora Súspero, quien ya había triunfado en España y Cuba, tuvo que desistir de este poema en su repertorio, justamente por la gran admiración y el enorme respeto que su otro yo, B. Barea, sentía por Néstor Perlongher.

HORACIO DABBAH

...implorando una sonrisa suya...

B. despertó en mí una ignorada intuición. Sentí que podía estar necesitando algo de plata. Enseguida lo llamé por teléfono. Se negó pero me invitó a visitarlo. Fui y hablamos. Al fin, aceptó. Prestarle esa suma fue un verdadero ahorro. Me permitió ayudarlo sin saber que para mí era una mezcla de ángel e ídolo picaresco nunca visto.

Otra vez fui a visitarlo, justo había sucedido el *affaire* con el cura Lombardero. Estaba con una señora muy eficaz y lo cuidaba porque iban a filmarlo para Estados Unidos. La señora le ayudó a vestirse, lo acompañó hasta la peluquería. Le decía Walter y yo no sabía que ése era su nombre de pila. Luego, cuando estaban grabando, lo más fuerte para mí fue escuchar a esa señora tan solícita a la que B. dijo: 'Mamá, por favor, subime el cierre del vestido'. 'Enseguida'. Y lo hizo. Ahí comprendí que era su madre. Claro, por algo eran tan parecidos.

Entonces recordé unos meses antes cuando lo encontré trotando por Lavalle, vestido con un palazzo tipo Gucci, tacos de 15 cm y cinco marineros franceses revoloteando alrededor suyo como moscardones, implorando una sonrisa. Pero B. hacía el gesto de dinero y ellos metían las manos en los bolsillos, por lo que se notaba mejor que estaban excitados.

Después, B. me confesó que había puesto su número telefónico hasta en los baños.

A los que llamaban, los citaba en su casa. Dejaba la puerta apenas entornada y le encantaba no saber quién iba a entrar cuando sonaba el timbre de calle.

CRISTINA MARTÍ

...no le importaba nada de nada...

Al mes que murió tuve un sueño. Íbamos con Guillermo Angelelli por un camino y salía agua por todas partes. Sobre las olas comenzaron a aparecer rosas y al verlas flotar, dije emocionada: ‘Mirá Guille, en esas rosas parece que estuviera Walter’. A lo lejos, en medio de mucha luz, crecía una corona de rosas amarillas, venía por el aire y la seguían seres luminosos. Yo insistí: ‘Mirá, Guille, ahí está Walter’. En efecto, lo vimos pero en seguida me desperté llorando. También lo soñé vivo. Se repetía una situación en la que él me cuidaba. Otra vez estábamos descansando en una plaza. Oía las voces inconfundibles de la Tertulia de Poetisas, y me atacaban varios perros negros. B. lograba ahuyentarlos repartiendo panfletos de sus obras. Los perros parecían leerlos y se los llevaban como huesos.

Con Angelelli, cuando estábamos en El Clú del Claun, nos llamaban ‘El Trío’. Por algo era.

La organización del Clú hacía rotar las responsabilidades. Al principio, Walter llevaba los horarios, armaba siempre quilombo, se ponía furioso. Cada uno en su momento hacía de las suyas, pero el precursor del despelote siempre era B. ‘Está bien, Walter, ya está, ya está, cortala con eso’, le decía y siempre terminábamos muertos de risa.

Cuando el grupo ya se había separado, a B. se le antojó ponerse siliconas. Walter me decía: ‘Nosotras estamos en veloz metamorfosis’. Yo, embarazada, con mi panza enorme y él con sus tetas recién puestas. Me acariciaba mucho la panza, se bajaba el escote y me decía: ‘Estas son mis mellizas’.

Cuando fuimos a Colombia, en el avión parecía una señora rumbo a una fiesta. Estaba medio ridículo con esa blusa plateada y tantos collares. Así llegó al Aeropuerto, mal maquillado, con pantalones pollera, tacos aguja y el pelo hacia arriba, como jopo batido. Nunca habíamos visto algo semejante.

Para colmo justo viajaba un equipo de fútbol que lo miraba y

lo miraba, pero él parecía no estar allí. Terminó sentándose solo, apartado, en el fondo. Enseguida llamó a la azafata, le pidió algo en voz baja. A los dos minutos le entregó una revista con mucha discreción. Cuando se fue, B. me mostró una toalla íntima. Le había dicho que estaba indispuesta. Y se la arrojaba a los futbolistas, que silbaban.

A veces lo que declaraba en los medios me daba miedo. Yo me decía: 'A éste lo van a reventar en cualquier zaguán'. Pero B. estaba jugado. En realidad no le importaba nada de nada.

En Colombia, al finalizar la función, el público comenzó a gritar: '¡B.! ¡B.!'. Parecía que lo conocieran de toda la vida pero B. no quiso salir. Todo el mundo gritando y él escondido en algún camarín. Definitivamente B. había comenzado a ser B. Porque Walter, a esta altura del destino, había quedado muy atrás.

Yo era la única mujer del grupo, no sólo por eso íbamos a todos lados 'juntas'. Cuando llegamos a Islas Canarias nos alojaron en un lugar terrible, tipo prisión frente al mar, que apenas se veía desde huecos pequeñísimos. Dormíamos en forma de U, Guille, Walter y yo. B., con camisón de raso. En Canarias seguía recolectando cosas. Pasaba algo muy raro. B. decía 'qué lindo es eso' y de inmediato las personas se lo regalaban. Tan coqueto, a su manera, incluso hasta grosero. No terminaba de ser mujer, ni dejaba de ser hombre.

Una noche descansábamos los tres y de pronto vimos aparecer una rata. Primero empezó a correr Guillermo, Walter y yo lo seguimos, escapamos los cuatro en fila india pero la rata también venía atrás. Entramos en una histeria de no saber qué hacer y tampoco nos animábamos a matarla. Tuvimos que escondernos en otra pieza e incluso ahí apareció debajo de la puerta como si nada. Por suerte una monja que barría escuchó nuestros gritos y vino a darle golpes con su escoba. B. la distrajo a propósito. La rata logró escapar.

Ahora recuerdo mi cumpleaños. El día anterior yo me había

acostado de muy mal humor, deprimida, lo llamé y le dije: 'Ay B., mañana es mi cumpleaños, si querés venir vení, si no, no sé. Voy a comprar algunas cosas. Un año más, estoy podrida'. B. me respondió: 'Es bárbaro cumplir años, uno está más cerca de la muerte'.

Cuando le pregunté cómo se le ocurrió ponerse tetas, encima estando tan enfermo, me volvió a hablar de la muerte. 'Ya que voy a morir quiero hacer todo lo que tenga ganas, pero la verdad es que estoy cansado. Es algo raro, siento que en las esquinas las tetas doblan antes que yo, para colmo, una me chorrea'. Se me ponían los pelos de punta. Al fin y al cabo, eran las tetas de B.

GRIMA DE ANGELELLI

...a ver, mostrame...

En verdad tenía mucha fiebre, yo le decía: 'Vamos a ducharse' y eso se la bajaba por un rato, pero enseguida le volvía a subir. Sabía por el propio Walter que moriría joven. Desde adolescente repetía, como un *leit-motiv*, que estaba marcado.

Después de los bronquios, comenzaron sus jaquecas. Fui a verlo y lo acompañaba Graciela Mescalina, cuidándolo. Eran los primeros síntomas. Le agarraban cosas pero después mejoraba. Le conté que iba a lo de mi cuñada a pedirle un dinero y él se puso como loco, me quería dar la plata que tenía para los medicamentos, me reprochaba que fuera a pedir prestado, cuando él podía dármelo.

La primera vez que lo fui a visitar me mostraba a cada rato la foto del hermano. Cuando Walter y mi hijo Guillermo estaban juntos daba miedo oír sus carcajadas. Guillermo lo llamaba Gualterio.

Al final, poco quedaba del chico fuerte que había sido.

Cuando se hizo las tetas yo volvía del trabajo a eso de las seis y pico y escuché la risa de Walter desde el pasillo que al oírme se contuvo: 'Vos me dijiste que tu mamá no vendría'. Hice más

ruido con las llaves, entré y estaban los tres tomando el té. También había venido Darío Castagnaro, La Carmen, que tenía esos ojos tan grandes y se había siliconado con Walter. Entro, saludo desde lejos, termino de cerrar la puerta y como para ablandar un poco la situación digo: ‘Hola Gualterio, qué bien se te ve’. Se había puesto una remera enorme. Le pregunté: ‘Qué pasa, no querés que yo sepa que te hiciste las tetas, a ver... Mostrame. Eh, Walter, al final las tenés mejores que yo’. ‘Si querés te doy la dirección’, me respondió de inmediato.

Cuando Guillermo volvía de sus giras dejaba los bolsos por cualquier parte, me llenaba de besos y sin detenerse corría a saludar a B. Pero al regresar de Dinamarca tuve que pararlo. Walter ya no estaba. Me dolía decir ‘Se murió’, pero él mismo lo dijo. Se fue a su banquito de la cocina. Yo no sabía qué hacer, qué decir, entonces después de un largo rato, mientras lloraba, vino hasta el sofá. ‘¿Qué pasó?, ¿qué pasó?, ¿cómo fue?’. Me partía el alma.

Yo no se lo había avisado por temor. A muchos amigos, Walter les ocultaba su enfermedad. Tal vez porque sabía que no podrían soportarlo. No quería que sintieran miedo por él y que a la vez no lo dejaran, tranquilo, morir en paz.

INSTANTÁNEA

*...La resurrección ya está siendo urdida.
Los tubérculos de la alegría se están hinchando hímados
van a brotar campanas.*

Adelia Prado

Sacó de uno de sus enormes bolsos casi veinte frasquitos que colocó ordenadamente sobre la mesa del bar. Eran jugos de cactus llamado Hansi, los tenía que tomar a cada rato. Le alcancé un vaso de plástico y él me lo pidió porque era de acrílico, liviano y transparente. Debía tragar sus pócimas cada dos horas. No me atreví a preguntarle el sabor pero era un barro denso y aceitoso con escamas de colores nunca vistos.

En un show organizado por la mítica Gloria Guerrero en Babilonia, conoció a Renée Cuellar, la Negra Renée, insuperable dibujante. Marcia Schwartz ya lo había retratado, ahora faltaba la suprema Negra. Él, bromeando, sugirió que posaría bebiendo de su Hansi en ocho copas de metal, pero no pudo ser. Ya era tarde. Fue un encuentro tipo debut y despedida como dicen en la jerga teatral.

Salimos corriendo para Babilonia donde los lunes había agregado más temprano un recital con poemas de Irene Gruss, su último descubrimiento.

Al otro día filmaba el video-reportaje dirigido por Peter Punk que se llamó “Catorce pavos reales”. Una entrevista confidencial mostrando su mundo, su casa. Un verdadero documento premonitorio y final.

LAURA MARKET

...los coches se detenían...

Lo encontraba por Corrientes, vestido de mina, repartiendo panfletos. Los coches se detenían. En verdad causaba revuelo pero no agresividad. Venía desde Mediomundo Varieté. Su presencia era imponente. Esperaba el semáforo verde riéndose, hablaba con las parejas que pasaban. Siempre estaba desplegando su magia en dos o tres lugares por noche. Llegaba, decía su poema y enseguida se iba. Era el único artista que hacía subir a los gatos como hipnotizados, jamás lo interrumpían. Estaba diciendo un poema con la tiara larga en la cabeza como un sacerdote y, zás, aparecía un gato que lo miraba asombrado. B. abría un libro enorme, lo soplabá, se volvía cenizas y luego mordía un limón mientras, acompañado por la música, giraba más de diez minutos.

También era el típico alumno de inglés que aparecía vestido de estudiante con un lápiz enorme y su cuaderno. Una voz en *off* decía: *This is a pencil*, entonces él sacaba el cuaderno, pero no llegaba a tiempo. Entraba en un estado de desesperación al no coincidir la palabra con el objeto.

Terminado el número, B. tenía que irse hacia otro lugar donde hacía doblete.

VERÓNICA LLINÁS

...una actitud de choque compartida...

Cuando pienso en B. siempre aparecen dos imágenes. La primera fue el día que nos despedimos en el Parakultural, laburando. Me acuerdo que nos dimos un abrazo sin decir nada, aunque los dos sabíamos que nada bueno pasaba.

La segunda, cuando me lo encontré en el colectivo 29, con esos

trajes, como de cotolengo, las uñas pintadas de negro, no recuerdo si tenía el pelo blanco o rojizo. Todavía no tenía tetas pero se vestía de mujer.

Todo le impresionaba. Amaba su trabajo. Piletero, se zambullía nomás. En las clases de *clown* era como “el bueno para nada”, ése que debía repetir o se lo mandaba a sentar. Creo que todo lo ganó por prepotencia de trabajo, como diría Arlt.

Nos toqueteábamos mucho. Yo le tocaba las tetas. Eramos un par de tortas.

El número que hacía con Nelly del Paraná es antológico.

Tenía un gran amor por todo lo marginal. Con nosotras, Las Gambas al Ajillo compartía códigos de escenario y un desparpajo similar para el humor. Además de la cuestión generacional había una actitud de choque compartida. Sobre todo mucha improvisación. En la última época a veces me confundían con B. Cuando lo observé muerto me vi en él. Ahora lo llevo incorporado. Siento que estamos juntas.

MARÍA JOSÉ GABÍN

...un borde tierno y otro filoso...

Cuando observé el ataúd, su imagen tan angelical me impactó para siempre. Como los globos que tapiaban la cruz, azules, rojos, rosados, suspendido en el cosmos.

En 1986 Omar Viola inauguró el Parakultural, se venía algo explosivo, un momento de eclosión. Era previsible. Ya en esa época me acuerdo de B., tan jovencito en El Clú de Claun, muy trabajador con una cosa tan loca hacia afuera y muy comprometido con su vida. Todavía usaba la nariz roja. Me encantaba ese número en que subía al escenario y contaba que había ido al psicoanalista y que si alguien no lo bajaba de ahí, él nunca iba a hacerlo. La gente lo miraba enloquecida, tenía algo difícil de comprender, un borde tierno y otro filoso. Además

era al extremo mutante. Con solo caminar daba, en aquel momento, una imagen tan colorida y extrovertida que hacía explotar la sociedad.

S/T

Iba caminando el niño de cabellos dorados
por el largo camino del bosque,
cuando apareció él
con sotana de sexo indefinido y lo llamó.
“¿Sabés quién soy?”, dijo el sacerdote.
“No, ¿quién eres?”, dijo entre sus pechos turgentes
el muchacho bermellón.
“Soy tu padre, el padre del amor y del buen pensar,
soy Lombardero, quien viene a salvarte de tus males terrenos”.
“No padre, déjame hacer, mira, ellos me quieren”, contesta el
muchacho cubriendo su sexo
del agua bendita que el cura salpica.
“Ven hijo mío, dame tu otra mejilla,
quiero tocarla, quiero acariciarla,
¡me gustaría masturbarla!”
“Mire que soy peligroso, padre,
quien me toque ya nunca dejará de enamorarse”.
“Entonces si no eres para mí, tendrás que desaparecer”,
grita enfurecido el cura maníaco y levanta la cruz
con los ojos pervertidos.
“No hay lugar para ti entre las almas estériles,
no hay lugar para ti en los sexos vacíos,
vete y no dejes rastros de tu poesía blasfema,
vete y no dejes recuerdos sobre la tierra sagrada,
no sos mi hijo, no soy tu padre, no entrarás en mi cielo”.
“Okey padre, me voy pero me quedaré,

en esas almas impías que escuchan mi voz,
en esas miradas amigas que recuerden mi sol,
en esos raros artistas que me verán por siempre,
en cada anillo de botón,
en cada batón dorado,
en cada payasito de tela de sexo indefinido
y mirada inmortal”.

Escrito ya en 1996 y leído durante el tributo a B. Barea en “Ave porco”, por El Enano José, seudónimo de la propia Gabin.

RUMBO AL POEMA

*Oh, Tú el más hermoso en la noche de los que se han ido, / haz que
no muera sin volver a verte.*

Alejandra Pizarnik

No era de llegar tarde pero esa noche demoraba demasiado. Al otro día viajaba a Montevideo para conocer a Marosa Di Giorgio. Estaba todo el mundo en Palladium, las modelos, los demás integrantes del *casting* de la noche, chicas maquilladas y unos apolíneos que mostraban ropa para hombre. Mosquito Sancineto nos había conectado con ellos. Una imagen de esa noche fue el reclamo de la productora María Tramonti a quien le habían robado su moto negra. Pero la tardanza de B. es lo que más me preocupaba. Muchos fotógrafos ametrallaban a Roberto Piazza. Venía a ver el modelo de su ex alumna, Paula Murguía, un vestido dorado de ribetes excéntricos que B. iba a lucir en el cierre del desfile. Pero B. no llegaba y alguien se acercó a sugerirme que inauguráramos igual la pasarela sin él. Tomé el micrófono y lo vi aparecer, atrás de los espectadores. Demoraba demasiado para bajar las escaleras. Entraba del brazo de Jorge García, pensé que estaba descompuesto. Lo seguía su madre Nené fumando aceleradamente. Por primera vez, el cigarrillo le temblaba en la boca. Algo raro pasaba. Jorge García, prácticamente lo arrastraba hasta el camarín. Todavía puedo ver el tapado de piel y el pelo negro de Klaudia con K, tapándolo, mientras lo saludaba. Había adelgazado casi veinte kilos en apenas un mes. Estaba ahí, recostado contra un sillón, exhausto, semidormido. Le costaba respirar. Puse mi cabeza sobre su batón rojo. Luego dijo algo impronunciable y se recostó con la cabeza hacia arriba, en un letargo. Nené me pidió que saliera a escena inmediatamente, quería cobrar y enseguida irse. Corrí a alertar a la diseñadora. Anuncié el cambio de rutina. Apareció sonriendo

como si nada. Faltaban dos días para que todo terminara.

¡MÁS TINO TINTO!

...uno se droga con palabras...

...Lo acompañé en sus puestas del Rojas y cuando fuimos con *María Julia, la Carancho, una dama sin límites* a Uruguay para que B. conociera a su poeta amada Marosa Di Giorgio. Siempre hacía lo que quería, mucho más en esa época, cuando sabía que se estaba muriendo. Llegamos al hotel de Montevideo y enseguida fuimos al teatro. Ya había entrado Marosa, estaba viendo al grupo La Pista 4, que también participaba en el Festival. B. me pidió que corriera a buscarla. Faltaba una hora para su función con Humberto y Alejandro. Cuando se vieron, se tocaron la cara, se acariciaron, como si se conocieran desde siempre. Marosa tiene un parecido increíble con B. y no sólo por el pelo rojizo. Parecía B. a los cuarenta. Hablaron de las cartas que se habían entrecruzado en esos años, los mensajes. Hablaron de libros. Se quedaron solos.

La última función de *La Carancho* fue montada en una estación de trenes abandonada de Montevideo y el camarín era un trozo de vagón. El escenario estaba en el Hall Central de la vieja estación. Como una premonición B. también llegaba en tren en el texto original. Todo encajaba para remarcar el dolor. Cuando me llamó el viernes anterior para invitarme llegué de un tiro. Él estaba como un niño. Nené apareció cargada de botellas y otras cosas. Nos dejó solos. Bati se levantó de la cama, sacó del congelador un enorme chocolate que me dio mientras se agarraba un caramelo de miel pero no pudo tragarlo. Eso le hizo mal, yo ya me daba cuenta que en realidad estaba comenzando a morir. Era su última semana.

Volviendo a lo de la función en Montevideo, una vez terminada, Marosa lo abrazó y agradeció. A pesar del frío se le encendían como antes los ojos. Debíamos regresar. El frío era aterrador, inexplicable para diciembre, yo le presté mi campera. Quería volver caminando pero se cansaba demasiado, además no dejaba por nada de cargar

su bolso. Conseguimos un coche de alquiler y llegamos a Carrasco, recorrimos la costa charlando, después nos metimos en la habitación del Gran Hotel. Me decía que encontrarse con Marosa había sido su mejor recompensa, como mirarse en un espejo humano. Estaba en éxtasis. No le importaba el frío ni la puerta abierta. Nos recostamos para tratar de dormir. Yo no podía pegar un ojo, tengo mucho miedo a la locura y a la gente que habla en sueños y B. estaba como en un estado de revelación o de gracia, quizás también, a causa de tantas pastillas que le hacían tomar.

Empecé a transpirar algo frío, era su propia muerte. De un día para el otro, el final. “Tino, los cassettes, no te olvides”, decía y seguía sin parar de hablar como si estuviera saliendo de un boliche. “No, no gracias, yo no fumo. Uno se droga con palabras, ella se droga con poesía y la otra infla, infla. Por fin me la saqué de encima...”.

Me levanté helado de la cama. “Voy a tomar algo y te traigo una seven”, le dije y bajé a la confitería. De pronto apareció Humberto que venía de jugar en el casino y se sentó a mi lado. Subimos los dos a la habitación con frutas y gaseosas, charlamos hasta las cinco o seis de la mañana. B. se cambió de ropa y pedimos un taxi. Se paró, rodeado de sus bolsos, vestido de rojo, en medio de aquel hotel de lujo, viejo, con escaleras enormes, cuadros, lámparas y faroles dorados, cortinas de terciopelo, puertas giratorias de madera lustrada y vidrios brillantes. “Estoy tan cansado, me duelen mucho las piernas”. Me acompañó al Aeropuerto. Viendo salir el sol, tomó mi mano: “Dale, quedate, aprovecharé este sol impresionante”. Me regaló cien dólares. Acompañado por Sandro Nunziata de La Pista 4 tomó el avión hacia Buenos Aires. Sandro lo dejó en la puerta de su casa.

Llegó el miércoles. El jueves, al volver, desde la terminal, enseguida llamé por teléfono. Jorge García atendió, luego de un rato Nené agarró el aparato para decirme que B. estaba descansando. De pronto se detuvo. Esperá que quiere hablarte, me avisó su madre. Tardó un

minuto que se me hizo un siglo, entonces lo escuché murmurar: “No puedo más, no puedo más”. Ahora sólo la muerte podría aliviarlo. Al otro día lo internaron en el Fernández. Cuando llegué lo descubrí justo en el pasillo sobre una camilla. Entré a su sala y se me ocurrió probar el colchón. Mientras lo hacía escuché su voz : *Ya está, ya está*. Salí para que lo instalaran. A los cinco minutos, cuando volví, me preguntó si tenía el teléfono de Antonio Gasalla para despedirse. Yo no llevaba mi agenda. En ese momento me pidió que le abrochara la gran camiseta de frisa blanca porque le daba mucho pudor que se le vieran la tetas cuando lo pasaban de camilla en camilla. “Los únicos constantes en pasar penurias” fue lo último que me dijo.

Entraron dos médicos acompañados por Nené, después ella me contó que B. señalaba el frío techo del hospital, mientras murmuraba: “Ahora los aplausos invaden mi vida, pero me voy, tengo que irme, simplemente, como una estrella más...”.

Falleció en los brazos de su madre el viernes 6 de diciembre de 1991 a las 10:30hs.

El velorio fue impresionante. Sergio Avello le había puesto una cruz hecha con globos multicolores.

Todos quisieron despedirlo en un aplauso que se mezclaba al de la lluvia intensa, casi insoportable. Cuando lo llevamos al cementerio de Rojas, la tormenta no amainaba.

Yo iba con el padre, Nené y otra señora. Adelante, en una ambulancia transportaban el ataúd cubierto de joyas, cartas, flores, lavado por las lágrimas. Y ahora la lluvia. Nosotros la seguíamos. No se veía a nadie en la ruta desierta iluminada de relámpagos. A causa del mal tiempo lo perdimos de vista. Cuando vimos la ambulancia dando tumbos e introduciéndose en la banquina, comencé a rezar. No sé cómo lograron enderezarla, despistada con su sirena sonando en medio del campo. Ahora comprendo que era su última broma.

Cuando al fin llegamos estaban todos sus familiares. Parecían personajes escapados de una película rusa con capas, gorros y paraguas

coloridos.

Salió el arco iris. B. entró en él y se escuchó su carcajada, como siempre. Y luego, un gran silencio.

ÚLTIMOS SUEÑOS DE UNA MADRE

Soñé con B., en mayo. Estábamos con mi esposo Hugo, Martha Paz, la vecina adoptada, y yo. Llegó y se lo veía muy delgado. Mientras charlábamos decía: “Ahora al fin soy feliz, muy feliz. Allá también comemos, má. Nos alimentamos de energía pero comemos como aquí”. Yo quería ver dónde quedaba su casa, cómo era y él me llevó. Atravesamos de la mano un túnel luminoso que al final, de tanta luz, era blanco. Ya despierta seguí recordando, la casa tenía un gran patio. Una huerta con verduras a medio nacer. Un pato enorme mirándome adentro de la jaula de mimbre y muchos pollitos azules recién nacidos. Después, en el mes de noviembre, soñé que venía y lo recibí llorando desconsoladamente. “¿Cómo estás?”. “Muy bien mamá. Soy feliz así, no entiendo ahora tus lágrimas”. Le supliqué que me mandara a Ariel, su hermano: “Tengo que hablar con él”. “Es que Ariel se ha transformado en árbol”, me dijo un nombre algo corto tipo arce u ombú, y se fue de nuevo. Como siempre en la vida.

En los meses que siguieron lo perseguía en sueños. Venía a verme él, a su vez. Nos abrazábamos y yo no podía aguantar las lágrimas pero me calmaba diciéndome de nuevo que era feliz. Nuestros encuentros en sueños son tan reales y claros que cuando despierto siento como si no se hubiera ido.

Hasta que una noche los soñé a los dos, venían al fin juntos, los veía grandes, hermosos, elegantes. No me hablaban pero después, al despertarme, seguía soñando y oía una especie de cinta grabada en la que ellos me imploraban: “No te destruyas por favor, seguí igual, como debe ser, así estaremos en paz”.

YO QUISIERA SER

(RECITADO POR SU MADRE EN DIVERSAS OCASIONES)

Yo quisiera ser agua mineral para darle sed a B.
Yo quisiera ser vino para embriagar a B.
Yo quisiera ser puntilla para el corset de B.
Yo quisiera ser desierto para las huellas de B.
Yo quisiera ser caramelo para que me muerda B.
Yo quisiera ser cortina para espiar a B.
Yo quisiera ser tijera para recortarle la sombra a B.
Yo quisiera ser incienso para embrujar a B.
Yo quisiera ser discoteca para que baile B.
Yo quisiera ser concurso para darle el primer premio a B.
Yo quisiera ser bombacha para que me sude B.
Yo quisiera ser pez para morder el anzuelo de B.
Yo quisiera ser crucigrama para que elucubre B.
Yo quisiera ser avión para que vuele B.
Yo quisiera ser diccionario pero en la página B de B.
Yo quisiera ser luna para platinar a B.
Yo quisiera ser fuego para enrojecer aun más a B.
Yo quisiera ser gallina para que me deshove B.
Yo quisiera ser aguja para pincharlo a B.
Yo quisiera ser un cesto para que se arroje B.
Yo quisiera ser sexto para que el quinto sea B.
Yo quisiera ser tubérculo para llamarme B.
Yo quisiera ser gastronómico para meterlo en la olla a B.
Yo quisiera ser café para despertar a B.
Te lo juro por *Batato*.

Fernando Noy 1990

PASTICHE MEDIÁTICO

En una baúl completamente cubierto de recortes periodísticos, sin citar sus autores, descubrí el siguiente pastiche de textos referidos a su obra y enlazados por puntos suspensivos como un desopilante...”cadaver exquisito”

...Presentamos las *Historietas Obvias de B. Barea*. Sus personajes son CALA (la flor sin color), ARACA (alguien que está o no), JACA (el Jacarandá bonsái). B. es integrante de El Clú del Claun desde su inicio y paralelamente ha realizado unipersonales como el de Las Perchas y el recital de una Gorda llamada Súspiro Toledo del Congo Belga. Quisimos hacerle una entrevista por su nueva actividad en el campo de las historietas y recibimos la siguiente repuesta: “Estas son historietas obvias, primitivas, planas como las actuaciones más que de tan infantiles cualquier niño podría hacerlas mejor”...

...El Clú del Claun desmenuza la historia del teatro en forma desopilante (...) Interpretado por Guillermo Angelelli (Cucumelo), B. Barea (B.), Gabriel Chamé Buendía (Ramón Buendía), Hernán Gené (Pitucón), Cristina Martí (Alcachofita Petarda) y Daniel Miranda (Loreto). El Clú la emprende contra la historia del teatro (en este caso, del teatro) para, según Juan Carlos Gené, mentor, maestro y director del grupo, demostrar la seriedad en el estudio y formación de sus integrantes con ajustado humor. El espectáculo arranca como un “simposio” de reflexión, intercambio y confrontación de hipótesis que sirve de hilarante y casi muda presentación del reducido pero multifacético elenco...

...En cinco años El Clú del Claun pasó de actuar gratis en los sótanos a presentarse en el Teatro Nacional Cervantes. Ellos, sin embargo, siguen sintiéndose fuera del circuito comercial (...)

Walter Barea (28), el de mayor curriculum, integró Los Peinados Yoli (Divina Gloria y Tino Tinto) y fue el primer clown que apareció en Buenos Aires allá en 1984. Sus shows unipersonales, en sucuchos nocturnos, son siempre celebradísimos. En la Bienal de Arte Joven presentó *Las fabricantes de tortas*, espectáculo travestiril con Urdapilleta y Tortonese. Fue además el marinero del comercial Echo en el Balde y protagonizó comerciales de Galletitas Variedades y Turrón Namur ...

...“Fantástico, me gustó muchísimo. Nunca había visto el trabajo de ustedes”, dice Mirta Busnelli, la de *Matrimonios y algo más*. “Gracias. Hace cinco años que lo hacemos”, contesta Pitucón, del Clú del Claun (Gené, claro). El diálogo sucede en las bambalinas de una de las salas del Teatro Nacional Cervantes, donde se representa desde hace unas semanas y a sala llena *La Historia del Teatro*. La obra es en palabras de sus intérpretes “una sátira que no burla pero sí ridiculiza a seis clásicos de teatro universal”. Como Mirta Busnelli, es el gran público quien ahora empieza a descubrir El Clú del Claun. Sin embargo no es la primera vez (...) El grupo debutó en el '85 con *Arturo* y después vinieron *Escuela de Payasos* ('86), *Esta me las vas a pagar* ('87) y *El Burlador de Sevilla* ('87). Las primera puestas son recordadas por los habitués del Centro Parakultural y el Ricardo Rojas (...) Los camarines, con espejos mugrientos y bombitas de 25 watts, distan de las habitaciones que les asignaron en el paquete Teatro Nacional. La propuesta, en cambio, es la misma: jugar y, de yapa, mover y criticar desde adentro “ese pacato y moribundo arte llamado teatro”.

...Macbeth y su Lady, con casco rojo de bombero, representan la tragedia isabelina de Shakespeare. Poco después que los caballeros montados sobre escobillones huyen de escena, el relator introduce lo que se verá inmediatamente: *La vida es sueño* de Calderón.

Aplausos. Ahora es *La Dama de Las Camelias*, la obra romántica de Alejandro Dumas, la que se somete a la adaptación del Clú y Juan Carlos Gené, su director. B. de rosa, se muere en un lecho rosado. Su amado se enreda bailando y se rompe la cara contra el piso. Es, a través de esta desacartonada manera de mirar el teatro que los “clauns” se separan del teatro de la Calle Corrientes...

...*Escuela de Payasos*: un espectáculo para llorar ... llorar ... llorar de risa. Oportunidad única para ver uno de los éxitos de público del Festival de la Habana 1987. Argentinos ...

...En una sala de aspecto nada convencional, en la que no hay un escenario sino dos y en un ambiente de cordial informalidad, brinda su nueva propuesta la troupe de El Clú del Claun. Este grupo de clowns, de cara empolvada y nariz coronada por la clásica bola roja, vuelve a mostrarnos su original estilo de comicidad, basado en una nueva manera de enfocar el arte milenario del payaso. *Esta me las vas a pagar* está formado por una parodia de los teleteatros en que se intercalan diversos gags y proyecciones fílmicas. La sátira a las telenovelas es un fluir de situaciones irónicamente caricaturizadas. Mientras un locutor va describiendo la acción, al mejor estilo de los viejos radioteatros, el espectador presencia las disparatadas peripecias de la heroína que busca el paradero de su padre, en una sucesión de escenas que pueden surgir inesperadamente de cualquiera de los dos escenarios. El show consta, además, de otros ingredientes...

... una obra para reírse de los vicios de la educación, del machismo y del payaso que todos llevamos adentro, como el fantasma de nuestro propio ridículo. Del auditorio, sorprendidos frente al gran cortinaje, salen los personajes irreverentes y confianzudos. El más veterano de los payasos, B. o “El Profesor Paporreta”, se prepara para dictar clases a sus cuatro alumnos, aspirantes a robarse de por vida las risas ajenas. Las reglas se fijan desde el principio como

bien claro lo divulga con ojos fijos al público “Loreto”, ayudante del maestro en excelente interpretación de Daniel Miranda. No se permiten alumnas en *La Escuela de Payasos* (inspirada en la obra de Friedrich Karl Waechter), primera norma. Y tampoco es lícito mezclarse con el público. Tales son las pautas dictadas por el rígido, tímido y miope profesor Paporreta, tan bien logrado por Walter B. Barea. Con la complicidad del público -permanentemente invadido por los actores-, estas reglas se transgreden con recursos divertidos y juguetones. Simulaciones, mentiras, artificios e inventos logran engañar a Paporreta, durante la hora y media de puesta en escena. Así, la payasa “Alcachofita Petarda”, en una versátil personificación de Cristina Martí, logra camuflarse en el salón de clases con la ayuda permanente de sus compañeros “Pitucón”, “Tripín”, “Cucumelo” y por supuesto, el público alcahuete. Detrás de estos payasos tan circenses hay un trabajo dramático muy serio y enérgico que desmonta pieza por pieza el lenguaje del bufón. Y lo reinventa, a través del código de exageraciones y caricaturas, para componer una sinfonía de ternura y calidez, sumados al tradicional horror y contrasentido que se esconde detrás de cada payaso...

...A contrapelo de algunas teorías sobre el arte, el teatro en la Argentina sigue siendo testigo de la Historia y se ensucia las manos con lo real. Eso ocurre claramente con *Involucrados*, la propuesta “under” de Barea, Urdapilleta y Armoza, con una puesta deliberadamente frívola y algunas sorpresas. A partir de algunos números breves, los realizadores y creadores hablan con tanto humor como solvencia de las relaciones amorosas de la juventud en general, de la sexualidad y la represión en la década del ochenta. En ochenta minutos se suceden monólogos de Barea y Urdapilleta, con “tandas publicitarias” intercaladas por Silvia Armoza. Allí la bailarina Isadora Duncan y el Apolo II se mezclan con personajes y situaciones cotidianos como una vulgar clase de inglés (por Barea),

con una monja que abandona los hábitos (Silvia Armoza), con una predicadora de sabe Dios a qué secta pertenece, aunque se parezca a muchas, y con una enamorada que escribe una carta interminable (...) El divertimento se vuelve paulatinamente inquietante, su lenguaje se aproxima a lo obscuro, los textos susurrados dan por sentada una complicidad (...) El espectáculo consigue de este modo lo que tantas veces se proclama y pocas se consigue. Saca al espectador de su papel de espectador, quizás, de sus casillas... Respecto a B., esta exótica recitadora esconde en verdad a una de las transmutaciones del moderno Frégoli...

...El grupo El Clú del Claun ha estrenado una libérrima versión de *El Burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina, que redescubre la esencia y el sentimiento del juego en el espectáculo escénico. Prevalece en la puesta de Roberto Villanueva lo farsesco y se construye un fresco pleno de ironías, humor socarrón y por momentos sarcástico. Guillermo Angelelli, B. Barea, Gabriel Chamé Buendía, Hernán Gené, Cristina Martí y Daniel Miranda son los eficaces y divertidísimos payasos (...) Quien quiera participar en el redescubrimiento de una forma de teatro, no puede dejar de acercarse a esta propuesta gozosa e infrecuente...

Dice B. que es “una obra desesperante, tanto que los dejará mudos-ciegos-sordos y bailando en una pata, pues en la obra se la devoraremos”. La nueva obra del genial clown-travesti cuenta también con la participación de Lizzie Yohai (la gran No Actriz), La Pochocha (Vedette de Los Viciosos de Almagro, murga carnavalesca) y Klaudia con K (la bailarina árabe). En plan de denuncia, aseguran, recita textos de Fernando Noy, Néstor Perlongher, Jorge Gumier Maier, Alejandra Pizarnik, Yanni Ritzos, Marguerite Yourcenar, María Elena Walsh, Arthur Rimbaud y otras celebridades...

...Desde “Los papeles heridos de tinta” encarnando la atmósfera de esa poeta inconmensurable: Marosa Di Giorgio, a la despolvada y atípica visión de “El método de Juana”, sobre textos de Juana Ibarburou, saga iniciada con “El puré de Alejandra” dando vida a textos de la inolvidable Pizarnik. En el escenario los términos se revierten en una era abierta por el batatismo, una fascinación de ceremonial andrógino, y lícito, sanoto e irreverente a la vez... Hasta “María Julia La Carancho, una dama sin límites”, un retrato en gruesos trazos de la clase política argentina...

...Un producto único argentino y espontáneo para exportación. Una operación subversiva sólo referida a la literatura. Sátira y autoparodia en cada uno de los largo viajes.

Así el simulacro jocoso—burlesco— atípico se ríe desde sus propias voces y centellea tan vivo como la soledad de una página impresa, tal vez borrada por las lágrimas, tamizada por una luz atrevida que ha sido necesaria para que el poema huyera de la fosa.

...Así en *Queer* (imágenes de la diferencia. Documento en la *web*): específicamente, en B. Barea se despliegan las principales características que se proclamaron bajo el universo de lo *queer*: la personalidad como un continuo proceso de formación inacabado e inacabable, experimental. B. era un mutante que dinamitaba a su paso toda exigencia de pertenecer tanto a los géneros tradicionales—femenino y masculino— como a los sociabilizados arquetipos marginales, ubicándose más allá de toda clasificación preconcebida.

B. dice como autodenominación positiva: “yo soy una estética. Nunca me gustó la palabra gay (aunque nunca la utilicé) porque exuda un falso optimismo. Esta no es mi palabra. Yo estoy en la fiesta de los disconformes”

...”Excesivo, descentrado, indefinible en la fragmentación que configuraba sus espectáculos... En efecto, a través de un vestuario

elaborado con desechos, con objetos que recogía de la basura, con peluca y bijouterie estrambótica exhibiendo sus senos contruidos quirurgicamente, Barea hizo de la androginia un emblema postmoderno, desconcertante *mise en abime* de sí mismo”...

ÍNDICE

PRIMER ENCUENTRO

Tino Tinto / Divina Gloria / Silvia Venneciale / Fernando Pugliese / María Elena Wlash / Hugo Amichetti

SALONES DE FIESTA (1970)

Carmelo Scaramuzzino / Olkar Ramírez / Hernán Gené / Gabriel Chame Buendía / Hebe de Bonafini / Vivian Loew

UN GLOBO INMENSO O SU HISTORIA OBVIA

Josefa (104 años) Geriátrico de San Miguel
Charla entre comadres (Martha Paz, Nené y Edith)

SIESTA O CINE

Gastón Troyano / Roberto Jáuregui

ACECHO

Helena Trittek / Antonio Gasalla / Daniel Melero / Vivi Tellas / Omar Schirilo

LICOR DE EUNUCO

GLAMOUR DR. SCHOOL

Silvia Armoza / Diana Baxter / Omar Chabán / Katja Alemann / Marilouise Alemann / Alejandro Ros / La Pochocha / Klaudia con K

NOCHES DE MEDIOMUNDO

Omar Viola / Marcia Schwartz / Jorge Gumier Maier

BATATOSCOPIO

LA LLEGADA DE SANDRA OPACO

Gastón Escurra / Sandra Mihanovich / Celeste Carballo /
Eduardo Cutuli / Conchita Canciller

GIRANDO A ROSARIO

Rita Cortese / Damián Dreizik / Carlos Belloso / Sombra
de Conchas (poema) / Guillermo Kuitca / Graciela Cosceri /
Beby Pereyra Gez / Tom Lupo / Una noche en Cotorras / Bode /
Fabiana Cantilo / Fito Páez

B. PASA

Humberto Tortonese

CÁSCARAS DE B.

PERSISTENCIA

Rodrigo Fresán / Laura Ramos / Hugo Barea / Alejandro
Urdapilleta / *Backstage* Parakafé

CUIDATITO

Sergio De Loof / Alberto Segado / Carlos Polimeni / Alejandra
Flechner

LA GUERRA DEL PANFLETO

Cristina Banegas / Cecilia Roth / La Gran Marcova / Julio
Suárez / Quique Canellas / Moria Casán

VAIVENES

Ana Torrejón / Seedy González Paz / Luciérnaga

OBJETOS DE INCREÍBLE

Horacio Dabbah / Cristina Martí / Grima de Angelelli

INSTANTÁNEA

Laura Market / Verónica Llinás / María José Gabin

RUMBO AL POEMA

¡más Tino Tinto!

ÚLTIMOS SUEÑOS DE UNA MADRE

YO QUISIERA SER (POEMA)

PASTICHE MEDIÁTICO